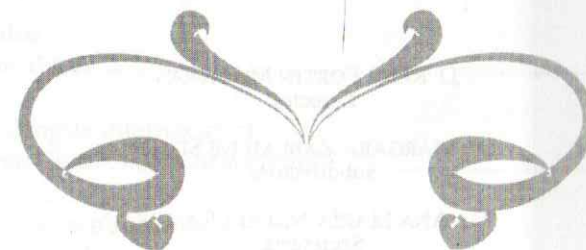


Boletín 26

Academia Salvadoreña de la Lengua
Correspondiente de la Real Academia Española
ISSN 0567-6436

Sexta Época



IN PRINCIPIO
ERAT VERRUM

San Salvador, El Salvador,
Centroamérica
2012

~Bicentenario del Primer Grito de Independencia de Centroamérica~

D. RENÉ FORTÍN MAGAÑA
Director

D.^a MÁRGARA ZABLAH DE SIMÁN
Subdirectora

D.^a ANA MARÍA NAFRÍA RAMOS
Secretaria

D.^a IRMA LANZAS
Tesorera

D. JORGE ADALBERTO LAGOS
Protesorero

D. CARLOS ALBERTO SAZ
Primer vocal

D. LUIS SALAZAR RETANA
Segundo vocal

COMISIÓN EDITORIAL
Márgara Zablah de Simán
Ana María Nafría Ramos
Luis Salazar Retana
Carlos Alberto Saz

© Diseño de cubiertas
Marvin Denis Portillo,
Asesor de prensa de la
Cámara de Comercio

La Academia Salvadoreña de la Lengua agradece
a la Dirección de Publicaciones e Impresos
de la Secretaría de Cultura de la Presidencia
la publicación del presente Boletín.

©Academia Salvadoreña de la Lengua
ISSN-0567-6436

Esta publicación ha sido posible con el auspicio
de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la República.

Impreso en los talleres de la DPI
17.^a avenida Sur N.º 430, San Salvador,
El Salvador, Centroamérica.

Contenido

Nota editorial	7
Los estímulos	
Roberto Lara Velado	11
El español, lengua internacional	
Rodolfo Barón Castro, miembro honorario	51
Mestizaje y transculturación	
Luis Gallegos Valdés	67
Breve historia de la formación del idioma español	
Joaquín Hernández Callejas	73
Ideas sobre la cultura salvadoreña	
Ítalo López Vallecillos	87
El español que hablamos en El Salvador	
Pedro Geoffroy Rivas	103
Fallecimiento del académico	
Dr. Romeo Fortín Magaña	117
Enrique Córdova	127
Anexos	131
Condecoración al Dr. Alfredo Martínez Moreno, Comisión Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores	158
Condecoración al Dr. Alfredo Martínez Moreno por el general de división David Munguía Payés, Ministro de la Defensa Nacional	159

Respuesta a la condecoración del Dr. Alfredo Martínez Moreno	161
Discurso de presentación del historiador nacional Pedro Antonio Escalante Arce Mena	167
Ciudad Vieja, su historia <i>Pedro Antonio Escalante Arce Mena</i>	171
El xiquilite y la tinta añil <i>Pedro Antonio Escalante Arce Mena</i>	174

Nota editorial

La Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, se une, a través del presente número de su Boletín, a la conmemoración del Bicentenario del Primer Grito de la Independencia de Centroamérica. Y lo hace con plena convicción, sin medias tintas, con orgullo patrio, con entero convencimiento acerca de los méritos del gesto heroico de nuestros próceres y de la trascendencia histórica del 5 de noviembre de 1811.

Contrario a lo que ocurrió en las celebraciones del primer centenario, se ha notado en el ambiente político nacional un tono atemperado en los actos conmemorativos, de falta de vigor, de insuficiente convencimiento acerca del valor histórico de aquella fecha memorable. Pareciera que, por momentos, ganara espacio la antítesis descalificadora de aquella gesta, según la cual la independencia fue generada por elementos oligárquicos, criollos y terratenientes alejados de los sectores populares, y que, dados los precarios cambios sociales que produjo, no es acreedora del reconocimiento público que equivocadamente se le otorga.

Creemos, por nuestra parte, que los hechos hay que colocarlos en su verdadera dimensión y en sus justos tiempo, complejidad e importancia.

Haber surgido a la vida independiente y soberana después de más de tres siglos de coloniaje no es poca cosa, aun cuando aceptemos que con solo ello no tendrían por qué haberse resuelto todos los complejos problemas de la región y del país. Muchos de esos problemas aún están allí y hasta han cobrado mayor gravedad.

Pero la vida es lucha permanente, y cada época va encarando sus propios problemas. Hay mucho que mejorar no únicamente en la región, sino en la humanidad entera. Pero eso solo significa que la lucha continúa. Es con el decurso de la historia y a través del empuje de las sucesivas generaciones cómo los pueblos, después de múltiples sufrimientos, alcanzan un aceptable desarrollo. No atribuyamos a nuestros próceres, por consiguiente, falencias que no les corresponden; y asumamos las presentes y futuras generaciones nuestro propio rol para hacer de nuestra patria centroamericana un lugar mejor para vivir: ímproba tarea que se perfila en el presente y en el futuro inmediato.

Vista retrospectivamente, la gesta libertaria de nuestros próceres, en toda América, no puede ser más laudable.

Veintidós años habían transcurrido, apenas, desde la Revolución Francesa de 1789, cuando los Delgado, los Arce, los Aguilar y otros patriotas dieron el primer eslabonazo (tañeron las campanas de la iglesia de La Merced, según la historia íntima de los salvadoreños).

Solo un año antes, el cura Hidalgo había proclamado el Grito de Dolores. Y un año después, en 1812, se promulgó la Constitución de Cádiz que dio cabida a los principios liberales de la época, que influyeron en todo el constitucionalismo iberoamericano. ¿Cómo fue posible que, sin poseer los medios informáticos actuales, tan lejanos acontecimientos estuvieran tan estrechamente vinculados?

Eran los signos de la época. Eran los frutos de la ilustración y del iluminismo que inundaban al mundo occidental. Era el apogeo la exaltación de la libertad, la igualdad y la fraternidad una divisa política a la que nadie podría negar trascendencia.

Pronto daremos inicio al tercer siglo de nuestra vida independiente. El horizonte no aparece despejado. Todo indica que cada quien, desde su congruo lugar, estará llamado a realizar esfuerzos extraordinarios para encausar el devenir de nuestros pueblos aplicando los valores que dan sentido al derecho: justicia, libertad y seguridad.

Por nuestra parte, orgullosos tanto de nuestra independencia como de la herencia hispánica e indiana que nos distingue, no ignoramos la tarea. Y nos aprestamos para continuar la lucha por medio de la palabra, que es el arma que nos ha sido depositada y que, a su vez, entregaremos puntualmente a las nuevas generaciones que ocuparán su turno de batalla en la gran caravana de la vida. *In principio erat verbum.*



CENTENARIO
DE LA
ACADEMIA SALVADOREÑA
DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

1876-1976

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, CENTROAMÉRICA



Los estímulos

En el Centenario de la Academia Salvadoreña de la Lengua (1976)
(Estudio sobre Filosofía de la Historia)

ROBERTO LARA VELADO

La evolución histórica es la marcha hacia la autodeterminación de los grupos humanos; arranca del nacimiento de la primera alta cultura, es decir, del momento en que el primer grupo humano logró alcanzar su primera liberación de la estrecha dependencia de la naturaleza que constituye el fondo de la cultura primitiva. Esta primera liberación hubo de crear un estilo nuevo de vida, producto de la idiosincrasia del grupo humano en cuestión, que, por haber comenzado a superar su ancestral dependencia de las fuerzas naturales, pudo expresarse con relativa libertad; así nació la primera alta cultura, como expresión suprema de la libertad psíquica del grupo humano creador.

De entonces en adelante, el fenómeno apuntado, se ha venido repitiendo con cada nueva alta cultura que ha nacido. El nacimiento de las altas culturas, a su vez, ha implicado el aumento de la autodeterminación del grupo humano; las manifestaciones culturales se producen y evolucionan dentro del estilo de vida propio de cada alta cultura, o sea que son igualmente producto de la misma idiosincrasia.

No obstante lo anterior, no todos los actos que hacen marchar hacia adelante al proceso de evolución histórica son actos conscientes y libres; a la marcha del proceso contribuyen tanto los actos conscientes y libres, como los actos reflejos que no son libres. Generalmente, en el proceso de crecimiento de las altas culturas, predominan los actos conscientes; mientras que en el proceso de desintegración de las mismas, por haberse perdido la autodeterminación como consecuencia del colapso, predomina el acto reflejo.

En ambos casos, la causa directa y próxima de los actos, cuya serie constituye el proceso, está en la psiquis colectiva del grupo humano en cuestión; si el acto es

consciente y libre, en la voluntad del grupo o de sus dirigentes; si el acto es reflejo, en la tendencia. Pero en ambos casos también, un hecho externo proporciona la ocasión para que la voluntad del agente tome su decisión o para que actúe la tendencia; este hecho desempeña el papel de causa remota o condición previa indispensable para que actúe la causa próxima; este hecho externo es el estímulo.

Cuando estamos en presencia de actos conscientes libremente decididos, el papel del estímulo está claramente definido; no cabe duda que el estímulo es la condición previa o causa remota y que la voluntad del agente es la causa próxima, es decir la verdadera causa. Esto es cierto aun en el caso, que es el más frecuente, que la decisión libre se limite a los dirigentes; aunque la masa participe miméticamente, en forma semiconsciente o casi automática, el acto siempre habrá sido decidido libremente y por lo tanto, el planteamiento que acabamos de ofrecer al lector, siempre será válido.

En cambio, cuando estamos frente al acto reflejo, los papeles se tornan indefinidos; bien podemos considerar al estímulo como la causa remota y a la tendencia subconsciente como la causa próxima; o bien puede ser, con razones prácticamente de igual peso, lo contrario; ambas circunstancias son determinadas y juegan papeles equivalentes.

Respecto de lo dicho, llama la atención la oposición existente entre los términos "estímulo" y "factor social", aunque ambos términos pueden usarse desde luego con un contenido diferente. Estímulo tiene el contenido que acabamos de señalar; en cambio, factor social sugiere una causa irresistible en el proceso, propia de las interpretaciones deterministas. Según el tipo de interpretación histórica que se haga a los mismos fenómenos puede asignárseles valor de estímulos o valor de factores sociales.

Dado que son los motores del proceso, el estudio de los estímulos tiene gran importancia para comprender la marcha de la evolución histórica. La gran complejidad del proceso histórico se pone de manifiesto, al analizar los estímulos, en la gran variedad de los mismos que, como veremos más adelante, admite varias clasificaciones de ellos; además, por regla general, gran número de estímulos actúan simultánea y combinadamente, lo que es sin duda alguna causa de complejidad.

La primera gran clasificación de los estímulos se refiere a la naturaleza intrínseca de los mismos; desde este punto de vista, pueden ser de orden material y de orden psíquico.

Los estímulos de orden material son hechos o presiones externas al individuo que las sufre y, de igual manera, al grupo humano en evolución; aun cuando se trata de necesidades fisiológicas de los integrantes del grupo, como la de alimen-

tarse, por ejemplo, son extrañas a la autoconciencia del hombre y, en el mecanismo de su actuación, externas a ella. Estos estímulos actúan sobre la autoconciencia desde fuera, provocando, por reacción, una decisión que contiene la selección de una respuesta.

Los estímulos de orden psíquico son productos de la autoconciencia humana; la comunicación entre los seres humanos asegura que los pensamientos puedan trasladarse de una autoconciencia a otra; la autoconciencia receptora los asimila y, a su vez, los reelabora y transmite; de esta manera, se originan las corrientes de pensamiento o ideológicas, que luego se traducen en la formación de sectores de toda índole de influjo vario, muchas veces de gran importancia, en la evolución del agregado. Estos estímulos actúan desde dentro de la autoconciencia, emergiendo al ámbito social del grupo humano, para influir en la evolución del mismo.

La gran clasificación de los estímulos que nos servirá de base para un estudio detallado de ellos, por la variedad de sus subclasificaciones, es la que tiene por base la procedencia de los estímulos; esta clasificación coincide parcialmente con la anterior, pero sólo parcialmente. Desde este punto de vista, los estímulos pueden ser físicos y humanos. Abordémoslos separadamente, así:

I. Estímulos físicos

Son hechos o circunstancias provenientes de la naturaleza; por lo tanto, se producen y desenvuelven con sujeción a las leyes propias de los fenómenos naturales, cósmicos o biológicos, según se trate. Estos hechos se producen con regularidad constante, porque las variaciones que experimentan están separadas por lapsos tan largos que las generaciones humanas no llegan a sentirse afectadas por tales variaciones; aún más, durante siglos ni siquiera las admitieron.

Aunque los estímulos físicos están sometidos a leyes rígidas, en cuanto a su acontecer, sus efectos sobre el proceso histórico no lo están necesariamente; porque las respuestas de los grupos humanos, cuando sean conscientes, dependen de la libre voluntad humana, por lo que se producen respuestas diversas frente a los mismos estímulos.

Por regla general, a medida que avanza el proceso histórico, el hombre va pasando de depender de las fuerzas de la naturaleza a servirse de ellas; esta liberación primera y conquista después de las fuerzas naturales, implica una mutación continua de las respuestas del hombre frente a los estímulos físicos; mutación que va desde las formas más elementales de la adaptación, como la emigración, hasta las más complejas del aprovechamiento, como la creación de las máquinas. Pero al

llegar a esta última etapa, los productos de la actividad contenida en la respuesta humana, que se convierten a su vez en estímulos, han dejado de ser estímulos físicos naturales, para convertirse en estímulos humanos.

Los estímulos físicos, por su propia naturaleza, son los que más se prestan para ser considerados como factores sociales, es decir como causas rígidas e irrefragables de un proceso sociohistórico interpretado con criterio determinista. A cada especie de estímulos de esta clase corresponde una forma de determinismo; es cierto que también hay formas de determinismo que corresponden a fenómenos de procedencia humana, pero éstas o son más irracionales o corresponden a estímulos humanos que, a la vez, son productos de la actividad del hombre sobre la naturaleza.

Los estímulos físicos o naturales pueden dividirse en dos categorías: A) Los climáticos o geográficos, que comprenden todos los estímulos provenientes del medio ambiente. B) Los raciales o étnicos, que se refieren a los resultantes de la naturaleza biológica del hombre. Analicémoslos uno a uno, así:

A. Estímulos geográficos

Los hemos llamado también estímulos climáticos, porque la palabra clima, en un sentido amplio, no comprende solamente las circunstancias de temperatura, humedad y presión, sino que resume todas las influencias procedentes del medio ambiente en que vive el grupo humano en evolución. Si se quiere un concepto más estricto, diremos con los geógrafos y antropogeógrafos, que las influencias del medio ambiente proceden únicamente de dos fuentes, suelo y clima, y que ambas están tan íntimamente ligadas que resulta muy difícil separarlas.

Estos estímulos consisten en: la naturaleza del suelo, que puede ser montaña, meseta, valle, llanura, estepa, y demás; la temperatura, humedad y presión; la frecuencia de lluvias, granizadas o nevadas; la cercanía del mar, de los lagos y de los ríos; los vientos, la flora y la fauna; y, en general, todas las circunstancias que forman parte del ámbito geográfico y del marco ambiental en que se desenvuelve el grupo humano en evolución.

Los autores partidarios del determinismo geográfico han creído ver en estos estímulos los factores determinantes de todo el proceso histórico; han sentado numerosas leyes que defienden con convicción casi dogmática, como la belicosidad de los habitantes de las montañas, el carácter viajero y mercantil de los naturales de las costas, el papel de frontera natural de los ríos, las barreras que constituyen los mares y las cordilleras y, en fin, tantas otras de índole similar.

El profesor Luciano Febvre, en su obra *La tierra y la evolución humana*, cuarta de la biblioteca de síntesis histórica dirigida por Henri Berr, cuyas conclusiones seguimos en lo fundamental en este punto, ha abordado extensamente los importantes problemas de las influencias del medio sobre la evolución de los grupos humanos y su historia.

Las influencias del medio ambiente, no importa la relevancia que tengan, son estímulos; o sea que, cuando provocan reacciones conscientes, éstas suelen ser diferentes frente a las mismas circunstancias; lo que no excluye, desde luego, que las reacciones subconscientes o reflejas originen tendencias en un mismo sentido, que pueden ser superadas y que de hecho lo han sido con bastante frecuencia.

Por ello, las influencias del medio, en vez de obedecer a las leyes que pretenden los partidarios del determinismo geográfico, generalmente tienen un carácter ambiguo, dependiendo de la reacción de los grupos humanos diversos que confrontan tales estímulos. Los conquistadores no solamente han salido de las montañas, sino también de las estepas y de las llanuras boscosas; hay pueblos montañoses, pacíficos y laboriosos. Ha habido pueblos costeros que han sido grandes comerciantes como los fenicios y los tirrenos; pero los ha habido que más bien han sido conquistadores, como los vikingos. Hay ríos que constituyen fronteras entre dos pueblos, pero son más los que tienen ambas orillas habitadas por el mismo pueblo; algunos ríos sirven de línea divisoria, mientras muchos más sirven de vía de comunicación; aún más, es frecuente que un mismo río haya desempeñado alternativamente ambos papeles en diferentes épocas de la historia. Igual cosa podemos decir del papel de los mares; para el Mundo Antiguo, el Atlántico fue barrera, mientras que el Mediterráneo fue emporio de comercio, lazo de unión y centro difusor de cultura; el mismo Atlántico, que había sido barrera para el Mundo Antiguo, pasó a desempeñar, para el Mundo Moderno, un papel equivalente al que había tenido el Mediterráneo.

El medio ambiente constituye, en realidad, el marco natural en que se desarrolla la evolución de los grupos humanos; su influjo sobre la evolución étnica y, a través de ella, sobre el elemento biológico del hombre, aunque no está todavía bien determinada por la ciencia, y aunque sus límites no podamos conocerlos con toda precisión, es indudablemente de importancia capital.

Señalado lo anterior, no cabe duda que, al influir poderosamente sobre las reacciones biológicas humanas, constituye también un factor de gran importancia en los actos subconscientes o reflejos, que obedecen en gran medida a resortes puramente biológicos. Y si recordamos que tales actos forman parte, sin duda alguna de consideración, de la trama de las evoluciones social e histórica, resulta que las

influencias del medio ambiente constituyen elementos de gran importancia en todas las formas de evolución humana, sin que por ello caigamos en la afirmación exagerada de atribuirles el papel de única causa o de causa preponderante del proceso, tal como lo pretendió el determinismo geográfico. Resumiendo, podemos decir que los fenómenos del medio ambiente geográfico actúan como factores sociales en la génesis de los actos subconscientes o reflejos; y como estímulos, en la de los actos conscientes y libres; pero que, en ambos casos, su influjo es de gran importancia.

En efecto, si analizamos a grandes rasgos el proceso evolutivo histórico, encontraremos constantemente la influencia del medio ambiente. Durante la etapa de cultura primitiva, la dependencia de la naturaleza es indudable, tanto es así que es una de sus principales características. Al surgir las altas culturas, la dependencia comienza a romperse, pero se produce lentamente a través de todo el proceso; recuérdese que el proceso histórico realiza paulatinamente la liberación del hombre respecto de la naturaleza, para desembocar en la subordinación de ésta a aquél; el medio ambiente, por lo tanto, juega un papel imprescindible.

Aún más, a medida que la evolución histórica avanza y que, en el seno de las civilizaciones, surgen la técnica y el progreso, muchas obras humanas se incorporan al medio físico y, no obstante su procedencia, actúan exactamente en la misma forma que los fenómenos naturales. Piénsese en las vías de comunicación, con su importante y múltiple papel de rutas comerciales, intelectuales, religiosas, militares y políticas; y en el marco material que proporcionan las ciudades a sus habitantes, tan diferente del marco rural.

Febvre, en su obra mencionada, identifica los grandes marcos naturales con las grandes zonas que llama climatobotánicas: se fundan en un concepto de clima en sentido amplio, tal como se indicó anteriormente, al cual contribuyen no solamente las circunstancias que tradicionalmente se han considerado como integrando el clima, sino también el régimen de lluvias, la flora y la fauna y, en general, todas las influencias provenientes del medio ambiente físico. Estas dos zonas climatobotánicas tienen proyecciones sobre el carácter, costumbres, género de vida y desarrollo cultural de sus habitantes, que son importantísimos elementos de la evolución histórica de la humanidad en su conjunto.

Las grandes zonas climatobotánicas de que nos habla Febvre son cuatro: la ecuatorial o tropical, la subtropical, la templada y la polar. A cada zona corresponde un tipo diverso de sociedad humana; los habitantes de la gran selva ecuatorial viven dispersos de lo que recolectan o cazan, como ahogados en la monotonía exuberante del ambiente; las sociedades subtropicales 'por regla general' viven en

el nomadismo; los de las zonas templadas son sedentarios, explotan intensamente los recursos naturales, son creadores de las diversas formas de Estados y tienden a realizar un tipo único de cultura, material e intelectual; finalmente, los de las regiones polares, los esquimales o samoyedos, producen un tipo especial de cultura, estereotipada, de pescadores y criadores de perros. Este cuadro, podemos añadir, realizado durante la mayor parte del período histórico, ha comenzado a ser superado, en cuanto el hombre ha empezado a dominar las fuerzas de la naturaleza y a conquistar el medio ambiente circundante.

Las grandes zonas climatobotánicas no son las únicas unidades geográficas que podemos advertir en el medio ambiente; existen otras, cuyos papeles son diversos, aunque no menos importantes.

Los continentes son los espacios abiertos, de clima y suelo variado, en los cuales se desarrolla, en su mayor parte, el proceso histórico, con todas sus variedades y acontecimientos. Por regla general, contienen todos los climas, es decir están compuestos de porciones de todas las zonas climatobotánicas. Contienen también todas las formas de suelo; estas formas, tales como las montañas, las llanuras y las mesetas, constituyen los puntos de apoyo, o sea los espacios materiales apropiados para que las sociedades humanas se asienten y evolucionen; estos puntos de apoyo no son meramente pasivos, sino que, tal como hemos señalado más arriba, influyen poderosamente en la evolución de los grupos humanos que los habitan.

Las islas son pequeños marcos naturales consistentes en circuitos cerrados de costas. La costa invita a sus habitantes a la navegación y a la aventura, de donde parten la expansión comercial y política hacia ultramar; sin olvidar que no todos los pueblos costeros responden adecuadamente a la incitación, aunque lo haya hecho gran número de ellos a través de la historia. La insularidad es una mezcla de expansión viajera y aislamiento; los habitantes de las islas están más a cubierto de las influencias de sus vecinos que los continentales; ello les permite una evolución más independiente.

La relación existente entre el mar y la isla se reproduce paralelamente entre el desierto y el oasis. Los desiertos han desempeñado papeles similares a los mares en la historia; han sido alternativamente barreras y unidades de comunicación, surcados por caravanas que, juntamente con el intercambio comercial, han conducido los influjos culturales; dentro de este marco, los oasis han tenido una función comparable a la de las islas, si bien de menores proporciones.

Los efectos de las influencias del medio ambiente físico, en combinación con la acción del hombre, se manifiestan, entre otros muchos fenómenos, primordialmente en los siguientes:

1. El ambiente físico señaló las oportunidades del género de vida de los pueblos primitivos; en los albores de la evolución social, las tres primeras formas de economía de subsistencia estuvieron estrechamente vinculados al medio ambiente físico; estas tres primeras figuras económicas fueron las de los pueblos recolectores, de los pueblos pescadores y de los pueblos cazadores. Las más antiguas figuras evolucionadas de los medios de subsistencia, surgidas de las anteriores, hubieron de contar con el medio ambiente físico como elemento indispensable para la transformación; en las estepas, los cazadores se transformaron en domesticadores y criadores de animales, apareciendo así los pueblos pastores nómadas, que andando el tiempo debían ser los grandes conquistadores de la historia; en los valles y en las cuencas hidrográficas, los recolectores empezaron a cultivar la tierra, naciendo así los sembradores sedentarios, que pusieron la semilla de las primeras altas culturas históricas.

2. Sin llegar a las exageraciones de los defensores de la geopolítica, los cuales, cuando no siguen un determinismo geográfico, están muy cerca de admitirlo, diremos que hay una estrecha relación entre la dureza o facilidad de los medios físicos y el florecimiento o la falta del mismo de los pueblos que los habitan. Al respecto, sentaremos algunos principios generales, en los que puede reconocerse el pensamiento de Toynbee. Los medios fáciles apoltronan a los pueblos, que dejan perder, por indolencia, sus mejores oportunidades. Los medios duros, si no lo son excesivamente, constituyen el mejor estímulo para sus habitantes que, con mucha frecuencia, no solamente superan las condiciones difíciles de vida, sino que llegan a jugar papeles de primera línea en la historia; esto es lo que el propio Toynbee ha llamado el estímulo del país duro. Los medios excesivamente duros exigen una especialización tal para sobrevivir que se estereotipan las formas y, como resultado, el crecimiento de la cultura se detiene; el ejemplo típico lo constituye el medio de las regiones polares y la civilización detenida de los esquimales.

3. El problema de las fronteras de los Estados tiene íntima relación con el tema que estamos tratando. Por mucho tiempo se ha hablado de límites naturales, haciéndolos coincidir con algún accidente geográfico que los señala sin lugar a dudas, como una cadena de montaña, un río o un brazo de mar. La verdad es que los Estados son agrupaciones políticas, para cuya existencia pueden invocarse razones históricas y socioculturales, pero no geográficas; los Estados son productos sociopolíticos y no geográficos; no es la Geografía lo que hace los Estados, sino éstos a la rama política de aquélla. Los Estados tienen límites precisos que, si que-

remos verlos en sentido estricto, son artificiales; sus fronteras se trazaron convencionalmente una vez en la historia y se han continuado respetando; si quisiéramos atenernos a los límites de la realidad sociopolítica que constituye la base humana de un Estado, es decir de un pueblo, tendríamos que reconocer que los pueblos no están limitados por líneas fronterizas absolutamente precisas; en los confines de dos pueblos se mezclan sus miembros y se hablan indistintamente sus lenguas; en ese caso, estamos en presencia de zonas fronterizas en vez de líneas limítrofes.

4. Si de los límites de los Estados pasamos a las de las altas culturas históricas o civilizaciones, la cuestión se torna aún más imprecisa. Mientras una alta cultura histórica está en crecimiento, se rodea de una esfera de influencia decreciente; la intensidad del influjo es menor a medida que se aleja del núcleo de la civilización influyente; el influjo es más fuerte sobre los pueblos de cultura primitiva que sobre los pertenecientes a otras altas culturas; los límites son, en este caso, esencialmente difusos. Cuando una alta cultura histórica está en desintegración, la influencia que proyecta se difracta; los pueblos sometidos a la influencia difractada, aceptan fácilmente los aspectos pertenecientes a las capas superficiales, pero rechazan los de la profunda; es la etapa de las colisiones culturales y de los hechos violentos con los vecinos, inclusive con los bárbaros de la periferia; aunque los límites continúan de suyo siendo tan difusos como antes, podemos fijarlo en el frente de combate, pero esta es una línea esencialmente cambiante, sujeta al azar de las operaciones militares.

5. Finalmente, lo que Toynbee llama el estímulo del suelo nuevo, creemos que debe colocarse entre los procedentes del medio ambiente físico; es cierto que supone transmigración, en tanto dirigida a tierras más lejanas, más eficaz sobre todo si tiene un objetivo ultramarino; y que toda migración es un acto humano, conscientemente decidido por los emigrantes; pero lo esencial del estímulo no está ni en la decisión del viaje ni en las peripecias de éste, sino en un nuevo medio ambiente físico, distinto al anterior, con frecuencia más agreste y duro, al que hay que transformar y al cual hay que adaptarse.

Los autores que se han dedicado a estudiar el influjo del medio ambiente en la evolución de la humanidad, han creado una nueva ciencia o, si se quiere, dado una orientación nueva a una ciencia antigua; han creado la Geografía humana o morfología social, que tiene un campo de estudio y un sentido diferente al de la Geografía tradicional.

Como todas las ciencias recién nacidas, la Geografía humana no ha definido suficientemente su campo; esta imprecisión ha sido objeto de enconada polémica entre los especialistas, como en la gran mayoría de los casos similares.

El objeto lógico de la ciencia en cuestión es la investigación y el estudio, las relaciones entre el medio ambiente y las sociedades humanas dentro del proceso evolutivo histórico. Pero como los criterios de los autores al enfocar este proceso varían desde el más rígido determinismo hasta el liberearbitrismo extremo, es natural que el contenido va a resultar distinto, según sea el punto de vista en que se coloque el escritor.

Para los defensores del determinismo geográfico, como todo el proceso histórico lo ven en función del factor físico, resulta que la Geografía humana comprendería el estudio de todo el proceso histórico, el cual se explica exclusivamente por las influencias del medio ambiente. Uno de los casos típicos de esta postura, quizá el más extremo, sea el del profesor alemán Ratzel, cuya obra se tituló *Antropogeografía*; pretendió comprender en ella la totalidad del proceso histórico y explicarlo únicamente en función, no de todo el medio ambiente, sino del suelo nada más.

Sentado el anterior criterio, aun muchos autores que no siguen el determinismo geográfico han pretendido ampliar el campo de la Geografía humana a todo el proceso histórico, pretendiéndola la heredera de la Historia. Si tal postura prosperara, habría una verdadera competencia entre la Geografía humana y nuestra disciplina, la Interpretación de la Historia.

El problema se ha originado, si hacemos abstracción de los partidarios del determinismo geográfico, por un error de perspectiva. El elemento geográfico, por muy importante que sea, no es el único que contribuye a la evolución histórica de la humanidad, sino solamente uno de tantos. Por ello, mientras la una ofrece un estudio integral y generalizado, la otra presenta una visión parcial y especializada.

Aceptando los puntos de vista de Febvre sobre el particular y completándolos con los nuestros propios, a modo de resumen final con respecto a las disciplinas en referencia, diremos:

1. La Interpretación de la Historia, que está en camino de convertirse en Teoría de la Historia, tiene por objeto proporcionarnos una explicación científica del proceso de evolución histórica; su visión es histórico-sociológica, basada en la postura filosófica que adopte el escritor; su estudio es integral y su campo es el mismo de la Historia, que le proporciona los materiales necesarios para su elaboración.

2. La Geografía humana tiene por objeto integrar al hombre dentro del marco geográfico, para lo cual estudia las relaciones del medio ambiente con las sociedades humanas, dentro del proceso de evolución histórica; su visión es primordialmente geográfica y solo secundariamente sociológica; su estudio no puede ser integral desde el punto de vista del proceso; su campo comprende, el de la Geografía tradicional y solo parcialmente el de la Historia.
3. La Morfología social no coincide con ninguna de las disciplinas anteriores, sino que es independiente de ellas; su objeto es describir los sectores que componen las diversas sociedades humanas, en el tiempo y en el espacio, es decir en las distintas épocas históricas y en los diferentes lugares; es una disciplina de carácter analítico y muy especializado.

B. Estímulos étnicos

Las proyecciones que el elemento biológico del hombre tiene sobre la evolución histórica se manifiestan, en gran medida, a través del grupo étnico del cual forma parte el agregado humano en proceso de transformación.

Hemos colocado estos estímulos dentro de los físicos o naturales, y no dentro de los humanos, porque, aunque la naturaleza biológica del hombre forma parte auténtica de su persona, no es, como su vida psíquica, el resultado de la actividad de la autoconciencia; esta última es precisamente la característica que especifica a la especie humana y le diferencia de las especies animales, biológicamente afines a ella.

Mientras los actos psíquicos del hombre obedecen sus propias leyes, su parte biológica o somática está sometida a las mismas leyes que rigen la naturaleza circundante; por ello, estos estímulos se aproximan mucho más a los físicos o naturales, que a los que llamamos humanos, que son aquéllos en los cuales la autoconciencia, atributo especificante y exclusivo del hombre, juega un papel, en mayor o menor medida, según las circunstancias.

Los caracteres físicobiológicos de los individuos tienden a reproducirse, a fijarse, por medio de la herencia, aunque, a la altura actual de los conocimientos científicos, no podemos establecer con entera precisión las leyes de la misma. La herencia ha sido el factor más importante de la evolución biológica, la cual, una vez aparecido el hombre, se ha continuado en la evolución étnica.

La relación existente entre los fenómenos biológicos y los psicosociales y, por lo tanto, el papel de los grupos étnicos o raciales en la evolución histórica, ha sido



objeto de diversas interpretaciones que, de igual manera que lo ocurrido con los fenómenos naturales, pueden considerarlos como el factor social primordial o como un simple estímulo.

Los autores que consideran al elemento biológico o somático del hombre, como el factor social primordial, son los defensores del determinismo étnico o racial. Sus puntos de vista descansan sobre dos afirmaciones esenciales: 1) La existencia de las llamadas "razas puras", cuya extensión, por regla general, la hacen comprender caracteres no raciales. 2) El comportamiento de tales grupos raciales, y consecuentemente las culturas creadas por ellos, están determinadas por los caracteres somáticos de dichos grupos raciales.

Ambas afirmaciones están íntimamente conectadas entre sí; ambas son indispensables para la fundamentación del criterio en cuestión. Si los grupos raciales no constituyen conjuntos permanentes, con caracteres bien definidos, el determinismo étnico no podría existir, por falta de sujetos a los cuales referirlo; si los caracteres somáticos no determinaran el comportamiento psicosocial, tampoco podría formularse la teoría; finalmente, debido a la segunda afirmación, los grupos raciales no solamente se hacen consistir en los caracteres biológicos o somáticos, sino también en circunstancias francamente culturales, en especial en las lingüísticas.

El tema ha sido ampliamente discutido en la obra del autor francosuizo, Eugéne Pittard, titulada *Las razas y la historia*, quinta de la biblioteca de síntesis histórica dirigida por Henri Berr; las ideas de Pittard inspiran, en lo fundamental, las nuestras referentes al presente tema.

Los caracteres que más frecuentemente señalan los antropólogos, para distinguir las razas humanas, son las siguientes, según Pittard: 1) El color de la piel. 2) El cabello. 3) El color de los ojos y del pelo. 4) La estatura. 5) El índice cefálico. 6) Los caracteres faciales.

El color de la piel ha sido tradicionalmente un medio de distinguir las razas humanas; conocida es la división en tres grandes razas, la blanca, la amarilla y la negra, y dos razas menores, la cobriza y la aceitunada. Pero cuando se pretende profundizar en el análisis, aparece un gran número de variedades que hacen bastante compleja la clasificación; Broca llegó a distinguir hasta 34 colores diferentes. Los autores ingleses, entre ellos Deniker, los reducen a diez que son: blanco pálido, blanco rosado (escandinavos, germanos del Norte, ingleses), blanco moreno (mediterráneos), amarillo pálido (chinos), amarillo oscuro (indios de América del Sur, indonesios, polinesios), amarillo pardo (malayo), pardo rojizo (peuls del Sudán), pardo achocolatado (australiano), pardo muy oscuro (drávidas de la India) y negro.

El cabello también ha servido de base para muchas clasificaciones; podemos observar cuatro variedades del cabello: cabello liso (indios americanos, chinos), cabello crespo o lanudo (negros), cabello ondulado (frecuente en los europeos) y cabello rizado con vueltas en espiral (ciertos pueblos del Nilo, australianos).

El color de los ojos y del pelo, completan los rasgos raciales tradicionales. El color de los ojos, o mejor dicho del iris, puede ser: claro (azules o grises), oscuro (pardos, castaños y negros) e intermedio (verdes, grises, amarillos). En el color del cabello, pueden distinguirse 5 tonalidades: negro, marrón, castaño, rubio y rojizo; la última no es tonalidad racial, sino meramente individual.

La estatura es un rasgo sumamente variable dentro de la humanidad en su conjunto; hay razas sumamente pequeñas, como las hay considerablemente altas. Podemos clasificar la estatura así: pequeña, hasta 1.59 m, para hombres y 1.48 m, para mujeres; mediana, entre 1.60 y 1.69 m para hombres, y entre 1.49 y 1.58 m para mujeres; y elevada, de 1.70 m en adelante para hombres y de 1.59 en adelante para mujeres.

El índice cefálico es el resultado de dividir la anchura del cráneo multiplicado por cien, entre la longitud del mismo. Los cráneos cortos y anchos se denominan braquicéfalos; su índice cefálico es superior a 80. Los cráneos largos y relativamente estrechos se denominan dolicocefalos; su índice cefálico es inferior a 75. Los cráneos braquicéfalos y dolicocefalos son hereditarios y confieren una fisonomía étnica muy clara. El tipo intermedio se denomina mesocéfalo; su índice cefálico oscila entre 75 y 80; por regla general resultan del mestizaje de los dos tipos anteriores.

Los caracteres faciales son de diferentes clases; podemos citar la forma del rostro, el prognatismo, que consiste en que la cara se proyecta hacia adelante; y la forma de la nariz, para cuya medición se utiliza índice nasal, que es el resultado de dividir la anchura de la nariz multiplicada por cien, entre la longitud de la misma. Por la forma de la nariz, podemos clasificar a los humanos, así: leptorrinos, son los de nariz larga y delgada; platirrinos, son los de nariz aplastada y ancha; y mesorrinos, son los tipos intermedios.

La mayor parte de la obra de Pittard está dedicada a estudiar los caracteres raciales de los distintos grupos humanos que pueblan el planeta; para ello, Pittard hace el estudio por continentes; y dentro de cada continente, por países.

El continente que estudia con más detenimiento es Europa, principalmente porque es la parte del mundo de la cual se tiene un material más abundante, y también por ser el propio continente del autor. Clasifica los grupos étnicos en seis grupos principales y cuatro secundarios, que indicamos a continuación.

Los seis grupos raciales principales son:

1. *Raza nórdica, germánica o cimeria*: rubia, dolicocefala y de gran estatura. Es el llamado "homo europaeus"; sus representantes ocupan la parte septentrional de Europa, pero sin penetrar mucho en territorio ruso.

2. *Raza oriental*: rubia, sub-braquicefala y de pequeña estatura; sus representantes se encuentran principalmente en el Este de Europa.

3. *Raza ibero-insular*: morena, dolicocefala y de pequeña estatura. Es el "homo meridionales" de Lapouge; sus representantes se encuentran principalmente en la región occidental y central del Mediterráneo.

4. *Raza céltica o alpina*: morena, muy braquicefala y de pequeña estatura. Sus representantes se encuentran principalmente en los macisos de Europa Central hasta los Cárpatos y Arkovina, en la región de los Apeninos y en el Oeste de Francia.

5. *Raza atlanta-mediterránea*: morena, mesocefala, de gran talla. Sus representantes se encuentran en la costa mediterránea de España, Francia e Italia mezclados con los de la raza ibero-insular, y en la costa atlántica, en las zonas del golfo de Vizcaya y la comprendida entre las desembocaduras de los ríos Gironde y Loire.

6. *Raza adriática o dinárica*: morena, braquicefala y de gran talla. Sus representantes se encuentran en la zona de la costa adriática de la Península Balcánica, internándose considerablemente tierra adentro, con infiltraciones, por una parte en Italia septentrional y Suiza (cantón de Girones) y por la otra hasta el Sur de Rusia.

Los cuatro grupos raciales secundarios son:

- a. *Raza subnórdica*: rubia, dolicocefala y de estatura elevada.
- b. *Raza de la región del Vístula*: rubia, sub-braquicefala y de pequeña estatura.
- c. *Raza noroccidental*: morena, mesocefala y de estatura elevada.
- d. *Raza subadriática*: morena, braquicefala y de gran talla.

Al analizar separadamente cada uno de los países europeos, Pittard comprobó que, salvo una o dos excepciones, los caracteres raciales se encuentran repartidos de tal manera, que cada uno de ellos, que por otra parte tiene una unidad cultural y generalmente lingüística, carece de unidad racial, ofreciendo más bien un pano-

rama que delata a las claras el múltiple mestizaje que, a través de los tiempos, ha ocurrido en Europa.

Particularmente el mito racial de los nazis queda destruido con las conclusiones de Pittard. Señala el mosaico racial que es Alemania; y, si fuéramos a guiarnos por los grupos de mayor porcentaje dentro de la población total, la proporción más alta no corresponde a la raza dolicocefala rubia (la pretendida raza aria superior), sino a la braquicefala morena.

Continúa el autor que nos ocupa, analizando las razas y pueblos del Asia y del África y a los indígenas de América y Oceanía; aunque el material de que dispone es de mucho menor cantidad que el europeo, es suficiente para confirmar, en términos generales, una situación de mosaico racial similar a la europea.

Entre los pueblos asiáticos, el autor mencionado se refiere a los judíos; sus conclusiones destruyen el mito, bastante generalizado, de que los judíos constituyen una unidad racial. Señala que los diferentes grupos judíos ofrecen caracteres raciales similares a los de los pueblos entre los cuales viven, lo cual delata que ha habido un amplio mestizaje, pese a todas las barreras que históricamente se han opuesto a ello.

Expuesto el material someramente, utilicémoslo para sacar nuestras propias conclusiones.

Los grupos raciales o étnicos son el producto de la evolución étnica, que es la prolongación de la evolución biológica, después de que ésta ha producido el orden que le sirve de meta o cumbre, el orden humano, y dentro del desarrollo propio de este orden. El hombre es un animal dotado de autoconciencia; por ello, el orden humano tiene dos elementos que se hacen sentir en todo su desarrollo; son ellos el elemento biológico derivado de la naturaleza animal y el psíquico resultante de la autoconciencia.

En la evolución étnica, el elemento biológico tiene la preponderancia; pero el psíquico influye a través de la migración y del mestizaje, tal como lo hemos indicado anteriormente.

Porque el elemento biológico tiene la preponderancia en la evolución étnica y en las modificaciones morfológicas externas que especifican a los diversos grupos étnicos o raciales. Porque el elemento psíquico influye, la evolución étnica no llega a producir especies diferentes, sino que se queda simplemente en grupos raciales cuyos componentes pueden cruzarse indefinidamente entre sí.

En consecuencia, los grupos raciales humanos no son compartimientos cerrados sino sectores comunicantes en constante interrelación; no son tampoco conjuntos acabados, en cuanto a los caracteres que los especifican, sino grupos en evolución constante, en esta materia como en todo lo demás. El mestizaje entre los distintos

grupos humanos ha sido un fenómeno normal de todos los tiempos, por ello, es imposible hablar de razas puras en un mundo con muchos milenios de evolución.

Por estas razones, los antropólogos de hoy prefieren sustituir el término "raza", que tradicionalmente se le ha dado el contenido de grupo cerrado y de caracteres definitivamente fijados, por el de "grupo étnico", que sugiere mejor el contenido un tanto impreciso que en realidad tiene.

Además, no hay correspondencia entre las unidades étnicas y las unidades sociopolíticas; el hecho de que dentro de la frontera de cada país, coexisten diversas variedades raciales, lo demuestra suficientemente. Pero, como los ámbitos territoriales de las altas culturas históricas exceden del de muchas unidades políticas, es esta última relación, la que pueda existir entre los grupos étnicos y los grupos humanos que realizan las altas culturas históricas o civilizaciones, la que realmente nos interesa investigar.

Tampoco hay correspondencia entre los grupos étnicos y los culturales; la cultura, como resultante de un proceso en que predomina el elemento psíquico, se desenvuelve con independencia de las fuerzas biológicas, por lo menos en lo fundamental; si esto no fuera así, los influjos culturales mutuos, tan importantes en el proceso evolutivo histórico, no podrían existir.

¿Cómo se podrían producir la absorción total y la parcial, si la raza pondría un obstáculo insalvable? La experiencia histórica contradice el determinismo racial.

Aún más, podemos citar ejemplos concretos que corroboran la anterior afirmación. Los eslavos son pueblos pertenecientes al mismo grupo étnico, sin embargo, sus diferentes ramas pertenecen a grupos culturales diversos. Los polacos y los checos son occidentales; los servios y los croatas son de cultura helenística oriental o bizantina; los rusos han desarrollado su propia alta cultura, muy próxima a la bizantina.

Hay ejemplos de pueblos que, bajo el influjo de sus vecinos, han cambiado su propia cultura y, aún en algunos casos, aquella manifestación cultural que la generalidad, erróneamente por cierto, considera más ligada a la etnia, la lengua. Los húngaros y los fineses, pueblos de raza amarilla, adoptaron la cultura occidental; los búlgaros, también de raza amarilla, no solamente adoptaron la cultura bizantina circundante, sino que también cambiaron su lengua por una de tipo eslavo.

Los grupos étnicos son un producto de la evolución étnica, en la cual el elemento biológico tiene la preponderancia; los caracteres raciales se producen y se modifican como resultado del influjo del medio ambiente y de la adaptación al mismo, fijados a través de generaciones por la herencia somática. En cambio, las culturas y sus manifestaciones, entre las que se encuentran pueblos y naciones y

las lenguas, son productos de la evolución histórica, en la cual el elemento psíquico tiene la preponderancia; las altas culturas y sus manifestaciones se propagan a través de la intercomunicación humana, la imitación y la educación, que son los medios para fijar la herencia psíquica. Por ello no puede haber una estrecha dependencia, como quieren los autores que defienden el determinismo étnico, de lo cultural respecto de la raza.

Tampoco existen grupos étnicos congénitamente superiores a los demás; las dotes intelectuales y morales están repartidas, más o menos por igual, en todos los grupos étnicos; ello se demuestra por el hecho de que miembros de los grupos más discriminados han llegado a ser intelectuales de nota al recibir una educación adecuada dentro de una alta cultura. Si algunos grupos étnicos se encuentran culturalmente atrasados, ello no se debe a deficiencias raciales que, repetimos, no existen, sino a falta de oportunidad histórica adecuada.

Descartado el determinismo racial por las razones antes indicadas, señalemos en sus justos límites, el papel que lo étnico y, en general, el elemento biológico desempeña en el proceso de evolución histórica de la humanidad y en la existencia y desenvolvimiento de las altas culturas históricas.

De las características que los antropólogos señalan como especificantes de los grupos étnicos, aquéllas que son menos susceptibles de ser afectadas por las influencias del ambiente climatobotánico, son probablemente las que representan los grupos étnicos más antiguos; son ellos el índice cefálico, la estatura y gran número de los caracteres faciales. En cambio, las que sufren más fácilmente las influencias del medio, es probable que representen grupos étnicos relativamente más recientes; son ellas el color de la piel, el cabello y el color de los ojos y del pelo.

Consideramos probable, sin que esto pase de ser una mera hipótesis, que los primeros grupos étnicos en que se dividió la humanidad ofrecieron principalmente, como características diferenciales, las pertenecientes al primero de los grupos indicados en el párrafo anterior; ello parece quedar comprobado con las características que ofrecen los esqueletos de los hombres-fósiles; los mestizajes repetidos que sufrieron estos primeros grupos étnicos, difundieron estos caracteres diferenciales por distintas zonas del planeta; por eso, perdieron en la gran mayoría de los casos su carácter diferencial, al encontrarse compartidos por individuos pertenecientes a la mayor parte de los nuevos grupos étnicos resultantes de los mestizajes. De entonces en adelante, las características que hemos colocado en el segundo grupo en el párrafo anterior, debido a las influencias prolongadas del medio ambiente climatobotánico, tomaron la preponderancia como diferenciales; a ello contribuyó, no solamente el hecho de ser más fácilmente perceptibles para el hombre común,

sino también el de encontrarse geográficamente repartidas por regiones, por la preponderancia que las influencias del medio tienen en su gestación. De esta manera, la evolución étnica obedece al doble influjo del mestizaje y de las variaciones del medio ambiente.

El determinismo racial no es admisible, pero ello no quiere decir que lo étnico no tenga alguna influencia sobre el proceso evolutivo histórico, desempeñando el papel de estímulo. Está aún por estudiarse el tema de la influencia de los caracteres biológicos sobre las tendencias de las personas, así como las leyes y mecanismos a que obedecen los actos subconscientes o reflejos; tampoco están bien estudiados los efectos de la herencia somática y las leyes que la rigen. No obstante ello, podemos afirmar que alguna influencia tendrá lo étnico sobre los actos subconscientes y, a través de ellos, sobre las tendencias humanas y el proceso evolutivo histórico; es probable que la herencia somática al fijar determinadas características biológicas del grupo étnico, fija también algunas de estas tendencias. Pero el papel de lo étnico se reduce al de un mero estímulo porque el acto reflejo puede ser eliminado y la dirección de la tendencia puede ser superado, por el acto consciente y libre del hombre.

II. Estímulos humanos

Están constituidos por hechos humanos que requieren una respuesta del grupo en evolución. Por tratarse de hechos de conducta humana no se producen con regularidad constante, ni están sujetos a leyes rígidas e invariables; las respuestas del grupo humano en evolución tampoco ofrecen esas características; por ello, la acción de estos estímulos es más compleja que la de los estímulos físicos.

Al revés de lo que sucede con los estímulos físicos, el papel de los humanos no se reduce a medida que avanza el proceso; en cuanto el hombre va sacudiendo su dependencia de la naturaleza, va haciéndose cada vez más importante y decisiva la psiquis humana; por ello, estos estímulos más bien cobran importancia. Aparte, como las respuestas del grupo humano en evolución, frente a los de cualquier clase que se le presenten, originan situaciones que, a su vez, se convierten en nuevos estímulos; por ello, los estímulos humanos son susceptibles de presentarse en una serie más o menos continuada que, mientras no se interrumpa por una respuesta equivocada, asegura el crecimiento de la alta cultura dentro de la cual se produjo la serie y, consecuentemente, del proceso histórico.

Los estímulos humanos pueden ser clasificados desde diferentes puntos de vista. Si tomamos como base el origen de los mismos, en relación con el grupo que evoluciona, los dividiremos en internos y externos.

Los estímulos internos nacen dentro del grupo humano en evolución; proceden de sectores del mismo, cuya composición desde luego suele ser de lo más variada y cuyo tamaño e importancia son también diferentes, según los casos.

Como ejemplos de estos sectores podemos citar las diversas unidades políticas en que se divide la sociedad que realiza una alta cultura histórica dada (Toynbee considera como "guerras civiles" las guerras internacionales ocurridas entre unidades políticas pertenecientes a la misma civilización); las sectas religiosas, ideológicas y sociopolíticas; y, en general, todos aquellos subgrupos que, debido a la comunidad de intereses de cualquier índole que los aglutina, actúan coordinadamente dentro del grupo humano en evolución.

Dentro de los estímulos internos queda comprendido el que Toynbee llama estímulo de los impedimentos; esto es la actitud discriminatoria observada por la mayoría respecto de una minoría religiosa, racial o de cualquier otra índole, actitud que estimula a la minoría discriminada para superarse y obtener el triunfo en otro campo.

Los estímulos externos provienen de grupos humanos distintos de aquél sobre el cual actúan, ya se trate de grupos humanos pertenecientes a otras altas culturas o de los de cultura primitiva. En consecuencia, quedan comprendidos en esta especie todos los encuentros culturales, en el espacio y en el tiempo; las colisiones, los renacimientos y, en general, toda clase de influencias culturales; todo ello ha sido ya expuesto con suficiente extensión en capítulos anteriores. Las invasiones de los pueblos bárbaros y las conquistas consiguientes, que tan importante papel han jugado en las desintegraciones de las altas culturas y en el nacimiento de sus filiales, son de esta especie de estímulos.

Si tomamos como base de la clasificación el modo como los estímulos actúan sobre el grupo humano en evolución, o la naturaleza de los hechos que constituyen tales estímulos, éstos pueden dividirse en estímulos de carácter material, estímulos ideológicos y estímulos mixtos o complejos. Esta última clasificación nos servirá para hacer un análisis más detenido.

A. Estímulos humanos de carácter material:

Están constituidos por hechos exteriores a quienes han de tomar la decisión que supone la respuesta, hechos que, desde luego, plantean al grupo humano en evolución, un problema que ha de ser resuelto. Estos estímulos tienen de común con los estímulos físicos, que son siempre hechos exteriores al agente que responde, aunque se diferencian en su procedencia u origen.

Los estímulos humanos de carácter material podemos subclasificarlos en la forma siguiente:

1. *Coactivos*: consisten en hechos que implican presión o agresión, tales como la guerra, sea internacional o sea intestina o civil. La conquista con toda la secuela de consecuencias que históricamente ha traído consigo, instituciones como la esclavitud y el régimen de castas, han figurado normalmente entre esas consecuencias. Los estímulos que Toynbee llama estímulo de los golpes y estímulo de las presiones son, sin lugar a duda, parte de esta subespecie.

2. *De intercambio*: comprende todas las relaciones entre grupos humanos o personas humanas que implican cambio de objetos y aún la simple intercomunicación. El comercio, que desde tiempo inmemorial ha fomentado la comunicación y las influencias mutuas entre las culturas, pertenece a esta subespecie; también pertenecen a ella, todos los medios de comunicación y de propaganda conocidos.

Entre los estímulos humanos de carácter material hay algunos que, debido a la importancia que históricamente han tenido en la marcha del proceso, merecen una mención separada. Son ellos:

a. *La imitación o mimesis*: es un estímulo de intercambio, aunque excepcionalmente puede ser coactivo. Es un procedimiento normal en la evolución de las altas culturas; es el medio por el cual las respuestas inventadas por la minoría creadora son aceptadas y puestas en práctica por la mayoría carente de creatividad. Implica el hecho del dirigente que impresiona fuertemente a la masa que lo imita.

b. *La educación*: juntamente con la anterior, son indispensables para la difusión y conservación de cualquier cultura. Implica una serie de actos de intercomunicación del educador, por medio de los cuales informa al educando y modifica su pensamiento. La herencia psíquica, que forma parte importantísima e indispensable de la esencia de toda cultura, se efectúa a través de la educación. Es normalmente un estímulo de intercambio; sin embargo, si se llegara a la sociedad humana fuertemente integrada que el triunfo del totalitarismo en el mundo traería consigo, se convertiría en un estímulo coactivo.

c. *La división del trabajo*: es un producto de la evolución social que, a su vez, se ha convertido en estímulo, tanto para la misma evolución social como para la

evolución histórica. A medida que las sociedades humanas han ido avanzando, se han ido diferenciando internamente, apareciendo las diversas funciones, las profesiones y oficios, las organizaciones gremiales y las clases; es la heterogeneidad diferenciada que va sustituyendo cada vez con mayor intensidad a la homogeneidad difusa, recordando el lenguaje de Spencer; en las altas culturas históricas, la complejización creciente de la sociedad está inevitable y fuertemente influida por la idiosincrasia de la alta cultura en cuestión y, a su vez, influye en ella también inevitablemente. Podemos considerarlo como un estímulo coactivo, por cuanto lo impone forzosamente la sociedad que evoluciona.

d. *La guerra*: considerada como nombre genérico de todo tipo de lucha y de sus consecuencias, como la conquista y las instituciones que de ella se han derivado. La lucha entre grupos ha desempeñado un papel importantísimo en la evolución de la humanidad, al grado que autores como Gumpłowicz y Razenhoffer han construido alrededor de ella toda su teoría de la evolución progresiva de las sociedades humanas.

e. *El lenguaje*: es un producto sociohistórico y a la vez un aspecto de toda alta cultura, pero también condiciona toda la evolución posterior; en efecto, el lenguaje y el pensamiento están tan íntimamente ligados que, de manera inevitable, se condicionan mutuamente; por ello, cuando un pueblo cambia su lengua por otra de diferente carácter, como es el caso de los búlgaros, por ejemplo, cambia también profundamente toda su cultura. El lenguaje, en su doble aspecto hablado y escrito, es el medio de intercomunicación humano por excelencia.

B. Estímulos ideológicos

Al contrario de los anteriores, están constituidos por ideas que se encuentran en la mente de quienes responden; esto es, son estímulos internos que actúan desde el interior de la autoconciencia de los agentes.

Es cierto que su propagación se realiza a través de la intercomunicación, cuyas diversas formas las hemos catalogado dentro de los estímulos humanos de carácter material; aún más, podemos señalar a la educación como el medio que, con mayor frecuencia, sirve para extender estos estímulos. Pero una cosa son los medios materiales que sirven para difundir las ideas en que consisten estos estímulos, y otra diferente son las ideas difundidas, las cuales son las únicas que constituyen los repetidos estímulos.

Los estímulos ideológicos comprenden:

1. *Las corrientes de pensamiento*: que son los complejos de ideas, más o menos armónicos o armonizados, que implican la explicación de todo o parte de la realidad y requieren, de quienes los admiten, una conducta consecuente por regla general. Tales ideas no se limitan a enfocar la realidad desde el plano del ser, en cuyo caso solamente se producirían teorías especulativas, sino que lo hacen también desde el plano del deber ser, lo que origina la exigencia ética, de determinada conducta, que constriñe psicológicamente a sus adeptos.

Las corrientes de pensamiento, por cuanto enfocan muchas veces la realidad solo parcialmente, pueden tener diversos campos de acción, aunque lo más frecuente es que entrelacen, es decir, que sentado un grupo de ideas en un campo determinado, originen posturas concordantes en los demás campos.

Podemos subdividir las corrientes de pensamiento así: a) Religiosas: están representadas por las diversas posiciones de las religiones superiores y sus múltiples variedades; generalmente estas posiciones implican una postura moral y una filosófica y, con no poca frecuencia, también posturas socioeconómicas y sociopolíticas. b) Morales: aunque en la mayor parte de los casos, el pensamiento moral es un anexo del pensamiento religioso, existen algunas corrientes autónomas de éste, si bien no lo son de alguna postura filosófica. c) Filosóficas: llenan una gran importancia, porque constituyen, por la naturaleza de todo planteamiento filosófico, el punto de partida para desarrollarse en los otros campos; por ejemplo, el marxismo, tal como fue expuesto por sus fundadores Marx y Engels, fue una postura filosófica; de ella se han derivado gran número de movimientos socioeconómicos y de partidos políticos. d) Científicas: son las que sirven de antecedentes a los avances tecnológicos que, tarde o temprano, influyen profundamente en la evolución de las culturas. e) Artísticas: son las que mejor interpretan la idiosincrasia de una cultura, es decir, el fondo esencial de la misma. f) Socioeconómicas: por referirse a las estructuras fundamentales de la sociedad, en las épocas de crisis y en los períodos de franca transformación, como el que vivimos actualmente, cobran importancia capital. g) Sociopolíticas: se refieren a los regímenes de gobierno adoptados por los pueblos a través de la historia.

2. *Las sectas*: que son los grupos o conjuntos de personas seguidoras de las diversas corrientes de pensamiento, organizados para dar vigencia práctica a tales corrientes de pensamiento. Según la clase de corriente de pensamiento que origina la secta, ésta recibe un nombre distinto; las religiones se concretan en las iglesias; las posturas morales, filosóficas y socioeconómicas en los movimientos; las socio-

políticas, en los partidos políticos; y las científicas y artísticas en las escuelas, las cuales son amorfas por carecer de organización, lo que no les ha impedido tener un importante influjo en la evolución histórica de la humanidad, a través de su papel imprescindible en el crecimiento de las altas culturas históricas.

3. *Los intercambios culturales* de toda clase, los cuales se producen en abundancia y de manera regular y constante, entre las altas culturas históricas, que tienen alguna comunicación entre sí; durante los encuentros culturales en el espacio y las colisiones culturales, estos intercambios aumentan al máximo su intensidad, aunque sean bélicas las relaciones que medien entre los pueblos de las altas culturas que han entrado en contacto; finalmente, durante los encuentros culturales en el tiempo, la alta cultura aún viva experimenta la influencia cultural póstuma de altas culturas ya desaparecidas que fueron sus antecesores. En todos los casos, la alta cultura que recibe la influencia cultural, la ha asimilado en mayor o menor grado, todo depende de la mayor o menor afinidad que media entre ambas culturas en juego; el efecto puede ir desde la asimilación total hasta el rechazo; cuando hay asimilación, que es lo más frecuente, la cultura receptora modifica el influjo cultural recibido adoptándolo a su propia idiosincrasia, o sea que produce su propia versión de su estilo cultural; cuando se trata de altas culturas contemporáneas, las influencias culturales son mutuas, es decir, que normalmente se trata de intercambios.

C. Estímulos mixtos:

Los estímulos mixtos son una combinación de los anteriores; son esencialmente complejos, compuestos de sentimientos que nacen en la autoconciencia de los individuos, de donde se proyectan a la conciencia colectiva del grupo humano del cual forman parte tales individuos, para, luego de haberse consolidado como sentimiento colectivo, servir de punto de partida a una serie de hechos externos, motivados por ese sentimiento.

Estos estímulos, en consecuencia, consisten en ese conjunto de sentimientos y hechos, de los cuales los primeros son causa de los segundos; y, como los nuevos hechos, que se producen como respuesta al estímulo se convierten a su vez en parte del mismo, resulta que estos estímulos son una cadena continuada que actúan, más o menos, permanentemente.

A estos estímulos contribuyen, en distintas proporciones según los casos, la psiquis humana, la naturaleza biológica del hombre y las fuerzas de la naturaleza circundante.

Podemos señalar, como los más importantes estímulos mixtos que analizaremos separadamente, los siguientes: los predominantes psíquicos, los demográficos y los económicos.

1. Estímulos mixtos predominantemente psíquicos

Son aquéllos que, sin perder su carácter de estímulos mixtos, obedecen fundamentalmente al elemento psíquico que forma parte de los mismos, elemento que, por eso mismo, tiene la preponderancia; este elemento psíquico preponderante puede ser, según los casos, de carácter intelectual o de índole emocional.

El primer ejemplo de este tipo de estímulo nos lo ofrece el desarrollo histórico de la mayor parte de las religiones superiores. Independientemente de las ideas que filosóficamente tengamos del fenómeno religioso, es innegable el importantísimo papel que las religiones superiores han desempeñado en la gestación de muchas altas culturas históricas y, consiguientemente, en la evolución histórica de la humanidad; Toynbee le ha sintetizado en su concepción de las iglesias como crisálidas.

La trayectoria que, como estímulo, desempeñan las religiones superiores, así como las diversas corrientes que surgen en su seno y en que luego se diferencian, como son las herejías, podemos concretarla en la siguiente forma: comienzan siendo estímulos de carácter ideológico, específicamente corrientes de pensamiento, entre los cuales las hemos catalogado anteriormente. Como resultado, y a la vez como condición para difundirse, se organizan en sectas que, en este caso, reciben el nombre de iglesias. Las iglesias se relacionan entre sí; surgen entre ellas toda clase de fenómenos, entre los que citaremos aquellos que por su naturaleza especial pueden servirnos de modelos de los diferentes tipos. En el plano puramente psíquico, podemos señalar el sincretismo religioso que Toynbee cita entre los fenómenos que acompañan a la desintegración de las civilizaciones; el panteón romano de la etapa imperial, repleto de infinidad de dioses y diosas procedentes de los más remotos rincones del mundo conocido entonces, es un ejemplar de esta figura.

En el plano de los sucesos externos, que actúan coactivamente, tenemos los conflictos religiosos que, con mucha frecuencia, han degenerado en persecuciones religiosas, en migraciones y colonizaciones y en guerras de religión. Ejemplos de esta figura son abundantes en la historia; citaremos a continuación tres de las que nos parecen más interesantes.

Los dos primeros ejemplos nos los proporciona el encuentro del Cristianismo con el paganismo romano, primero, y con el Islamismo, después. El primer encuentro se dio dentro del ámbito de la alta cultura helénica, que fue la dominante durante el Imperio Romano, dentro de cuyo territorio nació el Cristianismo e inició su propagación. El Cristianismo recién nacido se encontró con el sincretismo religioso de la Roma imperial, última y decadente forma del antiguo paganismo grecorromano; durante el Imperio, que coincidió con el periodo de desintegración de la cultura helénica, el sentido de promiscuidad penetró la religión oficial del Estado y ésta se abrió a las ideas religiosas de los pueblos conquistados y aún de los vecinos que esperaban conquistar, especialmente por motivos de conveniencia política. Al entrar en contacto con el Cristianismo, la religión oficial cambió de actitud; no hubo apertura sincrética, sino persecución violenta.

Las razones de este extraño cambio de actitud, a nuestro juicio, son las siguientes: 1) El Cristianismo, como todas las religiones superiores, reclama la adhesión plena y sin reservas de toda la humanidad; ello hace que sea refractario a todo sincretismo; si la apertura del paganismo romano se hubiera realizado, no hay duda que los cristianos no la habrían aceptado. 2) La religión oficial del Imperio fue manejada en función política; se veía en ella un medio más de asegurar la estabilidad del Imperio; el Imperio era el resultado de la conquista y descansaba sobre la esclavitud, la desigualdad de los pueblos y la explotación de las provincias; por ello, el Cristianismo, que predicaba la igualdad de los hombres como hijos de un mismo Dios, y que condenaba la violencia y la esclavitud, fue considerado como un peligro para la seguridad del Imperio; de esta manera, la misma razón política que en los demás casos fue móvil de apertura y sincretismo, frente al Cristianismo, aconsejó intolerancia, coacción y violencia.

Los resultados fueron las persecuciones contra los cristianos, tan conocidas en la historia; ellas causaron la muerte de millares de inocentes, pero, al mismo tiempo, dieron a la naciente Iglesia cristiana una cohesión y fuerza expansiva de primer orden; el Imperio perdió la batalla desde el momento en que los mártires cristianos resistieron las torturas y la muerte sin claudicar. El Cristianismo triunfante se convirtió finalmente en la religión oficial del Imperio, cuyas caducas estructuras hizo estallar; cuando los bárbaros asestaron al Imperio el golpe de gracia, el Cristianismo estaba ya en posibilidad de desempeñar el papel de crisálida de la alta cultura nueva que estaba a punto de nacer.

El encuentro entre el Cristianismo y el Islamismo fue un episodio de una colisión cultural; fue parte del conflicto entre dos altas culturas, la occidental y la islámica, que ha durado siglos. El conflicto asumió la forma de una "guerra santa" entre am-

bas religiones; fueron peripecias de esa guerra la invasión de Europa, en diferentes épocas, por los árabes, los turcos y los tártaros; la Reconquista española; las Cruzadas y los encuentros subsiguientes entre Oriente y Occidente, inclusive la batalla de Lepanto. Sus consecuencias han sido incalculables; van desde el quebrantamiento del militarismo feudal europeo hasta los más variados intercambios culturales; una de las más importantes fue la oportunidad que dio a las repúblicas mercantiles italianas, especialmente a Génova y Venecia, de expandirse hacia el Oriente y crear los primeros imperios coloniales europeos; ello fue una importantísima contribución a la forma de evolución gestada en Italia, que luego, al desbordarse por el resto de Europa, produjo una transformación de gran envergadura que fue el punto de partida del periodo que la historia clásica conoce como Edad Moderna.

El tercer ejemplo lo constituye la división provocada dentro del Cristianismo por el fenómeno denominado la Reforma; esta división, como es sabido, separó de la Iglesia católica una multitud de iglesias protestantes. Entre sus consecuencias, para solamente citar las más importantes, podemos señalar: la formación del espíritu mercantil orientado hacia el lucro, que fue la base de la evolución económica posterior que terminó en la formación del capitalismo contemporáneo; las guerras de religión que ensangrentaron a Europa por casi dos siglos; algunas de estas guerras tuvieron importantes proyecciones al campo político, como sucedió en Inglaterra y en Francia; otras cambiaron el mapa de Europa, como la Guerra de los Treinta Años; y finalmente corrientes migratorias de grandes alcances y movimientos colonizadores, como sucedió con la formación de muchas colonias que hoy forman parte de los Estados Unidos.

No solamente los sentimientos y fenómenos religiosos son capaces de producir estos estímulos, sino todos aquellos sentimientos que tienen fuerza suficiente para mover grandes complejos de voluntades. El sentimiento nacionalista es uno de los más importantes.

El sentimiento nacionalista no es otra cosa que la llamada conciencia de la especie, aplicada a la unidad política de la cual se forma parte. Es decir, el sentimiento de que se forma parte de un grupo humano dado, circunstancia que hace a quien lo tiene, similar a los demás miembros del mismo grupo y diferente de los miembros de los otros grupos; para que este sentimiento, que lógicamente existe en todo grupo humano que tenga alguna estabilidad, se convierta en nacionalismo, es necesario que el grupo humano a que se refiera reúna las características que originaron a una nación.

Considérase como nación a un grupo humano cuyos miembros creen tener un origen común; generalmente, la circunstancia dicha se considera comprobada en

los grupos humanos que ofrecen todas o algunas de las siguientes características comunes: raza, lengua, costumbres, religión y pasado histórico, siendo esta última la circunstancia que no puede faltar, porque las naciones son, como todas las formaciones socioculturales, un producto de la historia.

El concepto que acabamos de esbozar, para aplicarlo a nación, ha sido una realidad en el ámbito de la cultura occidental y solamente en el ámbito de esta cultura; en el resto del mundo, la realidad ha sido diferente. En efecto, en el Occidente ha habido cierta correspondencia, por lo menos aparente, entre los grupos étnicos y sus manifestaciones lingüísticas y demás culturales; decimos aparentemente porque, como lo hemos dicho ya anteriormente, los caracteres raciales más profundos se encuentran diseminados entre todos los pueblos acusando en todos un enorme mestizaje inicial. Además, estos grupos étnico-culturales se encuentran localizados en un solo ámbito geográfico, por lo que pueden servir de base, y de hecho así sucedió históricamente en Europa, a las diversas unidades políticas en que se dividió la sociedad occidental; de esta manera, se originó en el Occidente, en plena correspondencia con la realidad sociopolítica, el concepto de nación, alrededor del cual se ha desarrollado el sentimiento nacionalista.

El nacionalismo ha sido y continúa siendo una característica típica de la cultura occidental; nació y se desarrolló con ella y tiene entre los occidentales sus auténticas manifestaciones; en cada nueva etapa de la evolución propia de la alta cultura occidental, el nacionalismo ha estado presente, se ha adaptado a las condiciones peculiares del período y ha desempeñado un papel de capital importancia en el desarrollo del proceso histórico. Pasémosle revista.

El sentimiento nacionalista, en el Occidente, tuvo su origen en los mismos acontecimientos que hicieron nacer la alta cultura occidental; su origen está en el particularismo de los bárbaros germanos que destruyeron el Imperio romano; al asentarse las tribus germanas en los girones del extinto Imperio, el sentimiento particularista se extendió fácilmente de la tribu conquistadora a la tierra conquistada; finalmente, cuando se operó la fusión entre los bárbaros conquistadores y la población antecedente, el sentimiento se aplicó tanto al nuevo grupo humano resultante como al ámbito territorial que ocupaba, o sea que se convirtió en verdadero nacionalismo.

La influencia decisiva que ha tenido el nacionalismo occidental, en la evolución de esta alta cultura, está fuera de duda; su papel, como estímulo, ha tenido capital importancia.

Durante la etapa de los reinos bárbaros surgidos de la destrucción del Imperio romano, el nacionalismo aún en formación, proporcionó la fuerza moral que

impulsó la fusión de conquistadores y conquistados. Al desmembrarse el Imperio de Carlomagno, ese sentimiento nacionalista dio una prueba de lo que llegaría a ser posteriormente, sentando las bases de tres de las más antiguas nacionalidades europeas, la francesa, la alemana y la italiana.

Durante el período que la Historia clásica conoce como Alta Edad Media occidental, al que podríamos llamar con más propiedad "período protonacional", simultáneamente se formaron las nacionalidades europeas y se concretó el sentimiento nacionalista; ambos procesos se influyeron mutuamente.

Al completarse la formación de las nacionalidades europeas, la evolución de la alta cultura occidental nos ofrece una nueva etapa que representa la primera gran transformación en el campo político; fue la era del absolutismo. Debido al absolutismo imperante, los tronos fueron considerados en todas partes representantes de la nación; ello ocultó, tras la lealtad al monarca, el sentimiento nacionalista ya existente. Hubo en esta época planteamientos y posturas políticas de los gobiernos de inconfundible corte nacionalista; como ejemplo, recordemos que el objetivo declarado de la política exterior de Luis XIV fue incorporar a Francia todos los territorios que históricamente le hubieran pertenecido; su carácter nacionalista no puede ponerse en duda.

Al desaparecer los tronos, la lealtad se transfirió a la nación, como concepto sociopolítico equivalente a la comunidad política, es decir, al grupo humano menor a que se pertenece (el grupo humano mayor podemos identificarlo con la sociedad que realiza una alta cultura dada, para el caso, el Occidente).

Desde ese momento, el sentimiento nacionalista se ha expresado libremente, mostrándonos su verdadera faz.

Debido a la circunstancia últimamente señalada, algunos autores de indiscutible valía, como Toynbee, por ejemplo, han considerado que el nacionalismo ha sido el resultado del impacto de las ideas democráticas en la institución del estado territorial político existente, en la sociedad occidental, institución a la cual Toynbee llama los Estados provincianos o parroquiales. No compartimos este punto de vista, por las razones que hemos expuesto suficientemente en los párrafos que preceden.

La combinación de las ideas democráticas con el nacionalismo ha originado un principio muy aplicado en el Occidente, dentro de los últimos ciento cincuenta años, al que consagra el derecho de los pueblos a disponer de sí solos. El principio de no intervención está íntimamente ligado al anterior.

En el período de crisis que afecta actualmente al mundo contemporáneo, el nacionalismo occidental nos presenta sus versiones de exacerbamiento patológico

propio de los períodos de aguda disolución en que terminan las grandes etapas históricas. Estas formas han sido: el ultranacionalismo de los regímenes fascistas, especialmente del italiano, y el racismo del régimen nazi.

A partir de la expansión sin precedentes de la alta cultura occidental en los últimos siglos, ésta ha llegado hasta los últimos rincones de la tierra y se ha puesto en contacto con todas las culturas del planeta; ha exportado, entre otras cosas, sus productos económicos y políticos, es decir su técnica, sus diversas tendencias socioeconómicas recientemente elaboradas, su democracia y su nacionalismo.

El influjo de las ideas occidentales en los pueblos que pertenecen a las otras altas culturas del planeta, ha originado movimientos que, a pesar de ofrecer una apariencia externa similar a las occidentales, no pueden tener el mismo contenido de fondo. En efecto, en las otras altas culturas del planeta, las unidades políticas contienen diversos elementos humanos que no pueden integrar lo que los occidentales llamamos una nación; los grupos humanos que ofrecen las características comunes para ser llamadas naciones, no están ubicadas separadamente en una región determinada, sino entremezclados entre sí, por lo que es imposible pensar en Estados de base nacional.

Los llamados movimientos nacionalistas, como el chino o el árabe, que se han concretado en el nasserismo egipcio, no son tales en el sentido en que lo entendemos en el Occidente, sino más bien sentimientos aglutinantes de elementos humanos diversos, entre los cuales hay tanta o más diferencia que la que puede existir entre dos naciones europeas cualesquiera.

2. Estímulos demográficos

La presión de una población abundante ha desempeñado, a través de toda la historia, un papel importante, tanto en la evolución social como en la evolución histórica de la humanidad. Este estímulo es, sin duda alguna, de orden mixto; la presión que el aumento poblacional representa es una presión externa, que actúa de manera similar a los factores de orden físico; pero el origen del estímulo es de naturaleza compleja; en efecto, aunque el fenómeno de la procreación es esencialmente biológico, su repetición creciente, o el fenómeno contrario, es el resultado del influjo combinado de gran número de circunstancias, entre las cuales las económicas y las culturales tienen gran importancia.

Teilhard de Chardin enfoca el problema demográfico contemporáneo y su influencia decisiva en la evolución de la humanidad en la siguiente forma:

A. Desde que la humanidad apareció, hasta nuestros días, ha recorrido aquella una etapa expansiva, es decir, un proceso de difusión y ocupación de un mundo que ofrecía, cada vez, nuevas zonas deshabitadas. La humanidad, por lo tanto, podía crecer sin límites desde luego que el espacio que nuestro planeta ofrecía no estaba agotado. De allí que el crecimiento poblacional en una zona se resolvía a través de traslaciones masivas de población, las conocidas migraciones de pueblos tan frecuentes en la historia. El fenómeno de las altas culturas o civilizaciones, para Teilhard de Chardin, corresponde al período de expansión de la humanidad.

B. En este momento, podemos considerar virtualmente agotado el espacio que la tierra ofrecía a la humanidad para su expansión; esta apreciación no era exacta en la época en que lo escribió Teilhard de Chardin ni lo es todavía, pero ocurrirá dentro de los próximos cien o doscientos años; por lo que, para una proyección hacia el futuro, que es para lo que la utilizó el citado autor, es correcta.

C. A partir del agotamiento del espacio en la tierra, la humanidad ha iniciado un repliegue sobre sí misma, un estrecharse unos contra otros, los pueblos, las civilizaciones y los hombres. La tendencia hacia la socialización, signo de los tiempos contemporáneos, la explica el autor que comentamos como el primer efecto de este repliegue. El proceso, que apenas acaba de comenzar, producirá efectos insospechados en el futuro; entre los que prevé el ilustre jesuita francés, citaremos: nuevas formas de socialización que proporcionarán la organización imperante en la humanidad del futuro; la superación de las altas culturas o civilizaciones y la aparición de una sola figura cosmopolita que será superior a las anteriores; el crecimiento sin precedentes de las ciudades, que llegarán a fundirse unas con otras y a cubrir la inmensa mayoría de la superficie del planeta; y finalmente, el proceso se combinará con el de autoevolución, lo que dará al hombre del futuro los resortes de su propio destino.

Expuestas someramente las ideas de Teilhard de Chardin, respecto del problema demográfico contemporáneo, sobre las cuales daremos nuestra opinión al lector en el curso del presente trabajo, pasemos a presentar nuestros propios puntos de vista en relación con este estímulo mixto.

Tanto la evolución social como la evolución histórica, hasta nuestros días, han necesitado, para su progreso, de las grandes aglomeraciones de población. En efecto, si a la evolución social nos referimos, la formación de las grandes unidades, que es el fenómeno dominante en ella, supone la conversión de las aldeas en gran-

des ciudades, capaces de ser metrópolis de los imperios. Si a la evolución histórica volvemos nuestra atención, resulta que todas las altas culturas o civilizaciones han requerido para nacer, ya se trate de los primeros ejemplares de la especie o de nuevos ejemplares derivados, de concentraciones de población de regular tamaño; los lugares donde todas las altas culturas se originaron, fueron bastante más poblados que todas las zonas bárbaras circundantes. Spengler, en *La decadencia de Occidente*, ha registrado este fenómeno, aunque sea al paso y sin insistir mucho en ello; indica que las altas culturas, en su proceso de crecimiento, producen las grandes ciudades, las cuales se despueblan en el período de decadencia; esta última observación nos recuerda que la tendencia a limitar la población ha aparecido muchas veces en la historia humana.

Pero las observaciones anteriores han correspondido a la etapa de la historia humana que Teilhard de Chardin ha llamado expansiva; desde luego, en el repliegue que estamos comenzando a vivir, el papel de este estímulo es diferente; analicémoslo.

El repliegue sobre sí misma, que Teilhard de Chardin señala que ha dado la humanidad, supone el agotamiento de los espacios deshabitados de la tierra, los cuales pueden servir para ser ocupados por los excedentes de población que se produzcan. Ello haría que el estímulo de la presión provocada por el excedente de población se elevara en un crecimiento constante; o sea, que las condiciones de vida en el mundo se irán endureciendo constantemente, por lo que es previsible que el estímulo se volverá pronto excesivo.

La verdad es que en el mundo quedan todavía bastantes espacios o zonas desiertas; unas por áridas, como El Sahara; otras por exceso de vegetación, como las selvas del Brasil. Estas zonas han sido inhabitables hasta hoy, pero los progresos de la técnica moderna han hecho que dejen de serlo; sirven de ejemplo, sistemas de riego empleados en los desiertos de Arizona, en los Estados Unidos, y en los de Israel, en Palestina. Por ello, hemos dicho que los espacios habitables en el mundo no están agotados aún, pero lo estarán en breve. Sin embargo, esta última apreciación nuestra, es posible que no llegue a realizarse; en efecto, la misma técnica que avanza constantemente, proporcionará recursos crecientes que reducirán notablemente la dureza del estímulo y, además, es probable que finalmente ofrezca la solución que elimine el problema.

Esa solución, probablemente, vendrá por la vía de los viajes interplanetarios; por los avances constantes en esta materia es lógico esperar que, en un lapso relativamente corto, se alcance un planeta capaz de recibir población humana, en cuyo caso la época expansiva volvería a presentarse. Es muy probable que hayan

varios planetas con capacidad de ser poblados por la humanidad, a una distancia que permita alcanzarlos desde la Tierra, en un futuro próximo; por lo menos, uno en nuestro propio sistema solar y algunos otros en los sistemas vecinos. También es muy probable que estos planetas estén deshabitados, porque la aparición de los diversos cuerpos celestes no ha sido simultánea, sino sucesiva, lo que ha producido condiciones diferentes de evolución en cada uno; desde luego, el fenómeno evolutivo que produjo la vida y el hombre, en la tierra, no es único; pero, tal como opina al respecto Teilhard de Chardin, se ha producido en una minoría de cuerpos celestes; es lógico suponer que estos cuerpos celestes se encuentran repartidos en los inmensos espacios del Universo, por lo que las distancias que median entre ellos, es probable que sean de tal magnitud que excluya la posibilidad de alcanzar a cualquiera de ellos, en un próximo futuro.

Pero, si bien podemos esperar fundadamente que la técnica avanzada de nuestros días reduzca y aún resuelva el problema demográfico del presente, el impacto psicológico que este problema causa sobre el mundo, en especial sobre el mundo occidental desarrollado, lo convierte en un estímulo de gran importancia en la evolución de nuestros días. En efecto, el mundo occidental, que conserva aún la dirección del proceso evolutivo histórico, aunque tal vez por poco tiempo, cree que el crecimiento de la población de la tierra está a punto de provocar un verdadero desastre por falta de recursos suficientes para alimentar a una humanidad que crece constantemente y en progresión geométrica; por ello, repite con mayor intensidad la conveniencia de reducir la natalidad. La campaña que pretende la reducción artificial de los nacimientos, que se realiza a través del mundo entero y que tiene sus centros motores en países del Occidente desarrollado, es una prueba irrefutable de lo que acabamos de afirmar.

Por otra parte, el mundo contemporáneo es un mundo de grandes desequilibrios; hay desequilibrios poblacionales; junto a zonas superpobladas, hay regiones desérticas; este desequilibrio podría corregirse mediante planes migratorios internacionales, manejados por organismos de las Naciones Unidas. Hay desequilibrios de desarrollo económico, que provocan hambre y desnutrición que luego se achacan a causas demográficas; compárese las hambres de la India con la prosperidad de Bélgica y Holanda, siendo que ambas zonas tienen relativamente similares densidades de población. Hay desequilibrios en el reparto de las riquezas y de las oportunidades de toda clase, aún dentro de un mismo país; compárense los barrios opulentos con las villas-miseria en una misma ciudad. Junto a grandes masas sumidas en la indigencia, literalmente muriendo de hambre, tenemos enormes aglomeraciones de productos alimenticios y de toda índole que se almacenan, y

aún se destruyen, para mantener su precio en el mercado, en un evidente esfuerzo, de dudosa moralidad por cierto, de favorecer los intereses de los productores, que constituyen una minoría de la humanidad.

En resumen, vivimos en un mundo afectado por los desequilibrios; desequilibrios en el reparto de la población; desequilibrio en la intensidad de la explotación de los recursos naturales de las distintas regiones y, consecuentemente, en su aprovechamiento; desequilibrio en el desarrollo de las distintas zonas del planeta; y finalmente, desequilibrio en el reparto de los productos entre los diversos pueblos de la tierra y entre los grupos e individuos dentro de cada pueblo. Hasta este momento, estos desequilibrios han sido, en la inmensa mayoría de los casos, las verdaderas causas de los problemas achacados al crecimiento de la población; este último solamente ha venido a ponerlos de manifiesto. El estímulo que analizamos, pues, resulta ser sumamente complejo.

El mundo occidental desarrollado, que conserva todavía la dirección del proceso evolutivo, es el más receptivo a este estímulo, tal como lo acabamos de decir; ello se debe, en gran parte, a que los países occidentales desarrollados, precisamente por serlo, son los beneficiarios de los desequilibrios que hemos apuntado, en la medida que esto es posible desde luego. En todo el Occidente y en las zonas sometidas a su influencia, la campaña para la reducción artificial de los nacimientos es una gigantesca empresa en marcha, por lo que su influjo sobre la dirección de los acontecimientos contemporáneos, especialmente sobre el futuro desenlace de la crisis del presente, no puede desestimarse.

La crisis del presente ha asumido la forma de una gigantesca colisión de culturas de ámbito mundial; en esta colisión, la cultura occidental enfrenta la contraofensiva de las demás culturas de la tierra, las cuales, anteriormente, sufrieron el influjo intruso de la primera. Es un hecho real que la tendencia a la limitación de la natalidad no se presenta en los países de las esferas china y soviética con los caracteres de virulencia que tiene en Occidente; por ello, bastaría que la tendencia se acentúe un poco más, lo cual es probable como consecuencia de la propaganda a escala mundial que se le hace, para que los núcleos occidentales y pro-occidentales se vean debilitados numéricamente frente a sus rivales. El estímulo que comentamos, dadas las peculiares condiciones de la crisis del presente, es capaz de provocar un acto suicida de la cultura occidental.

Independientemente de lo anterior, es indudable que el problema demográfico de la humanidad de hoy día se presenta con caracteres que nunca había tenido en la historia. Ha puesto de manifiesto los desequilibrios a que acabamos de referirnos, los cuales constituyen el punto de partida de la crisis de nuestro mundo, porque

son los retos o incitaciones que aún esperan respuestas adecuadas; y además, está provocando el repliegue de la humanidad sobre sí misma, lo que se traduce en la tendencia contemporánea a la socialización, que tanto influjo está llamada a tener en la evolución del próximo futuro. Por ello, en este momento histórico, el influjo de los estímulos demográficos en la evolución histórica tiene una importancia considerable.

3. Estímulos económicos

La actividad económica tiene por objeto la satisfacción de las necesidades materiales del hombre, es decir, aquellas que se derivan de su naturaleza animal. El hombre tiene una naturaleza dual, es a la vez animal y espíritu, es decir es un animal dotado de autoconciencia, cuyas necesidades constituyen estímulos de gran importancia; por ser animal, tiene necesidades biológicas y materiales de toda índole, como el sustento, el vestido y la vivienda, cuya satisfacción constituye el objeto de la actividad económica; por estar dotado de autoconciencia, tiene necesidades espirituales y culturales, que se satisfacen mediante otro tipo de actividades. Estas últimas necesidades comprenden los estímulos ideológicos y los estímulos mixtos predominantemente psíquicos; en cambio, a las primeras, corresponden los estímulos económicos; como se ve, las necesidades humanas que se plantean como retos o incitaciones que demandan respuestas, dan origen a la mayoría de los estímulos humanos.

Las necesidades materiales del hombre son originariamente necesidades individuales, pero, como el hombre solamente puede vivir en sociedad, su satisfacción se realiza, en gran medida, colectivamente; por ello, podemos hablar de economías nacionales y regionales, así como de economía mundial; el estímulo, por eso mismo, plantea su incitación a los grupos humanos que evolucionan como tales, es decir gregariamente.

Las necesidades económicas son estímulos que operan de la misma manera que los demás estímulos que hemos analizado; es decir, que frente a tales necesidades, el grupo humano en cuestión selecciona la respuesta que, de acuerdo con las circunstancias, considera más conveniente. Aún más, como la naturaleza dual del hombre es constante, también lo es la coexistencia de estímulos humanos de carácter económico y de carácter ideológico, los cuales podemos discernir en todos los acontecimientos históricos; no podemos asignar a ninguna de ambas clases de estímulos la preponderancia de manera constante y definitiva; según el acontecimiento de que se trate y la época en que suceda, se puede señalar el estímulo preponderante. Pongamos algunos ejemplos que ilustran este último tema.

En la evolución social, durante la etapa prehistórica de las culturas primitivas el estímulo económico fue preponderante; el nomadismo y la sedentarización, así como la formación de las sociedades patriarcales y matriarcales, dependieron en importantísima medida del influjo económico; igualmente, en nuestro mundo de hoy, la importancia de los estímulos de carácter económico es indudablemente de primer orden. En cambio, en el Medievo occidental, en muchos acontecimientos, los estímulos ideológicos fueron decisivos; sirven de ejemplo las Cruzadas; estas expediciones guerreras al Oriente, si se exceptúan casos aislados de intervención en ellas de potencias mercantiles, como la genovesa y la veneciana, fueron provocadas principalmente por causas de carácter ideológico-religioso; que sus efectos hayan tenido gran repercusión en lo económico, es cosa distinta.

La importancia tan grande que en la evolución de los últimos siglos han tenido los estímulos de carácter económico, ha ocasionado que muchos autores hayan exagerado su papel, convirtiéndolos de meros estímulos que son, en factores sociales; es decir que tales autores han caído en el determinismo económico. La principal de estas teorías, por ser la más difundida y la que ofrece una postura más radical, es la interpretación histórica marxista, conocida como materialismo histórico; por ello, la analizaremos brevemente a continuación, como la representativa de las de su género; pero advirtiéndole que no es la única; abundan en nuestro tiempo autores de otras tendencias, que pretenden explicarlo todo como efecto de causas irresistibles de carácter económico.

El materialismo histórico es la interpretación de la historia formulada por el propio Marx; el materialismo dialéctico, creado por Engels, extiende la interpretación a todos los órdenes del Universo; este último ha sido adoptado oficialmente como posición filosófica en la Unión Soviética.

El materialismo histórico es dialéctico; adopta la dialéctica hegeliana, que explica todas las cosas mediante un proceso de tesis, antítesis y síntesis.

Marx recibió la filosofía de Hegel a través de Feuerbach; por ello, conservó de Hegel únicamente el método dialéctico, sustituyendo el idealismo de este por el materialismo de Feuerbach. Para Marx, la tesis es la afirmación; la antítesis es la negación; y la síntesis es la negación de la negación; resulta que la síntesis, más que la combinación de la tesis y la antítesis, como era originalmente en Hegel, es la negación de ambas.

La interpretación histórica marxista considera que el medio o sistema de producción es el factor social por excelencia, el determinante de toda la evolución de las sociedades humanas; como la interpretación es determinista, las etapas se presentan como necesarias e ineludibles. Solamente la económica es la verdadera

estructura de la sociedad, las demás son superestructuras, que únicamente existen en función y provecho de la primera, tal como lo explicamos más adelante.

De acuerdo con lo anteriormente indicado, Marx formuló las etapas de la historia de la humanidad, por el sistema de producción empleado; señaló cuatro etapas históricas, correspondientes a los sistemas de producción que llamó asiático, antiguo, feudal y burgués, y dos etapas de realización futura que llamó socialista y comunista; la etapa socialista es en la que se encuentran los países que actualmente tienen un régimen marxista-leninista; la etapa comunista ha de constituir el remate del proceso y no ha sido alcanzada, hasta este momento, por país alguno. Los autores marxistas posteriores han rebautizado las cuatro etapas históricas, con los nombres de comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo y capitalismo; conservando los nombres originales para las etapas que Marx señaló como de realización futura.

A partir de la segunda etapa, el sistema de producción determina la división de la sociedad en dos sectores antagónicos, los explotadores y los explotados; con ello surge la idea de la lucha de clases que el marxismo considera, juntamente con el factor económico, como el motor de la historia. Durante la etapa del régimen antiguo, o esclavismo, la lucha enfrenta a los amos con los esclavos; durante la del régimen feudal, o feudalismo, la lucha se produce entre los señores y los siervos; y durante la del régimen burgués, o capitalismo, la lucha es entre los capitalistas burgueses y los proletarios. El triunfo de la revolución proletaria implanta el socialismo, el cual conduce finalmente a la sociedad comunista sin clases, meta o remate de todo el proceso histórico.

En su obra *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels plantea el paso de la primera etapa, la del régimen de producción asiática, o comunismo primitivo, a la segunda, la del régimen antiguo o esclavismo. En ella, explica la adopción del matrimonio monogámico y la creación del Estado con una fuerza militar diferente del común de los habitantes, como efectos de la introducción de la propiedad privada de los medios de producción, especialmente de la tierra; a partir de ese momento la sociedad se diversifica, aparece la división entre explotadores y explotados y, con ella, la lucha de clases.

El punto de toque de la interpretación está en la absoluta preponderancia de lo económico sobre los demás aspectos de la actividad social y humana; por ello, la estructura económica es considerada como la esencial de la sociedad, como la única determinante del tipo de sociedad de que se trata, por ser la resultante inmediata del sistema de producción adoptado. Las demás son superestructuras, nacidas como consecuencia de la estructura económica y determinadas a asegu-

rar su supervivencia. Por ejemplo, la organización social está constituida por la división en grupos, las clases sociales, cuya integración y características son originadas por el sistema de producción imperante, el cual determina también la pugna existente entre ellas, es decir la lucha de clases considerada como motor de la historia; la religión es considerada como creada por los sectores dominantes para someter psicológicamente a los explotados, mediante la promesa de una redención en una vida futura; el Estado y la organización política, son instrumento, de dominación creados por la clase explotadora para su propio provecho; aún las corrientes de pensamiento y las manifestaciones artísticas, por lo menos en un principio, fueron consideradas como expresiones de la mentalidad de los grupos sociales dominantes.

Esta subordinación de todos los procesos y realidades sociales y humanas a lo económico es lo que constituye la nota característica del materialismo histórico, o sea, de la interpretación histórica marxista; en ello está su fuerza y su debilidad. Su fuerza porque: 1) Las necesidades económicas acompañan constantemente al hombre, por lo que su influjo sobre los distintos procesos evolutivos humanos no puede menos de ser de gran importancia; por ello, las necesidades económicas y las ideológico-culturales se turnan en la preponderancia de su influjo sobre la evolución histórica. 2) En este momento histórico, la preponderancia de lo económico en el proceso histórico que sufre la humanidad, es indiscutible; ello hace que una interpretación histórica basada en el determinismo económico, sea, especialmente atractiva y asimilable por los contemporáneos, habituados como están a colocar todas las circunstancias de carácter económico por encima de las demás. 3) El planteamiento de la lucha de clases refleja a cabalidad el cisma que divide a nuestras sociedades de hoy día, cuyas culturas históricas están en desintegración. Estas razones contribuyen a explicar el éxito que, en nuestros días, están teniendo los planteamientos marxistas.

Pero también constituyen su debilidad porque: 1) Por mucha importancia que tengan las necesidades económicas, éstas no son las únicas; otras, tan importantes como ellas, las culturales, comparten su influjo, el cual ha sido preponderante en algunas épocas y en no pocos acontecimientos. 2) Querer reducir toda la explicación de la historia a un proceso en función de un único factor social, cualquiera que esta sea, resulta una explicación demasiado simplista para ser real; el proceso histórico de la humanidad, tanto en sus causas como en los acontecimientos en que se desenvuelve, es harto complejo; responde al carácter de la evolución que marcha de lo simple a lo complejo; no olvidemos que, dentro de los distintos procesos evolutivos, el humano es el más alto y, dentro de la evolución humana,

la histórica es la más elevada; por ello, es lógico que acuse el más alto grado de complejización. 3) La lucha de clases, que refleja con bastante fidelidad los cismas resultantes de los períodos de desintegración de las altas culturas o civilizaciones, pierde importancia y palidece en los períodos de crecimiento; por ello, quererlo aplicar indiscriminadamente a toda la historia, resulta tan falto de realidad como la generalización del factor económico. 4) Finalmente, tal como lo hemos expuesto suficientemente en las anteriores páginas, toda explicación determinista es incompatible con la naturaleza íntima de los hechos de conducta humana; el hombre es capaz de actos libres, aunque no todos sus actos lo sean; basta la existencia de esta capacidad para excluir el determinismo.

Las necesidades económicas o de orden material, constituyen estímulos en el proceso histórico que sufre la humanidad, porque provocan las respuestas de los grupos humanos, los cuales suelen ser distintas frente a los mismos estímulos; por ello, aún en una misma época y en una misma zona del planeta, nos encontramos en presencia de diversas organizaciones económicas que responden a tendencias diferentes y aún antagónicas. Además, como ya lo dijimos anteriormente, no obstante que los estímulos económicos son muy importantes, no son en manera alguna los únicos, ni mantienen una preponderancia ininterrumpida.

D. Incidencia de los estímulos

La acción de los estímulos es compleja; por regla general, todos actúan simultáneamente y de manera constante, aunque no con igual intensidad; según las circunstancias, ora uno, ora otro, se vuelven más intensos, o sea que toman la preponderancia; ello, naturalmente, se hace sentir en la respuesta del grupo humano en evolución, pues este enfoca su respuesta hacia el estímulo o grupo de estímulos cuya intensidad es mayor. Aún los autores suelen dejarse impresionar por el espejismo; muchas de las interpretaciones simplistas son el resultado de este espejismo.

Como los grupos humanos no pueden dejar de ocupar una zona del planeta, la acción del medio físico actúa sobre ellos continuamente y sin interrupción; desde luego su intensidad es variable; tal como lo dijimos anteriormente, es muy fuerte en las sociedades de cultura primitiva, para ir decreciendo paulatinamente a medida que los grupos creadores de las altas culturas o civilizaciones van aumentando su dominio sobre la naturaleza. Los estímulos étnicos son también de acción constante, porque los grupos humanos están compuestos de individuos, los cuales todos al tiempo sienten el influjo de su constitución biológica; su intensidad probablemente vaya en razón inversa al crecimiento cultural por ser este el resultado

de la autodeterminación del grupo humano creador de la cultura; probablemente, sea mínima en las etapas de crecimiento y aumente progresivamente en las etapas de desintegración; pero, tal como lo dijimos anteriormente, aún no están bien conocidos sus efectos.

Con los estímulos humanos, la incidencia de los mismos es mucho más compleja; nunca faltan gran número de ellos, de todas sus variedades; pero, dada la multiplicidad de figuras, estas no se presentan continuamente sino que se sustituyen unas a otras. Pasémosles revista.

Los hechos exteriores de procedencia humana no pueden faltar. Se producen siempre con abundancia, aunque varían constantemente; por ello, siempre incidirán estímulos humanos de carácter material, aunque no sean siempre los mismos ni de igual intensidad.

El pensamiento es uno de los atributos esenciales de la autoconciencia; por ello no puede faltar al hombre, pues si falta, este dejaría de ser lo que es. Si proyectamos lo individual a lo colectivo, resulta que las corrientes de pensamiento acompañan siempre a todo grupo humano; por lo que los estímulos ideológicos acompañan siempre la evolución de los grupos humanos; no siempre son las mismas ni su influjo reviste la misma importancia, pero su presencia nunca falta.

Lo mismo sucede con los estímulos mixtos. En efecto, los que hemos llamado estímulos mixtos predominantemente psíquicos, son el complejo de hechos resultantes del desenvolvimiento dentro de la sociedad, de corrientes de pensamiento o de tendencias psíquicas, originariamente de carácter ideológico, por lo que puesto el punto de partida, el proceso de desenvolvimiento lógicamente tiende a presentarse; igualmente, los estímulos económicos son las formas como actúan sobre el proceso evolutivo las necesidades materiales que acompañan al hombre durante toda su vida, por lo que no solamente no pueden faltar, sino que tienden a ganar, según las circunstancias, importancia de primer orden. En cuanto a los estímulos demográficos, éstos son el resultado de la aglomeración de la población humana en una zona determinada, la cual acompaña siempre a toda alta cultura o civilización; lo que sí carece de precedentes históricos, es la importancia que están cobrando en nuestros días debido a que la humanidad puede estar a punto de pasar de su etapa expansiva, que cubrió todo su pasado prehistórico e histórico, a la etapa futura del repliegue sobre sí misma.

Hay algo más; lo que los sociólogos llaman la conversión de los productos en factores. Los hechos, las instituciones, las tendencias, y demás, que la evolución de los distintos grupos humanos produce, se convierten a su vez en parte de su manera de ser, en condiciones de su idiosincrasia y de su evolución futura; el alma

colectiva, cuyo conjunto de manifestaciones constituyen la cultura del grupo humano en cuestión, está en elaboración constante, es decir, está sometida al mismo proceso evolutivo que la transforma continuamente; sus propios productos actúan sobre ella misma como fuerzas internas de transformación.

El carácter esencialmente complejo de la actuación de los estímulos en la evolución humana es su característica más importante.

El español, lengua internacional

RODOLFO BARÓN CASTRO,
MIEMBRO HONORARIO.

1. Las lenguas internacionales

Deseo, en primer término, expresar mi agradecimiento al ilustre director del Instituto Español de Lengua y Literatura de Roma, D. Manuel Sito Alba, por la amable invitación que me ha transmitido, a fin de que pudiera clausurar con esta conferencia, el importante seminario que con tanta brillantez ha venido celebrándose en esta prestigiosa entidad, y en el que han intervenido especialistas de tantos y bien reconocidos méritos. Al sugerir el tema, el Sr. Sito Alba me pidió que disertara sobre “el Español, lengua internacional”. Benévola-mente me dice en su carta, que me consideraba como alguien excepcionalmente calificado para tratarlo con una reconocida competencia.

Naturalmente, no es el aspecto de la competencia el que me ha movido a acatar la iniciativa del Director del Instituto, sino el hecho de haber sido testigo —y en algunos momentos partícipe en proporción a mis modestas capacidades— del proceso que ha llevado al idioma del *Poema del Mío Cid* y del *Fuero Juzgo* a convertirse en una de las “Lenguas Internacionales” en uso dentro del nuevo orden universal instaurado con el nacimiento de las Naciones Unidas. Consecuentemente, el examen de cómo se ha llegado a este final, en rápido recorrido, será el objeto de cuanto haya de decirles durante el tiempo en el que habré de distraer vuestra atención.

Sin intentar definir lo que son las “Lenguas Internacionales”, cabe señalar que, en la práctica, podemos considerar como tales aquellas que, debidamente oficializadas, sirven en los organismos intergubernamentales de carácter permanente —sean estos de composición universal, regional o sobregional— para el diálogo

entre los representantes de los Estados que los constituyen, así como para el trabajo de sus respectivas Secretarías.

En la actualidad, comparten tal situación en el ámbito universal —que es al que habré de referirme principalmente, aunque no de manera idéntica— estas lenguas: francés, inglés, español, ruso, chino y árabe.

Sentado lo anterior, creo indispensable empezar por el principio, es decir, haciendo un breve recuento de cómo nace la lengua española, y llega a la posición a la que me refiero, señalando de paso que conforme a los datos más recientes en la actualidad es el instrumento de comunicación de cerca de 280 millones de seres repartidos en cuatro continentes.

2. Del latín al castellano

Conquista romana y romanización son dos hechos históricamente consecuentes. Para la Península Ibérica el primero se origina en el año 206 antes de Cristo y tiene término bajo Augusto en el 38, también previo a nuestra era. En este lapso, los habitantes de Hispania, debido a la acción nutricia de Roma, tienen por vez primera una lengua que, con mayor o menor perfección, con lagunas más o menos importantes, posee uniformidad léxica y dimensión espacial. Esta lengua es el latín.

El habla del Lacio nivela culturalmente a los viejos pueblos asentados en la “piel de toro” —salvo en el caso de los vascones o euskeldunes—, varios de los cuales tuvieron contacto con las colonias fenicias, griegas o cartagineses que hicieron de la Península un cruce de caminos cortados todos ellos por la inmensidad del Océano, infranqueable barrera con la que tropieza por un lado el *finisterre* y, por otro, el *Non plus ultra*. En suma, la romanización representó unidad interior y comunicación exterior, al quedar insertados los moradores de la Península Ibérica en la compleja vastedad del Imperio de los Césares.

En el año 409, sobreviene el acontecimiento crucial del arribo al solar hispánico de “los bárbaros”, sucediéndose suevos, vándalos, alanos y, finalmente, visigodos. Para fines del siglo V, el imperio visigodo, bajo Eurico, es dueño del suelo peninsular. Sin embargo, lingüísticamente, este Imperio persiste romanizado.

Pero el 711 llega a la Península, por el Sur, la invasión árabe, que se adueña del territorio en forma increíblemente rápida. Apenas si un pequeño reino, el de Teodomiro, en Murcia, subsiste como un islote independiente, que termina por hacerse feudatario para desaparecer a comienzos del siglo IX y después de Covadonga (el 718) el de Asturias. A partir de entonces se inicia un forcejeo bélico —con alternativas de actividad y de cansancio— que dura casi ocho siglos. Pues bien,

es en este contexto en el que el latín del pueblo —el latín vulgar— engendra las nuevas lenguas peninsulares o, para decirlo con palabras de Menéndez Pelayo:

Españoles fueron en la Edad Media los tres romances peninsulares: todos recorrieron un cielo literario completo, conservando unidad de espíritu y parentesco de formas en medio de las variedades locales. Eran tres dialectos, hijos de la misma madre, hablados por gentes de la misma raza y empeñados en la misma empresa. Las tres literaturas —catalana, castellana y galaico-portuguesa— reflejaban las mismas ideas e iguales sentimientos, y recíprocamente se imitaban y traducían, y cedieron el mismo paso a extrañas influencias.

3. El castellano, lengua hegemónica peninsular

Esta igualdad de las lenguas peninsulares neolatinas (de las prerromanas queda sólo el éuskera), se rompe poco a poco en favor de la nacida en el condado —reino, más tarde—, de Castilla. Y el castellano se vuelve hegemónico porque es la lengua de la Reconquista, es decir, la lengua de la gran operación de rescate territorial, religioso y, en gran medida, cultural.

Esta posición de avanzada lo va poco a poco convirtiendo en lengua nacional de los españoles, es decir, en la lengua del territorio. No hay que olvidar, sin embargo, que en los siglos XIII y XIV, la monarquía catalano-aragonesa tiene una expansión mediterránea que llega hasta Grecia, por la que hubo momentos en los que se decía, por Roger de Lauria, que los peces en el Mediterráneo llevaban pintadas las barras de Aragón. En efecto, Sicilia, Calabria, Cerdeña, se incorporan a la corona aragonesa. La anexión de Nápoles acontecería en el siglo XV. De esta expansión quedan muestras aún en determinados puntos del Mediterráneo no pertenecientes a España, como en el caso de Cerdeña donde ciertos núcleos —la ciudad de Alghero, por ejemplo— conservan como legado histórico dialectos de origen catalán. Por otro lado, la separación de Portugal en 1139 secciona el tronco lingüístico galaico-portugués y permite la futura expansión de su parte lusitana.

Pero el castellano es la lengua de la Reconquista y de sus grandes acontecimientos. Por ello es la lengua del *Poema del Mio Cid*, el monumento más extraordinario que nos ha legado el Medievo español, y también la lengua en la que poco a poco se vierten los principales conocimientos. Por ello, en la gran época de Alfonso X, el Sabio, es la lengua de Las Siete Partidas, es decir, la lengua de la jurisprudencia; como lo es de la Ciencia, con los *Libros del saber de Astronomía* y otros en los que se traducen obras de autores griegos o árabes.

Sin embargo, se señala habitualmente que Alfonso el Sabio, cuando de la Ciencia o del Derecho pasa a la poesía, como en sus “cantigas” en honor de la Virgen María, escribe en el habla galaico-portuguesa, más suave al oído y tal vez más asequible a expresar la ternura. Pero, debe ponerse de relieve un hito trascendente: Gonzalo de Berceo escribe poesía en castellano en ese mismo siglo XIII. Su nombre encabeza la lista de los autores conocidos de nuestra lengua, privilegio que no es mero dato erudito, pues la lectura de sus versos sigue siendo un deleite.

Y así, en evolución constante, hasta que en 1492 termina la Reconquista, realizándose nuevamente la unidad territorial de España bajo los Reyes Católicos. Pero ese año —que abre la Edad Moderna— es el del descubrimiento de América, y, simultáneamente, en otro orden, el de la aparición de la Gramática de Nebrija, la primera de la lengua castellana y la primera de las lenguas romances. La imprenta funcionaba en la Península desde 18 años antes, y había producido su primer ejemplar en Segovia.

De esta manera tenemos los elementos esenciales para este gran salto adelante, que sitúa la lengua castellana en la posibilidad, no sólo de ser, como ya lo era, la lengua general de los españoles —no me atrevería todavía a decir la lengua española—, sino la primera procedente del Viejo Mundo que sonara en el inmenso ámbito de aquel Orbe Nuevo que las quillas de las carabelas españolas habían puesto, a partir de entonces, en comunicación perenne con el Antiguo. Lengua en la que van elementos procedentes de todas las civilizaciones que habían pasado por la Península Ibérica, y por consiguiente, con muestras en algunos casos muy reducidas y en otros muy abundantes, de todo lo que representaba el quehacer intelectual de aquellas. En suma, que el Nuevo se pone en contacto con el Antiguo a través de un medio de comunicación que podía, ciertamente, considerarse entre los más auténticamente representativos que poseía este último en cuanto a cultura y reflejo de civilización.

4. El castellano, idioma imperial

Nebrija dedicó su Gramática a Isabel la Católica —a la que ya había entregado “una muestra” en Salamanca— y en el prólogo de la misma escribe:

cuando bien conmigo pienso, mui esclarecida Reina, I pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación en memoria quedaron esciptiones, una cosa hallo e saco por conclusión mui cierta: que siempre la Lengua

fue compañera del imperio, e de tal manera lo siguió, que juntamente comencaron, crecieron e florecieron, e después, junta fue la caída de entrambos.

Aquí el docto catedrático salmanticense tiene una premonición genial, basada en el batallar perenne de la Reconquista, que ha convertido a Castilla en un instrumento de poder capaz de alcanzar los más recónditos objetivos en un mundo que, por la acción de sus navegantes, se ensancha, es decir, se universaliza. Nebrija es consciente de ello, y así lo deja establecido en el mencionado prólogo, con referencia a “muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas”, sin olvidar la expansión entre “los vizcaínos, navarros, franceses, italianos e todos los otros que tienen algún trato e conversación con España e necesidad de nuestra lengua”.

En cuanto al proceso de castellanización del Nuevo Mundo, éste ocupa virtualmente desde la llegada de los españoles a la opuesta orilla del Mar Tenebroso, hasta el mismo momento de la Independencia, sin que ello signifique que ésta lo interrumpa, pues corre a partir de entonces a cargo de las nuevas naciones.

En efecto, desde el testimonio que nos ha legado aquel ermita jerónimo Fray Ramón Pané, que llega a las Indias en una de las expediciones colombianas y nos describe el bautizo en 1496 del indio Guaticava o Gualcavanú, después Juan Mateo, que es el primer ser del continente americano del que tenemos certeza de que aprendió a leer y escribir, dado que fue amanuense de su protector; hasta las grandes manifestaciones literarias del período español del Nuevo Mundo que llevan los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz o de Juan Ruiz de Alarcón en la Nueva España; de Garcilaso de la Vega en el Perú —que también produce aquel portento de erudición que fue el insigne Peralta y Barnuevo—, de los literatos del siglo XVIII de la Nueva Granada, Venezuela, Chile o Guatemala —que nos da el prodigioso Landívar cuya *Rusticatio mexicana* está escrita, como dijo Menéndez Pelayo, en el mejor latín de su época—, evidencia hasta dónde el conocimiento de la lengua castellana había penetrado en el continente, que a pasos agigantados la hacía suya.

Sería inútil empeño el de pretender en unas frases reflejar lo que fue aquel inmenso proceso de transmutación cultural, de mestizaje espiritual, de “conquista espiritual”, para emplear un término que ya fue utilizado en el siglo XVI y del que un eminente autor francés se ha servido para el título de una de sus obras, *La conquête spirituelle du Mexique*, porque difícilmente se ha producido un fenómeno parecido en la época moderna, ya que sólo tiene parangón con su precedente inmediato, el de la creación del Imperio romano, valga decir, el de la romanización de una parte del mundo. Es por ello por lo que, en presencia de los fenómenos actuales de descolonización, tan esperados como justificados, resulta indispensable

establecer netamente las diferencias y reconocer que la colonización española en el Nuevo Mundo está más emparentada con la que surgió de las entrañas de esta urbe que con las que tuvieron su inicio en el siglo XIX, el "siglo de las luces".

Con Carlos V —"Emperador de Occidente"—, llega el poderío español al cenit. Y es él quien aquí mismo, en Roma, en 1536 y ante Paulo III y la Corte pontificia, pronuncia en español su memorable discurso político, silenciando la imperitencia de un obispo francés que le interrumpió para decir que no le entendía, con estas palabras: "Señor obispo, entiéndame si quiere y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana". Y al Senado de Génova se dirigió así en una oportunidad: "Aunque pudiera hablaros en latín, toscano, francés y tudesco, he querido preferir la lengua castellana, porque me entiendan todos".

La difusión del español en los siglos XVI y XVII tiene muchos más apoyos que los de la preeminencia política. Este es un capítulo que aun estando bien estudiado —y por figuras preclaras de diversos países— carece en nuestros días de la divulgación necesaria, como si el español fuera sólo en este siglo en el que hubiera alcanzado dimensión internacional debida al número de los que lo emplean. Acertadamente señala Oliver Asín que el Emperador "elevó el habla de Castilla a lengua internacional de las Cancillerías".

5. El español, lengua de naciones

Pero, esta lengua imperial —"internacional" en un sentido distinto del actual— cede en difusión al sobrevenir la decadencia política de España, y a partir del siglo XVIII la estrella del francés luce con brillo cada vez más fulgurante. Su empleo se generaliza y llega a ser la lengua de las Cortes europeas, en las que sin su conocimiento no podía hacerse papel lúcido. La misma España se afrancesa culturalmente, y el galicismo se vuelve mal endémico, contra el que truenan casticistas y clasicistas.

Esta es la situación cuando llega en 1824, con Ayacucho, el fin del dominio español en la América continental. En unos casos, como consecuencia de cruentas guerras en las que en uno y otro bando se peleó con heroico desnudo; en otros, como acaeció en el reino de Guatemala que adopta la denominación de Provincias Unidas del Centro de América, por un acto cívico en el que no se derrama, felizmente, una gota de sangre. Por tanto, tenemos ya un grupo de países con independencia plena que se expresan en la lengua nacida en Castilla, la cual así, termina por ser lengua de naciones.

Desde luego, debe señalarse que el fenómeno de castellanización del Nuevo Mundo no significó en ningún momento que las lenguas indígenas hubieran sido destruidas o aniquiladas. La cristianización se hizo en gran medida a través de ellas, lo que implicó el estudio y conocimiento profundo de sus peculiaridades. De casi todas quedan catecismos, devocionarios, sermonarios, vidas de santos, etc., es decir, un ingente material que sirvió para la evangelización y que continuó recibiendo atención preferente. Vaya como ejemplo, por lo que hace al nahuatl, el Vocabulario de Alonso de Molina, impreso en Méjico en 1571, cuyo valor sigue vivo. También hay que señalar que las principales de aquellas tuvieron jerarquía universitaria y hubo cátedras para enseñarlas. Al fundarse, por ejemplo, la Universidad de San Carlos Borromeo en Guatemala —que abre sus puertas en 1681—, se sacaron al tiempo que otras cátedras, a oposición las de las lenguas quiché y cakchiquel. Fue después de la Independencia cuando el interés por el estudio de las lenguas aborígenes decreció e hizo que estas mantuvieran una vida lánguida.

Ello, naturalmente, no implica el que hubieran podido en cierta medida sustituir a la lengua española; pero hay casos muy concretos, como el de las Filipinas, en el que hasta el momento de la Independencia —me refiero a la Independencia de España, en 1898, frustrada por la inmediata ocupación del territorio por los Estados Unidos—, las lenguas vernáculas eran las generales de la enseñanza, salvo en los niveles superiores.

Con todo, cuando nacen las repúblicas hispanoamericanas las ideas francesas —y las de la Revolución francesa— son moneda corriente. Las traducciones del *Contrato Social* de Rousseau son frecuentes y no era *rara avis* el que en bibliotecas de eruditos de la América española se encontraran colecciones completas de la Enciclopedia, lo cual explica no sólo el conocimiento del francés, sino una certera influencia de este. Así, el mundo de habla española se abre con características muy especiales, entre las que la vacilación no es una de las menores. Afortunadamente, y para combatir la vacilación, surgen figuras capaces de comprender lo que de catastrófico hubiera tenido la ruptura de la unidad lingüística. El gran combatiente, el soldado de primera línea en esta batalla ganada felizmente fue Andrés Bello. Este ilustre caraqueño —que tras largos años de voluntario y enriquecedor exilio en Londres va a vivir el resto de sus años a Chile, casi podríamos decir que como el primer experto de la asistencia técnica contratado por un país para su propio beneficio, pues éste es el modo como el excepcional humanista abandonó Londres con destino a la que sería su segunda patria—, libra, para todo el desunido mundo hispánico, uno tras otro, los combates contra el fraccionamiento lingüístico y cultural, previendo que el nexo idiomático sería en el inmediato y en el lejano futuro

el máximo factor aglutinante de una comunidad tan vasta como amenazada por una debilitadora dispersión. Su obra de lingüista, gramático, educador, jurista, y su acción no menos eficaz de polemista, aproximan su figura, en escenario muy diferente, a la de Alfonso el Sabio. Su labor —con la posterior de otros grandes americanos como Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo— contribuyó grandemente a fortalecer el castellano como la lengua de las nuevas nacionalidades, las que, ciertamente, le tenían por tan propio como la misma Castilla.

6. El español, lengua internacional regional

Con la Independencia, surge una vida internacional en el Nuevo Mundo, cuya primera gran manifestación es la famosa convocatoria del Congreso de Panamá que hace el Libertador Simón Bolívar, con el fin de reestructurar todo cuanto había sido demolido en la hecatombe del Imperio español rubricada en Ayacucho. Así, el Libertador reúne esta conferencia diplomática en la cual habrán de contemplarse y plantearse los problemas de un continente todo él emancipado, salvo las excepciones de las Antillas y de otras porciones en poder de potencias europeas. El Brasil es ya un Imperio con visión de futuro, que tuvo también la fortuna de lograr la emancipación sin guerra, por lo tanto, sin destrucciones ni odios. Bolívar busca el equilibrio y estima que el Congreso de Panamá debe servir para que el Hemisferio emancipado pueda, lógicamente, tener una actitud hacia el resto del mundo, fracasado aquel intento suyo del anfictionado panhispánico que no tuvo acogida de ninguna clase en la Corte fernandina, que se obcecaba en el “todo o nada”, por lo que no obtuvo sino el “nada”; aunque quedara soterrado un “todo” cultural que felizmente actuaba como una reserva latente. Aunque políticamente el Congreso bolivariano de 1826 resulta frustrado, desde el punto de vista del tema que nos interesa, representa la primera vez en la que un grupo de naciones libres, soberanas e independientes, reunidas para abordar temas que les conciernen, emplean como lengua de contacto la propia de cada una de ellas y común de todas, es decir, el castellano. Y este hecho se produce muy lejos de Castilla y sin la presencia de ningún representante peninsular. Dan fe los observadores de dos naciones de larga y asendereada relación con España: el Reino Unido y los Países Bajos. En suma, que el español nace como lengua Internacional en su versión ultramarina.

No voy, naturalmente, a hacer un recuento de las reuniones que celebran diversas naciones de habla española del Continente americano para tratar asuntos de la más variada índole, utilizando, naturalmente, el idioma común. Rota, por ejemplo, la unidad centroamericana en 1838, se inicia un largo proceso de contactos que llena el siglo XIX. El que se denominó Congreso Americano tuvo lugar en

Lima en 1847-1848; le siguió el Congreso Continental de Repúblicas latinoamericanas, reunido en Santiago de Chile en 1856 y, nuevamente otro congreso Americano sesionó en la capital peruana en 1864-1865. Estas conferencias, pese a sus nombres, fueron prácticamente suramericanas, y aun así, incompletas.

Finalmente, en 1889-1890, se crea el primer organismo regional interamericano, que se denominó "Unión Internacional de las Repúblicas Americanas", transformada en Bogotá, en 1948, en la "Organización de los Estados Americanos" (OEA). En este organismo intergubernamental —uno de los de mayor antigüedad entre los existentes—, el español es, juntamente con el inglés, el portugués y el francés, idioma oficial.

Desde luego, y a raíz de la Independencia del Continente americano, el español se convierte en una lengua de contacto para una gran cantidad de reuniones que no tienen carácter intergubernamental, bien sean congresos literarios, científicos, jurídicos, etc., del propio mundo de habla española —como fue el famoso congreso literario celebrado en Madrid en 1892 con motivo del IV Centenario del descubrimiento de América— o en reuniones como los Congresos Internacionales de Americanistas, iniciados con el de Nancy en 1875, en los que el español es una de las lenguas en las que se realizan los debates o se presentan las comunicaciones. Así pues, podemos llegar a la conclusión de que a partir de la constitución de naciones independientes que tienen el español como lengua propia aquél gana rápidamente terreno como idioma internacional, bien se trate de ámbitos intergubernamentales como no gubernamentales.

Sin embargo, debe reconocerse que este empleo del español como lengua internacional tiene casi siempre carácter regional, es decir, cuando son protagonistas los propios países de habla española. En cambio, las grandes reuniones internacionales que originan en el siglo XIX los primeros organismos intergubernamentales permanentes —Telecomunicaciones (1865) o la Unión Postal Universal (1875)— deliberan en francés y en esta lengua redactan sus documentos, con alguna concesión de "orden práctico" al inglés.

7. Bilingüismo en la sociedad de las naciones

El tratado de Versalles —suscrito en 1919— crea tres instituciones internacionales de ámbito universal: la Sociedad o Liga de las Naciones, la Oficina Internacional del Trabajo y el Tribunal Permanente de Justicia Internacional o Corte Internacional de Justicia. Entre los miembros originarios de la Liga, firmantes del Tratado de Versalles, hay nueve países de habla española que son: Bolivia, Cuba,

Ecuador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú y Uruguay. Y entre las naciones que el mismo Tratado establece que sean invitadas a aceptar el convenio que crea tales instituciones, figuran la República Argentina, Chile, Colombia, Paraguay, El Salvador, España y Venezuela. Es decir que, en un total de cuarenta y cuatro países, dieciséis son hispanohablantes; y siete, total o parcialmente, de lengua inglesa (el Reino Unido, Canadá, Australia, África del Sur, Nueva Zelanda, la India y Liberia). Los de habla francesa se limitan a la propia Francia, Bélgica y Haití. Los restantes —Brasil, China, Grecia, Rumania, Siam, Checoslovaquia, Japón, Dinamarca, Holanda, Noruega, etc.— cuentan con su propio idioma nacional, cuando no con dos o más.

No obstante lo anterior, y aun reconociendo que los países de lengua española firman el Tratado de Versalles, más como invitados que como auténticos beligerantes, ya que en la contienda su acción fue principalmente de carácter económico, es evidente que ninguno de los políticos que estampan sus nombres en el histórico documento se habría atrevido a propugnar que el español fuera considerado al mismo nivel que las dos lenguas —el francés y el inglés— en las que se redacta aquél y que serán cooficiales en los organismos que se crean como consecuencia del mismo, es decir, la Sociedad de las Naciones, la oficina Internacional del Trabajo y la Corte Permanente de Justicia Internacional.

Con todo, hay una novedad importante: el cese del monopolio de una sola lengua internacional, o como se decía entonces, de una lengua diplomática. Ya no se impone el español imperial del tiempo del César Carlos o el francés —revolucionario, bonapartista o legitimista, según los casos—, que de modo casi espontáneo viene sirviendo desde el siglo XVIII. La brecha está abierta, mas parece que en el ámbito universal no se irá más allá. El bilingüismo parece ofrecer aunque sea un compromiso, una solución satisfactoria.

Naturalmente, no entra en el tema de esta conferencia tratar de los hechos políticos de la Sociedad de las Naciones ni de sus éxitos o de sus fracasos, incluido el de que los Estados Unidos finalmente no participaran en ella, habiendo estado entre sus inventores, respondiendo en parte a la filosofía política del presidente Wilson. Aquí nos basta señalar cuál era la situación de los idiomas internacionales en 1919, es decir, al crearse las nuevas estructuras del mundo.

De todas formas, la inclusión del inglés no se hizo sin salvar ciertas dificultades. Concretamente, en el caso de la Corte Permanente de Justicia Internacional, pues cuando se redactó el Estatuto de la misma sus componentes preferían que en los debates y en las sentencias se utilizara únicamente el francés. Y fue precisamente Lord Balfour, cuando de esto se trató en 1920, quien insistió en la inclusión del

inglés. Cuando llegó por fin a redactarse el artículo correspondiente se encontró una fórmula transaccional, en virtud de la cual la Corte podía acordar que un procedimiento se iniciara y se desarrollara sólo en francés, dictando, por consiguiente, en este idioma la sentencia. Del mismo modo, si en otro caso la Corte se decidía por el inglés, en esta lengua se seguiría el procedimiento y se redactaría la sentencia. Además, admitiese una tercera postura de pleno bilingüismo, en virtud de la cual, tanto en el procedimiento como en la sentencia se emplearían ambos idiomas.

El bilingüismo hubo de modificar el modo de trabajo de la veterana Unión Postal Universal, adscrita al nuevo sistema de la Sociedad de las Naciones. La Oficina Internacional del Trabajo nació ya dentro de éste, y por lo tanto, manejándose en las hablas de uno y otro lado del Canal de la Mancha. Y bajo este signo bilingüista transcurre la vida internacional del nuevo orden establecido en 1919, hasta que veinte años más tarde lo derrumba el estallido de la nueva conflagración universal.

8. Plurilingüismo formal de las Naciones Unidas

El nuevo sistema internacional que emerge a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial toma cuerpo en la Conferencia que las Naciones Unidas celebran en San Francisco, y se articula a través de un documento histórico que es la "Carta de San Francisco", es decir, la Carta de las Naciones Unidas, la cual se firma solemnemente el 26 de junio de 1945. Pues bien, este documento, básico para la reestructuración del mundo contemporáneo —y que pronto cumplirá treinta años de vigencia—, se distingue del que le precedió, es decir, del Tratado de Versalles, cuyos textos en francés e inglés daban única fe, por la peculiaridad de expresar que son igualmente auténticos los redactados en chino, francés, ruso, inglés y español.

No puede, evidentemente, subestimarse el profundo sentido que esta novedad ofrece por su dosis de auténtico universalismo. La adscripción del ruso y del chino a las dos lenguas internacionales precedentes —el francés y el inglés—, podía tener una explicación de prestigio, dado que los países en los que esas lenguas tienen carácter oficial, es decir, la Unión Soviética y China, habíanles prestado una decisiva contribución a la victoria aliada y por lo tanto podía estimarse como una legítima exigencia que en cierta medida satisficiera el amor propio de ambas naciones. Pero si la contribución, en esta oportunidad, de los países hispanohablantes del Continente americano había sido más activa que la prestada por algunos de ellos en la anterior contienda mundial, no puede tenerse tan suficiente como para fundar una exigencia de prestigio similar a las mencionadas. Ciertamente, hubo un país de nuestra cultura, ya para entonces menos vinculado a ella que en

el pasado inmediato, que no sólo prestó una contribución efectiva, sino que sufrió tremendas e incalculables pérdidas tanto en vidas como en bienes materiales, y vio desafortunadamente aniquilado parte importante del patrimonio artístico que había heredado de cuatro siglos de convivencia dentro del mundo hispánico. Me refiero, naturalmente, a Filipinas. Pero salvo en este caso, la contribución al triunfo bélico no justifica la inclusión del español entre las lenguas de la "Carta", si solamente fuera éste el punto de vista que se estimara.

Ello pone, por consiguiente, de manifiesto que al nacer en San Francisco el nuevo sistema internacional universal, se tiene una justa valoración de lo que representan en el mundo, tanto por la extensión superficial como por la población, las naciones que se expresan en lengua castellana. Los países hispanohablantes que firman en San Francisco son: Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela. Poco después suscribiría Chile la Carta de las Naciones Unidas y diez años más tarde lo haría España, y en período más cercano a nosotros la Guinea Ecuatorial, único Estado soberano de lengua española en el continente africano.

Sin embargo, al establecerse las nuevas agencias especializadas que se crean dentro del sistema, y al redactarse sus cartas constitutivas, no se sigue el ejemplo de la Organización "madre", sino que, por lo general, se mantiene el precedente de la Sociedad de las Naciones, teniendo los textos de aquellas en francés y en inglés como únicos válidos. Tal sucede, por ejemplo, con la Constitución de la Unesco, que se suscribe en Londres el 16 de noviembre de 1945, es decir, poco antes de que inicien sus trabajos la Comisión Preparatoria y la primera Asamblea de las Naciones Unidas en la propia capital británica. Por otro lado, las nuevas "agencias especializadas" y las propias Naciones Unidas al reglamentar el funcionamiento de sus órganos rectores o el de sus Secretarías, introducen la diferenciación entre "lenguas oficiales" y "lenguas de trabajo". En resumidas cuentas, el hecho es que no hay otras lenguas de trabajo que el francés y el inglés. El gesto de la "Carta" queda en solo eso: un gesto formalista de buena voluntad.

9. Las razones de orden práctico que favorecían el bilingüismo

Cuando un orador en la primera Asamblea de las Naciones Unidas o en la Conferencia General de una de las Agencias especializadas que empezaron a funcionar poco después, hacía una intervención de diez, doce o quince minutos, digamos una corta intervención, acto seguido debía subir a la tribuna el intérprete,

y traducir lo que había expresado aquél —fuera en francés, fuera en inglés— en la otra lengua oficial, a base de notas taquigráficas tomadas al vuelo.

Esto significaba que los debates doblaban su extensión restándoles interés, pues “el otro discurso”, en la lengua original o traducida, daba tiempo para leer papeles, escribir cartas, tomar notas y en algunos casos, salir a fumar un cigarrillo. Evidentemente, el haber introducido una tercera lengua habría significado triplicar el tiempo de las sesiones y reducir el número de oradores al tercio. Hay que reconocer que éste era un obstáculo importante.

Pero quedaban los aspectos de la documentación y del funcionamiento de las Secretarías. Para el primero —“Diario de Sesiones”, actas, documentos de trabajo— el asunto podía resolverse imprimiendo ejemplares en varias lenguas. En cuanto a las Secretarías, éstas utilizaban sólo el francés y el inglés, es decir, sus “lenguas de trabajo”, como lo siguen haciendo, si bien con mayor apertura en su relación externa. De hecho, las reconocidas como “oficiales”, sólo se empleaban para traducir a ellas ciertos documentos de carácter muy general, y alimentar algunos servicios informativos.

El cambio de la interpretación sucesiva a la simultánea vino a eliminar totalmente la mayor dificultad y a dejarla reducida a sus aspectos meramente técnicos y económicos. Técnicos en cuanto a la adecuación de las instalaciones, tanto en las salas de sesiones plenarias o de grandes comisiones como en las de comités y grupos de trabajo, instalando en ellas micrófonos, cabinas, grabadoras magnetofónicas, etc.; económicos, en cuanto que habría que afrontar estos costos, más los de intérpretes para los debates y traductores para los documentos.

Ello dio lugar, por consiguiente, a que los campos se deslindaran rápidamente en forma muy distinta de la precedente, ya que los argumentos que eran válidos en un momento dado dejaron automáticamente de serlo a partir de esta nueva situación. En efecto, todos eran —o éramos—, conscientes de que la introducción de una nueva lengua en los debates con la traducción sucesiva significaba entorpecer la marcha del organismo exigiendo de delegados, funcionarios, periodistas, etc., una presencia mayor, argumento que tenía tal fuerza que por ello, realmente, sólo se planteaba la posibilidad de equivalencia de las lenguas en el aspecto de las publicaciones tanto las de consumo interno —documentos— como las dirigidas al exterior: libros, folletos, revistas.

En 1945 y los inicios de 1946, parece que el problema estaba técnicamente resuelto, pero se carecía de instalaciones para realizar la traducción simultánea. Por lo tanto, y a medida que ello fue practicable, se comenzó a ponerla en vigor, al principio con cabinas improvisadas; con micrófonos empalmados con ríos de ca-

bles que discurrían por debajo de las mesas. Pero lo cierto es que con bastante celebridad el sistema funcionó y al intérprete taquígrafo, reemplazó otro tipo de profesional que debía perfeccionar unos métodos de trabajo casi totalmente diferentes, y cuyo análisis resultaría excesivo, aunque fuera muy breve, en esta oportunidad.

Obviado el obstáculo principal, no había a los ojos de los hispanohablantes ningún argumento que impidiera el que la lengua española saliera de esa vitrina de las lenguas “oficiales” para colocarla en la corriente dinámica del funcionamiento efectivo de los organismos intergubernamentales alumbrados por las Naciones Unidas. Y a conseguirlo encaminamos nuestros esfuerzos.

10. La tercera lengua

No es cuestión de detallar, por falta de tiempo y acaso de que no sea del todo necesario, las mil peripecias a las que, en las propias Naciones Unidas y en sus Agencias especializadas, estuvo ligada la inclusión del español como “lengua de trabajo” de los órganos deliberantes en todos sus niveles, utilizada para la elaboración o traducción de documentos, y para la edición de un sin número de publicaciones.

Muchas y muy insignes figuras hispanoamericanas fueron las que, en los distintos ambientes, libraron, si no “batallas”, sí escaramuzas, frente a argumentos en contra que cada día perdían fuerza —en el fondo nadie los creía muy consistentes— hasta refugiarse la parte contraria en la ciudadela del gasto “inútil” que gravaría los presupuestos respectivos en la confección —sobre todo— de una documentación en la mayoría de los casos efímera.

En mi caso personal me tocó actuar en la UNESCO, y fue precisamente en Florencia, en el maravilloso mayo de 1950, cuando se planteó en la Conferencia General allí reunida el tema de la inclusión del español como “lengua de trabajo” de su órgano principal. Recuerdo perfectamente —pues ostentaba la representación de mi país en esa importante reunión internacional— los debates; recuerdo los argumentos en favor y en contra; y recuerdo, incluso, el ingenio de un delegado escandinavo que inició su discurso —sin que ello fuera ni regular ni autorizado— en un perfecto castellano, cosa que nos halagó, pero lo hizo precisamente para emplear el argumento contrario, diciendo que el hecho de que él hubiera aprendido el español demostraba sobradamente el aprecio, la estimación y la admiración que sentía por nuestra lengua sin que ello fuera óbice para considerar excesivo el gravamen económico que significaría el adoptarla, lo cual, a su juicio, justificaba su exclusión.

Finalmente, como todos sabéis, uno, y otros organismos de las Naciones Unidas fueron aceptando la "tercera lengua", quedando como un islote la Corte Internacional de Justicia, que mantiene en su estatuto actual el bilingüismo que adoptó en 1920, aunque atemperado por una cláusula que permite "alegar" ante ella en cualquier idioma, garantizando, claro está, la traducción a una de las dos oficiales.

Tras lo obtenido para el español, se adoptó igual posición para el ruso y después para el árabe. Esto ha hecho que al aumentar las lenguas de trabajo "también crezcan las oficiales". En la UNESCO estas últimas son actualmente —por orden alfabético—, el árabe, el chino, el español, el francés, el hindi, el inglés, el italiano y el ruso. Las lenguas oficiales sirven para publicar en ellas documentos de cierta importancia.

Lo anterior significa que el plurilingüismo de los organismos internacionales es ya un hecho ineluctable. El avance técnico ha contribuido a que esto sea así, encontrando las soluciones adecuadas. Ciertamente, hay quienes todavía añoran los tiempos del uso de una sola lengua, como fue el caso del latín del Medievo, del Renacimiento y de la Iglesia. Si ello pudo estar acorde con las necesidades de una época, la nuestra está inmersa en criterios de diversidad y de respeto a la personalidad cultural de cada grupo humano, lo cual no está reñido, desde luego, con la posesión de tres, cuatro o cinco "lenguas instrumentales" necesarias para el diálogo a nivel universal, sin olvidar el mantenimiento de un "depósito" de vocabulario griego y latino para alimentar los neologismos de carácter científico. Pero, en nuestros días, una de las lenguas instrumentales es ya, por derecho propio, la española.

11. Un recuerdo y una comprobación

Para terminar, permítaseme traer a cuento un recuerdo y la comprobación de un hecho, el uno y la otra directamente vinculados con el tema de esta conferencia.

El recuerdo se circunscribe a señalar que el año 1964, recibí el honor de ser elegido por unanimidad, lo que no se había producido hasta entonces, Presidente del Consejo Ejecutivo de la UNESCO, siendo el primer hispanohablante a quien se otorgó tal distinción. Por vez primera, el órgano de gobierno del organismo universal de la Cultura en funcionamiento desde 1946, se presidía en castellano. Pero lo que tiene valor en este caso —y por ello traigo a colación el recuerdo— es que se presidía por un ciudadano del más pequeño, territorialmente, de los países en los que se habla el español, es decir, de El Salvador, mi patria. Y así lo hice constar en mis palabras de agradecimiento.

La comprobación es de una clara elocuencia. Consiste simplemente en poner de relieve que España es el único país, entre los que han originado alguna de las lenguas internacionales hoy en uso, que ha entrado en los organismos del sistema de las Naciones Unidas hablando su propio idioma, sin ser miembro de ninguno de ellos al oficializarse éste con tal jerarquía. Ello evidencia que la "sangre de Hispania fecunda" a la que aludió Rubén Darío, no era un simple desahogo lírico.

*Conferencia pronunciada en el Instituto Español de lengua y Literatura de Roma,
el 22 de noviembre de 1974,
en la clausura del I Seminario sobre problemas
del español en Italia.**

* El texto de esta conferencia ha sido antes publicado por:

1. Ediciones de Promoción Cultural, S.A., Barcelona, 1975 (un folleto de 28 págs. de 19 x 12 cm. Novenal agotado).
2. *Yelmo*. La revista del profesor español, num. 22, pags. 5-10. Madrid. Febrero-marzo de 1975.
3. *Boletín de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española*, págs. 221-239. Madrid, julio-diciembre de 1974.

Mestizaje y transculturación

LUIS GALLEGOS VALDÉS

El mestizaje se realizó en América desde los primeros tiempos de la conquista. En los cronistas de Indias es frecuente la referencia a españoles que fueron encontrados por otros españoles en el fondo de las selvas conviviendo con una mujer indígena con la que habían procreado hijos. Esto sucedía generalmente cuando, por circunstancias adversas en las expediciones, se extraviaban en los inmensos territorios por explorar, o eran víctimas de algún naufragio, o, más adelante, a medida que la codicia extranjera fijó sus ojos en las posesiones hispanas, eran escapados de los barcos piratas.

Pero no fue solo en esas circunstancias, que podríamos calificar de excepcionales, como se produjo el mestizaje entre europeos e indias. El hecho de no haber venido a este continente mujeres europeas en los primeros años que siguieron al descubrimiento y dos décadas después, a la conquista de las tierras del continente, fue un factor decisivo para acrecentar la mezcla de las dos razas, la blanca o caucásica y la cobriza o amerindia.

Caídos los imperios azteca e incaico en manos de los audaces conquistadores, la fusión de ambas razas fue casi inmediata, de manera que bien pronta a la segunda generación de españoles en América, apareció la generación mestiza de la que es prototipo el inca Garcilaso de la Vega, historiador y prosista insigne, hijo de un capitán español y de una princesa incaica. Los matrimonios entre los conquistadores y las hijas de los caciques fueron constantes, y de ello nos hablan abundantemente los cronistas.

El mestizaje, producto en un principio de la violencia casi siempre, ya que la conquista fue cruenta y los naturales casi siempre hicieron frente a los invasores

para defender sus tierras y su libertad, dio ocasión al surgimiento de una nueva raza; pero lo que importa más es que dio surgimiento a una cultura *sui generis*, de formas occidentales y contenido americano, de expresión lingüística castellana pero reflejando las cosas de América, el sentir y el pensar de un hombre nuevo, que, en el decurso del tiempo, manifestaría una nueva sensibilidad. Esta será la gran hazaña reservada a los poetas, un Rubén Darío a la cabeza.

El mestizaje cultural y literario ha sido ampliamente estudiado en las danzas indígenas, en la música indígena producida por instrumentos autóctonos como el pito y el tambor, tal como lo han hecho en El Salvador María de Baratta y, años más tarde, el profesor Adolfo Herrera Vega. Ellos han estudiado también la letra de las canciones y los libretos de las historias de cristianos y moros que han quedado en manos de las cofradías. Son documentos importantes por cuanto revelan claramente el origen de los romances cantados y danzados, durante y después de la conquista, y que lo son todavía ahora en Izalco y otros lugares del país, relativos, casi siempre, a las guerras entre cristianos y moros, a la historia titulada "El Gran Taborlán", a la de Carlos V y el renegado Corinto; a la historia titulada "Los Doce Pares de Francia" y el baile de las chichimecas. Estos romances nuestros que forman las historias cantadas y bailadas durante las festividades religiosas, en México y en Centro América, pueden muy bien ser incorporados a los Romances de América estudiados y coleccionados por Menéndez Pidal.

Como es bien sabido, el mestizaje cultural se produce a los comienzos de la conquista española en América, y aunque su propósito fundamental fue la cristianización de las masas indígenas por medio del teatro, de la danza y de la música, ello contribuyó a la formación de una tradición literaria y folklórica importante, tradición que vino a integrarse con las leyendas procedentes de mayas, toltecas y mexicanos y demás pueblos de Mesoamérica.

En la segunda década de este siglo —nos lo recuerda María de Baratta—, hubo en El Salvador un renacimiento del interés por la herencia náhuatl y pipil, debido al estudio del folklore y a otras disciplinas anexas a esta, interés enfocado al rescate de los restos culturales prehispánicos en el país. Pueblos en su mayoría mestizos, los centroamericanos no pueden de ninguna manera ser ajenos a ese legado histórico y cultural, pues, de lo contrario, estarían negando su propia idiosincrasia. Desde 1919, Miguel Ángel Espino pone su atención de literato en la *Mitología de Cuzcatlán*, y, pocos años después, María de Baratta inicia sus estudios folklóricos aplicados a la cultura popular salvadoreña, reconociendo esta benemérita investigadora el ejemplo dado por el maestro Francisco Gavidia, cuya obra a la vez clásica, romántica y modernista, está en gran parte inspirada en los asuntos del

antiguo reino de Cuzcatlán, en personajes de la colonia y del período independentista. La inmensa labor literaria de Gavidia, estudiada como era de justicia a fondo por escritores salvadoreños en estos últimos tiempos, recorrió desde los tiempos más remotos del reino de Cuzcatlán hasta la época contemporánea, en un afán de incorporar a nuestra cultura, por medio del arte, la riqueza espiritual aborigen.

El fenómeno de la transculturación o aculturación, estudiado por la sociología actual, lo realizó España inmediatamente después de la conquista, pasado el período de asentamiento del hispano en tierras americanas. Las formas de vida, los usos y costumbres, los adelantos náuticos y guerreros, los aperos de labranza, la técnica de entonces en una palabra, fueron incorporadas al trabajo y a la explotación de la tierra y su subsuelo en las minas. Se ha hablado hasta la saciedad de que la conquista española fue orientada ante todo, por un apasionado sentido teológico y misional de "salvación de las almas", aunque fuera a veces a cristazos como gustaba decir don Miguel de Unamuno, imponiendo con mano dura la nueva fe a los naturales tras de vencerlos en el campo de batalla. La raza dominadora impuso esa fe dada la superioridad de armas y técnicas en México y en el Perú, derrumbando de sus tronos de oro a Moctezuma y a Atahualpa, asesinado este último en una conspiración palaciega urdida por Pizarro y sus compañeros de armas. Moctezuma, al creer que el hombre blanco y barbado venía en son pacífico y docente como Valum-Botan en lo antiguo, se avino a recibir a Cortés y los suyos haciendo un gesto amistoso y comprensivo, aunque bien pronto se dio cuenta de la fuerte voluntad de poder que movía a los castellanos. Moctezuma II fue víctima de su tolerancia y de los vaticinios que anunciaban la llegada, desde Occidente, de hombres desconocidos portadores de otros dioses y de otra fe. Su actitud magnánima y comprensiva de gran señor, débil en el fondo por demasiado comprensivo precisamente, lo entregó atado de manos y pies a Hernán Cortés, docto en leyes y guerrero típico, doblemente peligroso por lo tanto. Así fue como cayó el Imperio Azteca, minado por el entendimiento de los tlaxcaltecas, enemigos suyos, con los invasores europeos. El intervencionismo extracontinental abrió entonces su primer capítulo; tres siglos después, un indio mexicano, Benito Juárez, cerraría el último (¿pero ciertamente el último?) capítulo de ese intervencionismo en tierras americanas.

Superados los acontecimientos en el dramático campo histórico con la mestización y el apareamiento de un hombre nuevo, el iberoamericano o hispanoamericano, portador en sus venas de dos sangres muy antiguas y nobles, se produce, tras la violencia, tras los afanes y tristezas de la conquista, la fusión de las dos culturas, bajo el signo del Cristianismo y también del humanismo renacentista como

lo vemos en civilizadores como Vasco de Quiroga, el obispo Francisco Marroquín, el virrey Velasco y en toda la pléyade de frailes y letrados, salidos de los conventos y de las universidades hispanas, para diseminarse a todo lo largo y lo ancho del continente americano llevando un nuevo concepto religioso y cultural. Esto es lo más importante. Y junto al civilizador y al misionero, el hombre de leyes, el defensor de los indios como fray Bartolomé de las Casas y el creador del Derecho Internacional, el dominicano fray Francisco de Vitoria, ilustre entre los ilustres y cuya obra, favorable al hombre americano frente a las demasías del conquistador europeo, es digna del eterno agradecimiento de los pueblos americanos y de la admiración mundial.

El afán hispano de cultura cristaliza en la fundación de escuelas, colegios y universidades, creaciones que aparejan el surgir de una arquitectura que ofrece valiosos testimonios del adelanto artístico alcanzado por España y manifiesto en templos, palacios, fortalezas, mansiones y casas y otras construcciones, con la incorporación al mundo americano de estilos que recorren desde el románico hasta el barroco llamado justamente americano por los elementos indígenas que en él aparecen. El indio de México, de Centro América, del Perú, a la llegada de los hispanos, había alcanzado un apreciable grado de civilización como se advierte en las ciudades mayas de Mesoamérica, mudos testigos de varias centurias, pero también como nos lo cuentan los propios cronistas hispanos, un Bernal Díaz del Castillo, por ejemplo, testigo viviente en su *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*, de lo que era la gran Tenochtitlan.

La transculturación realizada por España no fue completa, no podía serlo por cuanto los elementos medievales de su cultura, sobre todo en arquitectura, sólo quedaron en la Hispaniola (formada hoy por la República Dominicana y por Haití), sin llegar a una eclosión ni a una afirmación. No pasaron esos elementos a la Tierra firme, como se decía entonces al continente. Sin embargo, otros elementos fueron traídos por los soldados y primeros pobladores, dentro de la profusa corriente de lo popular —costumbres, refranes, leyendas, romances, coplas—. Los países entonces recién descubiertos recibieron, con las aguas bautismales cristianas, el influjo de un catolicismo militante y de la mentalidad renacentista hechos un apretado haz indestructible, pugnaz, frente a la disgregación religiosa y el espíritu de libre examen luterano y, claro, frente a la cosmovisión moderna basada en la filosofía de la naturaleza y en la ciencia. La solución de continuidad que produjo el tajo de la espada conquistadora en las culturas autóctonas fue grave para éstas. Empieza, entonces, el lento proceso del mestizaje, tanto étnico como cultural, favorecido unas veces por las autoridades eclesiásticas y siempre comprendido inte-

ligentemente por los frailes (aprendizaje y conservación de las lenguas indígenas en gramáticas y vocabularios), pero a menudo visto de reojo por las autoridades reales. Si traigo a cuento lo anterior no es por ánimo de involucrar el tema, sino movido por el deseo de recordar los antecedentes de nuestras diversas tomas de posición ante la cultura europea a lo largo de más de ciento cincuenta años. La colonia fue el claustro, casi siempre oscuro, en que el mestizo fue gestando ansias de rebeldía, y las rebeliones de indios fueron los antecedentes de la independencia política. Es reconocida al latinoamericano su vocación universalista, su vasta inquietud intelectual, su curiosidad, respeto y aquiescencia —y también su novelaría y snobismo— ante las manifestaciones originales, poderosas, incesantes de la cultura europea y de la técnica norteamericana, dueña del confort y de los vuelos interplanetarios. Pero el riesgo para nosotros de esta actitud reverente y receptora, que puede convertirse en pasiva, de la cual pocas mentes se han mostrado exentas, ha sido que la imaginación creadora del hombre latinoamericano ha estado —y en algunos aspectos está— “alienada”, como se dice en la actual terminología, entrabada por la timidez y un cierto sentimiento de impotencia ante los rotundos aciertos y logros de esa cultura y de esa técnica. Y esto con frecuente olvido de que los latinoamericanos pertenecemos, en gran parte, a la cultura occidental y que nuestra capacidad de asimilación extraordinaria, como lo probaron en su tiempo un Darío y un Lugones, entre otros, empezó a dar óptimos frutos hace ya casi un siglo con el modernismo. La técnica norteamericana, maravillosa, pero que puede llegar a ser deshumanizante —resultado en parte de la ciencia europea—, tenemos que aprovecharla como nos lo recomendó en su hora Vasconcelos; pero, como lo han recalcado con él otros pensadores de nuestra estirpe, la vocación ecuménica de la América hispana, seguramente dueña ya de “su propia expresión”, como quería Pedro Henríquez Ureña —y si no díganlo nuestra lírica y ahora nuestra narrativa—, no sólo tiene que tener por norma a la inteligencia, a veces susceptible de ser demoníaca, sino a la intuición, esta última el radar que debe orientarnos, desde luego con la ciencia, la técnica y la tecnología, en el confuso mundo de hoy lleno de asechanzas para nuestros pueblos.

Una evaluación de la conquista y colonización realizadas por España en este Continente, si se hace con espíritu sereno y ecuánime, le será favorable, a pesar de los excesos de soldados y aventureros, de los abusos de autoridad y de la explotación en las minas y del régimen de la encomienda y de la mitra, todo esto fuente de negatividad y censura. Al apetito de riquezas, a la avidez y codicia del oro y sus espejismos provocados a menudo por la geografía inmensa y varia, de aventureros desalmados que llegaron a América después del descubrimiento y durante la con-

quista, se sobrepuso casi siempre —estando aún reciente el encontronazo doloroso y cruento de dos razas tan diferentes como la hispana y la indígena—, la afirmación de los valores de una civilización en general más adelantada, tanto cultural como técnicamente, ya que era dueña del patrimonio recibido de Grecia, Roma e Israel. Pasados cuatro siglos desde que ocurrieron aquellos acontecimientos que cambiaron el rumbo de la historia occidental, y desaparecidas las tremendas pasiones suscitadas por la Leyenda Negra urdida contra España por rivales poderosos como Gran Bretaña, Francia y Holanda, que ambicionaban comerciar cada una con las provincias de ultramar sometidas a un régimen económico autárquico bajo el control de la metrópoli, la obra de España en América ha sido ya suficientemente analizada y aquilatada por historiadores europeos y norteamericanos. De sus estudios y análisis resulta que las naciones hispanoamericanas son un claro y magnífico ejemplo de que la herencia recibida de España ha sido preciosa en todos los órdenes y digna de ser acrecentada por sus valores intrínsecos, por su sentido ecuménico y cristiano y, sobre todo, por la proyección inmensa que ha tenido en este continente la lengua castellana, la lengua de Cervantes en la que dialogan Don Quijote y Sancho en las páginas de la novela maravillosa, esa lengua polifónica que fue renovada al contacto de las civilizaciones aborígenes, y que grandes poetas y prosistas hispanoamericanos han perfeccionado.

Breve historia de la formación del idioma español

JOAQUÍN HERNÁNDEZ CALLEJAS

I

CONCEPTOS PREVIOS

1. Lenguaje es el conjunto de signos que el hombre utiliza para comunicar sus pensamientos y sentimientos. Hay un lenguaje mímico o natural, por señas, que fue característico y propio del hombre primitivo. Pero este lenguaje no bastó a las necesidades del hombre evolucionado por el trabajo, que tuvo que crear o inventar formas de expresión artificiales ya por medio de sonidos (hablado) o por medio de representaciones gráficas (escrito). El lento tránsito del lenguaje mímico al hablado y al escrito fue obra de milenarias experiencias.
2. Más madurez ha requerido la formación de los idiomas o lenguas que consiste en el conjunto de palabras, signos y maneras de expresarse que posee particularmente un pueblo determinado.
3. Para que se constituya un idioma como tal se precisan las siguientes condiciones: a) que se hable vulgarmente en el país de que se trata; b) que se fijen por medio de la escritura las voces o palabras que lo componen; y c) que posea literatura propia.
4. La filología considera científicamente que la gramática, la retórica y la poética constituyen las ciencias superiores que estructuran y estudian un idioma.
5. La gramática estudia el conjunto de elementos (analogía, sintaxis, prosodia y ortografía) que forman la estructura de un idioma, para su correcta expresión oral y escrita.
6. La retórica reúne el conjunto de reglas para la bella expresión literaria; y la poética presenta el conjunto de cánones para la creación artística en un idioma

determinado. Estas dos últimas se reúnen en una sola disciplina que se llama Preceptiva Literaria.

7. El dialecto es una variante de un idioma o lengua. En sus orígenes, el castellano como romance, es una variante del latín, un dialecto. Igual sucede ahora con el gallego y otras formas de lengua en España, respecto del español.

II

ESPAÑA Y SU POBLACIÓN PRIMITIVA

España está situada en la península ibérica, en el extremo suroeste de Europa. En la actualidad es un país de 200.000 kilómetros cuadrados con una población aproximada de 50 millones de habitantes, sin contar con las islas Baleares y las Canarias que son extra continentales y que no interesan para los fines de este estudio.

En España se hablan varios idiomas debidamente estructurados, con su gramática, fonética, y formas lexicográficas bien elaboradas como el vasco, el catalán, el gallego, etc.; pero el idioma predominante y oficial de la nación entera es el español, antes llamado "castellano", por haber tenido su principal asiento de formación en la provincia, antes reino, de Castilla, cuyo dominio político ejerció una influencia decisiva para lograr y mantener la unidad de la nación entera, unidad que se manifestó en lo territorial, en lo religioso, en lo administrativo, en lo económico, en lo político y en lo jurídico y que fue mantenida gracias a la fuerza viva de la lengua castellana o española.

Pero mientras el espacio geográfico ha permanecido igual durante siglos, en su vasto escenario se han sucedido multitud de hechos históricos o hechos humanos en general, debido a las actividades de diferentes grupos étnicos que sucesiva o simultáneamente han ocupado este territorio. Cada grupo tribal ha tenido, naturalmente, su propio lenguaje, sus propios medios de comunicación, y cuando en el proceso de sus luchas y rivalidades se han relacionado y mezclado, del encuentro de sus lenguas ha salido una nueva lengua enriquecida por los distintos elementos que la forman. Hagamos una pequeña incursión en lo que se refiere a la formación del idioma español.

1. La época prehistórica

Sabido es que la tierra ha experimentado cinco grandes cambios en su evolución: era arcaica o azoica, era primaria o protozoica, edad secundaria o de los grandes reptiles, era terciaria o de los grandes mamíferos y era cuaternaria o antropozoica. Es decir, que durante los cuatro primeros períodos, que duraron millones

de años, no existió el hombre sobre la faz de la tierra. Fue hasta principios de la era cuaternaria cuando hizo su aparición este nuevo huésped, como consecuencia de la última transformación experimentada por una especie afín, el pitecántropos, igual que todas las especies del mundo vegetal y del mundo animal. Ese ser, arborícola al comienzo, cavernícola después, se humanizó con el trabajo en la lucha por su existencia y ha logrado estampar su huella de cultura, es decir, de obras elaboradas por él mismo, empezando desde una larga y aún no comprendida prehistoria hasta una breve, a lo sumo décima milenaria historia que cuenta con documentación fidedigna y fehaciente desde los grandes imperios asiáticos y africanos.

Ya el hombre de Cromagnon es una forma bastante evolucionada del hombre primitivo después de un peregrinar salvaje de más o menos doscientos setenta mil años, según cálculos aproximados de grandes paleontólogos y antropólogos. Representativos de este grupo humano son los etruscos que poblaron la Italia y los iberos que poblaron la Península ibérica, de cuya ocupación han conservado la leyenda y la mitología algunas fantasías y creencias sobre sus orígenes.

En el período de salvajismo en que vivió el hombre primitivo dividido en inferior, medio y superior, destacan dos fases denominadas "de la piedra tallada" y de "la piedra pulida", caracterizados por la paleontología por el hallazgo de instrumentos u otras huellas de la cultura que revelan un sucesivo adelanto en la evolución del hombre.

En el período de la piedra tallada, aparecen unas hachas de piedra y de pedernal en forma almendrada parecidas a las de la cultura chellence francesa, en diferentes cavernas o grutas de España y Portugal. Es famoso el encuentro de la gruta de Altamira en donde se conservan las pinturas de animales elaboradas por el hombre troglodita de aquellos tiempos.

Durante el período de la piedra pulida, en España, es notable la cultura asturiense del norte (cantábrica): pinturas en rojo y negro de bisontes, caballos, ciervos y jabalíes; y grabados en huesos los mismos animales. En el sur, especialmente en Andalucía, floreció la llamada cultura cerámica; y en el occidente quedan especialmente los llamados sepulcros megalíticos portugueses.

El tipo humano que habitaba estas regiones en aquellas remotas épocas es: en el norte, el pirenaico, de donde descienden los irreductibles vascos; en el centro y en el oeste, el ligur, capciencie o neoafricano; y en el este y el sur los afro-iberos.

Al final del neolítico (de la piedra pulida), comienza la transición del salvajismo a la barbarie, pues paulatinamente se va pasando de la industria de la piedra a la del uso del bronce. La cultura de Almería ha dejado objetos de cobre y de plata. Del neolítico se han encontrado diversos cementerios que constituyen ricos depó-

sitos de restos humanos y de instrumentos fabricados por el hombre prehistórico. Estas huellas del hombre en España se encuentran en mayor abundancia en la zona llamada Herrerías de las Cuevas, lugar en donde se dan las minas de la plata nativa que dio lugar a que en España se industrializara el uso de la plata mucho antes que el uso del hierro como ocurrió en el resto de los países de Europa.

De la edad del bronce, en la península, se tienen datos plenamente constatados de que en España se trabajó el bronce, el cobre y la plata. Según los arqueólogos hermanos Siret, estos primitivos habitantes del sudeste de España trepanaban los cráneos de las personas que sacrificaban en un ritual religioso, y enterraban a sus muertos debajo del suelo de las casas que habitaban. Los utensilios de metal eran oscuros, sencillos pero ricos en material. Según Menéndez y Pelayo, la metalurgia y el bronce fueron importados a la España sudeste por un pueblo más evolucionado que tenía la costumbre de quemar sus muertos en vez de enterrarlos. Esta costumbre fue parcialmente asimilada por los habitantes indígenas de España.

2. Los primeros moradores de España

Sobre el origen de los españoles, don Marcelino Meléndez y Pelayo escribe en su interesante obra *Historia de los heterodoxos españoles*: "Entre los problemas oscurísimos que la prehistoria plantea ninguno lo es tanto como el de las razas primitivas".

Según Jullian y Schulten, los primeros habitantes de España son los ligures, tribu de probable origen indoeuropeo que ocupó gran parte de la Europa Mediterránea; y los iberos o ribereños llegaron después en dos invasiones separadas por un larguísimo espacio de tiempo: la primera ocurrió en 2.500 y la segunda en 1.200 años, ambas, antes de Jesucristo. Pero por otra parte Sergi afirma: "No se admite ya hoy el pretendido origen asiático de la primera civilización grecolatina. El mito ario no ha resistido la crítica científica. Los arios llegados a Europa eran arios de lenguaje diferente de la estirpe de la de los arios genuinos".

Los etnólogos están de acuerdo en admitir dos corrientes genuinas o indígenas en la península: la nórdica, cantábrica o pirenaica, cuyos representantes actuales son los vascos, y la sureña, mediterránea o ibérica, a la que pertenecen los andaluces, catalanes, etc. La presencia de los iberos es la primera históricamente cierta y claramente caracterizada. Estas tribus son de origen libio-africano. Su primera invasión la hicieron en el período neolítico, 2.500 años antes de Cristo y ocuparon la costa oriental con el sur de Cataluña teniendo por frontera superior, al norte, el río Ebro; la segunda invasión la hicieron a fines del siglo XI o principios del X antes de Cristo, en la edad de bronce, ocupando también el este y el sur de la península,

desde el Guadalquivir, en mayor extensión que lo hicieron sus antepasados, por lo cual la península lleva el nombre de Iberia.

Los iberos llegaron del África, eran una raza camita, es decir descendientes de Cam, segundo hijo de Noé. Se cree que los antiguos moradores de Iberia fueron empujados hacia el norte de España y el sur de Francia, de modo que los vascos, según afirma el barón de Humboldt, serían los sobrevivientes de una raza más antigua que la de los iberos. Los vascos han podido conservar la lengua euskara junto con sus instituciones aborígenes en sus montañas del norte, después de resistir a los iberos, romanos, godos y árabes.

Los celtas entraron a España entre los 700 y el 500 años antes de Cristo, raza indogermánica y probablemente desde las Galias, por los Pirineos. Se establecieron en la meseta central y al norte y oeste, arrojando de esas regiones a los ligures quienes fueron los primeros habitantes, relegándolas al sur y al oeste. Diodoro de Sicilia cree que desde entonces algunas tribus de las desplazadas pasaron a Italia donde se encuentran características craneanas y fisiológicas semejantes a las de los primeros habitantes de España.

La península, pues, se dividió entre estos grandes pueblos: los iberos dueños de una cultura superior, ocupan el este, el sur y toda la faja del mediterráneo; y los celtas, inferiores en cultura, el centro y la costa del Atlántico. La población celta se dividía también en diferentes tribus: cántabros, vascones, astures, lusitanos, gallaicos. Algunos siglos más tarde (a los 350 a.C.) los iberos invaden la meseta donde moraban los celtas y de la lenta fusión de ambas razas salió la raza celtíbera, que se hizo dueña de España.

De los celtas se sabe bien poco y los eruditos se pierden en conjeturas demasiado contradictorias. Sin embargo, en la cultura de los celtas prehistóricos y legendarios encontramos actitudes caballerescas superiores y más finas que los germanos invasores del siglo V de la Era Cristiana.

3. El mito y la leyenda respecto a España

Flavio Josefo, el historiador judío que nació en el siglo XII de la era cristiana, en su libro *Antigüedades Judías*, relata la leyenda de que Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé, fue el primer hombre que se estableció en España, península que habría recibido el nombre de su primer hijo llamado Ibero.

La mitología griega relata que Hércules llegó a España, rompió el istmo que unía África con Europa y fundó Sevilla, que llamó Hispalia en memoria de su hijo Hispalo (más tarde este nombre se transformó en Hispania o España).

Otros investigadores, dejando la leyenda y el mito, y penetrando en las fuentes reveladoras del idioma y de la tradición, dicen que Iberia viene de dos palabras vascas: Ibayaeroa, que quiere decir "río espumoso". Otros que se deriva del río Ibero, o Iberus, el río Ebro alrededor del cual se tejen varias tradiciones populares.

La palabra Spanis fue aplicada por los fenicios y quiere decir tierra escondida, quizá por lo remota que se encontraba desde el extremo oriente del Mediterráneo de donde partían para sus recorridos de comerciantes sempiternos.

Los latinos transformaron el nombre de Spania en Hispania, es decir, España. Y los griegos la llamaron Hisperia, el país de las hespérides, que significa, el país de occidente.

Los iberos de España se dividían en varias tribus: turdetanos, bástulos, beturios, bastetanos, tartesios, baturros, etc.

III

LA FORMACIÓN DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Los tiempos históricos de España comienzan, propiamente, en el año 215 a. de C. con la primera invasión de los romanos, aunque ya la península es objeto, con mucha anterioridad, de ocupaciones de los fenicios y de los griegos. Los fenicios establecieron colonias en Cádiz, Málaga e Ibiza y su influencia se evidenció sobre todo en los tartesios; y los griegos que colonizaron Alicante, Denís y Ampurias, penetraron con más amplitud en las tribus indígenas. La influencia de estas dos corrientes civilizadoras fue tan benéfica que según la Biblia y Herodoto, la cultura ibérica de ese tiempo, fue brillante.

La romanización de España fue lenta y accidentada; pero efectiva y dominante, pues su lengua arraigó y fortificó. La lucha por la dominación de España por los romanos duró más de doscientos años: comenzó con la invasión de los escipiones a fines del siglo III a. de C. Como hemos dicho arriba, los romanos necesitaban el territorio español como base para guerrear contra los cartagineses. La romanización quedó definitivamente acabada hasta el año 19 a. de C. cuando Augusto dominó a los cántabros y astures del norte.

El primer latín que oyeron los españoles fue, pues, el de los soldados de los escipiones, y como los romanos eran emprendedores, prácticos y activos, desde sus primeras incursiones comenzaron a hacer caminos, fundar escuelas, establecer industrias, crear tribunales y otras instituciones; los iberos y demás pueblos primitivos fueron olvidando sus arcaicas lenguas y costumbres, a excepción de los vas-

cos que conservaron las antiquísimas tradiciones de sus ancestros, pero aun, con todo, fueron incorporados al complejo de la romanización de España. El vínculo de comunicación entre los pueblos conquistados y el pueblo vencedor fue el latín, que fue asimilado rápidamente por el pueblo o pueblos de la península aunque la lengua completa fue enriquecida con voces de los idiomas indígenas aplicados a cosas, costumbres e instituciones de los conquistados para los cuales el latín no tenía denominaciones.

El latín fue absorbiendo a las lenguas de los iberos, de los celtíberos o de los cántabros y la población entera fue hablándolo con las modalidades características de la región; España fue tan asimilada o incorporada al régimen romano que dio al famoso imperio literatos y funcionarios de alta categoría como procónsules y emperadores. Cuando el imperio comenzó a desintegrarse, en el siglo III de nuestra era, el latín habíase enseñoreado como el órgano de comunicación en la península tanto para la clase noble como para el pueblo en general. Los visigodos invadieron España en el siglo V de nuestra era por el lado noreste, es decir, por el macizo pirenaico; pero su influencia no alteró en nada la formación del idioma español, pues los visigodos más bien fueron asimilados por la cultura romana que era de mayor envergadura que la de ellos como bárbaros.

Así, gracias a la influencia de la cultura oriental fenicia, al influjo griego y la amplia penetración de los romanos, se comenzó a estructurar el español, primitivamente llamado romance castellano. Durante el apogeo del imperio romano, se habló en España un latín impuesto, semejante al que se hablaba en las otras provincias que lo formaban. Esta lengua, de fácil asimilación, evolucionó con las particularidades regionales, las cuales se acentúan a partir del siglo III de nuestra era en que ya se perfilan las señales de decadencia del vasto dominio de los césares y en que comienzan las invasiones de los bárbaros.

En el siglo V las invasiones germánicas terminan de desmembrarlo. España es dominada por los visigodos, quienes no impusieron ni idioma, ni instituciones, ni costumbres, sino que dejaron al pueblo conquistado en la libre conservación de sus tradiciones. Esto se explica: los visigodos eran de una cultura inferior a la de los romanos y aunque algunas veces habían guerreado contra ellos, en otras habían sido aliados y aceptaban la superioridad de los latinos por lo que habían adoptado los usos, costumbres, hábitos y leyes de éstos. Por consiguiente, el idioma latino se mantuvo, pero rotos los vínculos con la metrópoli imperial, el latín evolucionó convirtiéndose en el transcurso de los años en lengua romance, es decir, en lengua derivada del romano, igual que otras lenguas derivadas del mismo como el francés, el italiano, el rumano, etc.

El último elemento incorporado en la formación del castellano o español es la influencia de la lengua árabe. En el siglo VIII, los seguidores de Mahoma irrumpieron en la península ibérica y permanecieron en ella como conquistadores durante ocho siglos, aunque desde el momento en que la conquista se consumó, los árabes fueron detenidos por los franceses dirigidos por Carlos Martell y en las cuevas de Covadonga se inicia la reconquista. Pero en esos ocho siglos de dominación musulmana la lengua de Castilla fue influenciada notablemente por ellos, pues estos dominaron toda la península, con excepción del norte: los Pirineos, y la Cantabria que más tarde fue llamada Castilla, a partir del siglo IX debido a los muchos castillos o tiendas de campaña o campamentos que la poblaban. En estos castillos o campamentos los castellanos se defienden y preparan la guerra.

En esta tierra se desarrolla un latín rústico, popular, inclinado a innovaciones, independiente del latín de los clérigos y de los eruditos. Esta lengua romance se fue formando con mucha personalidad a través de los años hasta constituir la lengua castellana o española.

Cuando el reino de Castilla fue erigido en el año 1035 de nuestra era, con Fernando I como su primer rey, el romance castellano ya estaba completamente estructurado faltándole solamente su consagración oficial. Y fue hasta en el reinado de Fernando III, el santo, de 1188 a 1225, cuando dicha lengua recibió el reconocimiento de idioma oficial del reino de Castilla. De estos tiempos data el famoso poema epopéyico de *El Mío Cid* (1114), el más antiguo de los cantares de gesta. Entre los siglos XI y XIV desconocidos o anónimos cantores o rapsodas populares escribieron los "cantares de gesta" o hazaña o hecho heroico, sobre la base de la leyenda y de la historia de esos mismos tiempos. Tales hechos heroicos —legendarios unos e históricos otros, o mezclados los dos elementos en ellos— coinciden con la formación de la lengua castellana que los relata en una poesía ruda, real, objetiva, popular y anónima. Son versos incipientes que reflejan las luchas sociales de la baja Edad Media española y sobre todo la lucha contra el extranjero árabe que jamás pudo imponer totalmente ni su idioma, ni su religión, ni sus hábitos. Otros cantares de gesta además del citado se hallan recopilados en las Crónicas Medievales Castellanas, entre los cuales citamos El Cantar del Conde Fernán González, del Rey Sancho II de Castilla, de los Infantes de Lara, y de Bernardo del Carpio. Después se escribieron obras históricas, didácticas y hagiográficas (vidas de santos), con una mayor pretensión literaria, en la época del Mester de Clerecía.

Alfonso, Rey de Castilla y de León, el Sabio, escribió su monumental obra literaria, científica, histórica y filosófica en castellano, entre los años 1252 y 1284. Es de tanto relieve el aporte al idioma de este genial monarca, que lo hizo apto para la

ciencia y la filosofía al introducir multitud de términos necesarios para traducir las obras de los escritores antiguos. Y la influencia de las innovaciones introducidas por él en la forma de escribir, en la grafía, perdura hasta el siglo xvi, aunque realmente, no fue un escritor popular. En este aspecto lo aventajó sobremedida su sobrino el infante Don Juan Manuel, que además de haber sido un activo político y militar, fue un fecundo y versátil escritor que externó sus pensamientos en la lengua castellana.

En los siglos xiv y xv se observa la influencia del renacimiento italiano, sobre todo de la poesía alegórica de Dante y de Petrarca.

Alfonso V, que fue proclamado rey de Aragón, Valencia, Mallorca, Sicilia y Cerdeña y conde de Barcelona en 1416, luego conquistó Nápoles, y tales sucesos fecundan las relaciones entre España e Italia. A consecuencia de ello afloran los primeros intentos de trasladar a la lengua castellana la sintaxis latina. Pioneros de esta empresa fueron Juan de Mena y el marqués de Villena, cuyas obras están cuajadas de cultismos.

En 1492, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla consuman la reconquista arrojando al África al último rey moro, Boabdil, prosiguiendo la lucha por la unidad total de España: el idioma es el vínculo común para esta magna obra heroica. No obstante, la reina cultiva el latín y obliga a sus hijos y a las damas de la corte a que lo aprendan y hablen.

Durante el mandato de los reyes católicos, Elio Antonio de Nebrija, escribe y publica la traducción al castellano de su *Gramática latina*, en cinco libros y su *Gramática castellana* (1492), la primera del castellano y la primera de una lengua moderna en el continente europeo, sus *Diccionarios Latino-Español y Español-Latino* (1495); y muy posteriormente, en 1517, sus famosas *Reglas de ortografía castellana*.

En el siglo xvi, se amplía la influencia del renacimiento italiano que evocaba y reproducía la retórica y poética clásicas. Ese neoclasicismo copó hasta la exageración las fórmulas o preceptos de Aristóteles, filósofo griego; Cicerón, orador romano; y de Horacio, el exquisito poeta latino y ejerció una tiranía literaria que desembocó en la corriente denominada "cultismo" o "culteranismo" de efectos nocivos en la expresión literaria. La obra de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) se produce entre los siglos xvi y xvii.

Bajo la influencia de este mismo neoclasicismo, el poeta y preceptista francés Nicolás Boileau escribió su obra *Arte poética*, que a su vez, en el siglo xviii, ejerció influencia en la literatura española. Ignacio de Luzán escribió su *Poética* imitando la citada obra del escritor francés. En cuanto a la retórica se refiere, en el siglo xvi, Fray Luis de Granada escribió una *Retórica eclesiástica*; y en el siglo xviii, Antonio de Capmany, *Filosofía de la elocuencia*; y en el siglo xix, Hermosilla publica su *Arte*

de hablar en prosa y verso; Manuel de Revilla sus *Principios generales en literatura* y José Coll y Velhí su *Elementos de literatura*; fuera de las de otros autores de renombre, todas tendientes a cultivar en forma estricta y reglada el idioma español definitivamente estructurado.

La Real Academia Española se fundó en el año de 1713, por iniciativa de don Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena y mediante cédula de Felipe V, expedida a 3 de octubre de 1714.

Con el imperio colonial formado por España, que se extendió a cuatro continentes y en cuyos dominios no se ocultaba el sol, el español se convirtió en una lengua mundial que se habla en toda la América del Sur, con excepción del Brasil y las Guayanas, en México, el oeste de los Estados Unidos de América (habiendo en toda la Unión un número total, en la actualidad, de veintidós millones de hispanohablantes), en las islas Filipinas. En el norte de África y en los Balcanes, grupos de judíos sefarditas descendientes de los hebreos expulsados desde tiempos de los reyes católicos, aún hablan un español con la morfología y la fonética del siglo xv.

El español ha experimentado influencias extrañas y cambios debido a esas influencias. Pero a su vez, recíprocamente también ha influido en otras lenguas que han asimilado muchos y variados hispanismos. Debido a estas influencias, el español está básicamente formado por un sesenta por ciento de voces latinas, un veinte por ciento de voces griegas, un diez por ciento de voces árabes y un diez por ciento de diversas lenguas antiguas y modernas.

IV

ESCRITORES EN LA FORMACIÓN DEL ESPAÑOL

Además de los autores anónimos de los "Cantares de Gesta", contribuyeron de manera sistemática y científica a la formación del castellano o español eminentes genios de la literatura, que es menester destacar separadamente para conocer su ubicación histórica y su contribución particular en la estructuración del idioma que hablamos. Estas grandes figuras son: Alfonso X, el Sabio; el infante Juan Manuel, Juan de Mena, el marqués de Villena y Antonio de Nebrija, de cuyas vidas y obras hablamos en apretado resumen a continuación.

Alfonso X (1221-1284), rey de Castilla y de León, llamado el Sabio, fue una de las grandes personalidades del medievo y en particular, uno de los forjadores del idioma español. Hijo y sucesor de Fernando III, el Santo, dominó la cultura de su tiempo. Como político tuvo aciertos y reveses: pretendió anexar Navarra a Castilla, pero la reina Margarita de Navarra frustró ese propósito; quiso ceñirse la

corona de Alemania por ser hijo de la reina Beatriz de Suabia, pero fracasó en estos intentos. Conquistó Cádiz, Murcia y otras plazas que estaban en poder de los árabes, pero fracasó su intento de extender sus dominios en África. El rey musulmán de Granada le infligió varias derrotas. En cuanto a la política era partidario de un régimen imperial centralizado, lo cual no agradaba a la nobleza que se oponía a sus proyectos. En materia de la sucesión monárquica era partidario de que el primogénito fuera el heredero de la corona. Por esto tuvo la oposición de su segundo hijo, don Sancho, el cual se le rebeló y Alfonso X tuvo que crear otro reino en Jaén para dárselo a Sancho; pero éste, inconforme, guerreó contra su padre, quien falleció en el transcurso de esta guerra.

Pero la obra cultural de Alfonso X es vasta e inmarcesible, sobre todo, en manera lingüística y jurídica. Se le reconoce como un verdadero padre de la prosa en romance en España. Dio unidad estilística a la obra de recopilación que encomendó a sus colaboradores, al corregir él personalmente toda esa ingente obra. Dio unidad lingüística a la nación al abolir el latín y oficializar la lengua castellana, imponiendo que en toda la documentación se redactara en ese idioma las resoluciones, leyes y mandatos de toda índole. Su obra se clasifica en cuatro aspectos: poética, científica, jurídica e histórica.

La unidad política, lingüística y jurídica de España se define ya con caracteres precisos con este monarca.

El infante don Juan Manuel (1282-1348). Nació en Escalona, hoy Toledo. Era sobrino de Alfonso X, el Sabio, y tuvo, como éste, dedicación a la política, a las ciencias, la historia y la literatura. Tuvo una vida política y militar agitada, pero afortunada. Pero su nombre ha pasado a la historia por su obra literaria que mucho influyó en el desarrollo de la lengua castellana. Escribió variadas obras, entre ellas *El libro de la caballería*, *El libro de los caballeros*, *El libro de los estados*, *El libro de los ejemplos*; pero su obra más famosa y que lo hizo prevalecer, aun sobre la fama de su tío, en la popularidad hasta el Renacimiento, fue su obra *El conde de Lucanor*. Esta obra escrita en castellano se llama también *El libro de Petronio*. Este es el mentor, el maestro del conde Lucanor. El libro trata de una serie de cuentos o apólogos, al modo oriental, por medio de los cuales Petronio responde a las consultas de su noble educando. Termina cada apología con una moraleja redactada en cuatro versos que resumen el contenido de la fábula. Siendo de carácter popular fue fácilmente comprendida y asimilada por el pueblo y en esta forma el idioma acentuó su unidad y firmeza y generalizó la forma de expresión en España.

Enrique de Aragón, marqués de Villena (1384-1434). Escritor español, hijo de Pedro de Aragón y de doña Juana, bastardo de Enrique II de Castilla. Su afición

a la alquimia le creó una reputación de mago con la que aparece frecuentemente en la literatura y en la leyenda. Sus obras son: *Los trabajos de Hércules*, especie de novela alegórica mitológica, escrita en catalán en 1417 y en castellano en 1483; *Arte cisorio o tratado del arte de cortar con cuchillo*, libro interesante para conocer las costumbres medievales y el más antiguo libro de cocina conocido en español; *Arte de trovar*, adaptación castellana de la retórica provenzal trovadoresca; *Libro de Astrología y Alquimia*, etc. Tradujo *La Eneida* de Virgilio y *La Divina Comedia* de Dante, versiones que históricamente fueron las primeras de estos autores en ser traducidas al castellano.

Juan de Mena (1411-1456). Poeta español nacido en Córdoba. Estudió en Salamanca. Residió algún tiempo en Italia. Vuelto a España fue secretario de cartas latinas de Juan II. Tradujo del latín un extracto de la *Ilíada* y comentó en prosa su poema "La Coronación". En su obra poética se anuncian dos maneras: la poesía de cancionero (sencilla, popular) y otra de tendencia alegóricas italianizante, donde reside su auténtica originalidad. Fue el primer poeta español que se propuso crear una lengua poética. Toda su obra revela el afán de alcanzar la perfección técnica.

Elio Antonio de Nebrija (1441-1522). Español nacido en Lebrija (Andalucía). De origen humilde, estudió en Salamanca y después en Italia, donde permaneció diez años (1460-1470). Fue catedrático de la Universidad de Salamanca en gramática y retórica; en 1502 el cardenal Cisneros le encomendó la revisión de los textos griegos y latinos de la Biblia políglota complutense; cronista real en 1509 y catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares recién creada por Cisneros. Su obra, vasta y valiosa, comprende: *Introducciones latinas*, en latín, *Gramática latina*, en cinco libros, traducida luego al castellano; *Gramática castellana* (1492), la primera en su índole de una lengua europea moderna; *Reglas de ortografía castellana* (1517); *Diccionarios latino español y español latino* (1495); superiores a cualquier obra similar hasta sus días; *Sobre la educación de los hijos*, en latín, de carácter pedagógico; *Antigüedades de España* (1499), obra arqueológica; *Libros de Jurisprudencia, de Teología*, etc. Nebrija es la más brillante personificación literaria de España de los Reyes católicos y su acción en la divulgación de la cultura es inestimable. Fue uno de los primeros humanistas que comprendió la importancia de las lenguas vulgares.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Diccionario Enciclopédico Quillet* (edición 1968). Editorial Argentina Aristides Quillet S. A. y Grolier International Inc. Nueva York.
2. *Manual de Historia del Derecho* (69, edición). Carlos Hamilton D. Editorial Jurídica de Chile (1970).
3. *Teoría Literaria* (Nueva Preceptiva) (41 edición). Doctor Manuel Gayol Fernández. Cultural S. A., La Habana (1956).
4. *Cursos de Gramática* (2ª edición enciclopédicamente revisada). Miguel Garmendia. Cultural S. A., La Habana (1944).
5. *Anuario de la Real Academia Española* (año de 1975). Imprenta Aguirre Madrid.

OTRAS OBRAS CONSULTADAS

1. *Enciclopedia Quillet*.
2. *Breve Historia General del Derecho* - Enrique Hubner Gallo.
3. *Gramática Española*, por Fernández Arollo.
4. *Boletín de la Real Academia Española*.
5. *Tratado de Preceptiva Literaria*.

Ideas sobre la cultura salvadoreña

ÍTALO LÓPEZ VALLECILLOS

I

Por algún tiempo, abrigamos la idea de que era posible una nueva literatura en El Salvador, partiendo del compromiso del escritor con el medio, de la participación activa del creador en las luchas políticas, económicas y sociales. El cambio de actitud de las nuevas generaciones de intelectuales daría, con el tiempo, un nuevo tipo de expresión cultural y en consecuencia una letra impresa distinta en su fondo y en su forma a la que hasta hace unas décadas se producía en el país. Ahora creemos que esto solo no basta, urge que el compromiso se convierta en acción modificadora de la realidad social global. Es más, que sin el cambio de estructura, la obra literaria deviene en reproductora del sistema con variantes de poca significación.

Este pensamiento crítico, extraído de la decepción pura ante lo que suele llamarse la "cultura" salvadoreña, nos indujo a plantear la posibilidad de un arte y una literatura nueva en el ámbito nacional. Gran error. Típico error de joven que arremete contra lo "establecido", contra lo consagrado oficialmente por la "traición" (que en nuestra sociedad es pereza mental, incuria, acomodamiento) y el buen vivir de los intelectuales del sistema. Pasados algunos años de sarampión ideológico, de complicación con diversas organizaciones sindicales, políticas y de promoción de las tendencias filosóficas del momento, pudimos observar que el fenómeno de la cultura en una sociedad atrasada, multimiserable como la salvadoreña, no es cuestión de disparos poéticos, de discursos estéticos, de golpes de pecho y actos de contrición en determinada línea literaria. El problema trasciende la tinta de

imprensa, la buena conciencia pequeña o burguesa de quienes queremos, deseamos y pretendemos una nueva literatura, sin detenernos a pensar que nuestra actitud de escritores y poetas se queda en eso, en una actitud y no en una acción real y efectivamente generadora de cultura, de nueva cultura.

La culpa no es de nosotros los intelectuales, espermatozoides atormentados, pequeños monstruos que divertimos o asustamos a la clase "leída y viajada", bichos, al fin, que logramos impacientar a los encargados de guardar el orden público, las libertades ciudadanas, las buenas costumbres y la moral del sistema. Y no porque nuestros poemas, ensayos, novelas, cuentos y demás intentos sean peligrosos para la clase oligárquica, hegemónica, sino porque el bisbiseo tiene algo de la mosca en el banquete, o del grito estentóreo en la vida pacífica que los señores de la tierra y el dinero desean perpetuar en el país.

II

Conozco poetas "revolucionarios" que asisten con alegría a las fiestas de la gran burguesía, beben y comen, y al final recitan cantos inflamados de sensibilidad social, de denuncia de las condiciones de miseria y explotación de los obreros y campesinos y, sin que esto sea un chiste, son felicitados, aplaudidos, como parte de un triste espectáculo. Así parece justificarse, una acción de nueva cultura, de penetración y agrietamiento en clases sociales sórdidas, insensibles a la palabra, precisamente porque carecen de una verdadera cultura o porque la que dicen tener no es propia, sino prestada, copiada del París decadente del Barrio Latino o de los cafetines adyacentes a la villa Borghesse de Roma. En una palabra, porque tal auditorio no tiene cerebro, vida propia, sino una especie de computadora para manejar sus empresas, sus negocios, sus bancos, el "trust de papá" ahora bastante complicado con las multinacionales, la ITT, las cadenas de Sear Roebuck, la Ford, la Rockefeller, o la Standard Oil Company, etc.

III

El intelectual salvadoreño, esa minoría sospechosa en aeropuertos y migraciones, vigilado de cerca por las policías, fichado en oficinas militares y en las embaixadas extranjeras, membretado al gusto por los burócratas del orejismo gubernamental, se mueve en un medio hostil, inculto, bárbaro, con tantas posibilidades de influir en el cambio social como yo o usted de sacarnos la lotería sin adquirir billete. Pero no veamos el asunto así de fácil, aunque fácil sea distinguir el hongo del resto de la sociedad.

Este medio adverso al intelectual se da como un hecho, producto de una estructura económica injusta, que no cambiará con discursos, sermones o diálogos. La sociedad salvadoreña, tal como la observamos, carece de una cultura auténtica y, por tanto, de una literatura. Poco o nada pueden hacer los "cabezas de huevo", en tanto el 57.8% de la población se desenvuelva en el analfabetismo, y en tanto el 42.2% restante esté dividido en capas que, si bien saben leer y escribir, no reciben lectura continuada ni tienen acceso a medios que las capaciten para su mejoramiento integral. Sin lectores no hay literatura, excepto que continuemos en el error de creer que alguien por escribir un libro y editarlo en porcentaje minúsculo tiene la facultad de llamarse "escritor" e incluso pretender que su obra constituya parte de la literatura nacional. Este primer factor, llamémosle de público, es básico para sostener que es muy difícil producir cultura en una sociedad de analfabetos y, además, explotados.

Esta misma sociedad salvadoreña, dividida por la concentración de la tierra y demás medios de producción en clase explotadora y clases subalternas y oprimidas, no tiene el mínimo de condiciones para que surjan intelectuales enriquecidos espiritualmente por el mismo sistema económico y social. De ahí que ni siquiera pueda apelarse a la existencia de auténticos intelectuales del sistema, dado que este es incapaz de generarlos en la calidad y cantidad requeridas. La sociedad pre-capitalista, colonial y dependiente, no tiene patrones culturales propios. Vive de reflejo, de modas importadas de la metrópoli, de ideas prestadas, de esquemas mentales precarios, sin que el intelectual (llamémosle así), directamente favorecido por la explotación de las masas urbanas y rurales, pueda pensar por sí mismo, reflexionar a riesgo, exponer sus ideas y creaciones en una acción continua que permita el flujo y el reflujo de un pensamiento penetrante en el medio. Tal cosa ocurre porque los llamados intelectuales del sistema (los clásicos profesionales liberales o los tecnócratas de nuevo cuño) viven hipotecados en un modo de vida que no les permite cultivarse, dado que las pocas herramientas mentales que manejan las adquirieron para un solo fin: ganarse la vida sin importarles la totalidad del ser social. Dicha práctica intelectual los aherrumbra, los corrompe, los fosiliza, de suerte que en pocos años, las "jóvenes promesas" de una promoción universitaria se convierten en verdaderos dinosaurios, incapaces de conmoverse ante nuevas teorías o emocionarse ante creaciones estéticas o literarias. Su nivel de participación colectiva es nulo, anti popular, por temor a perder la estabilidad alcanzada a base de un desclasamiento vergonzoso.

Se adhieren como la ostra a la pequeña concha en que se formaron. El sistema así los condiciona, los determina. Un profesional pensante, por otra parte, es un

peligro para la sociedad clasista. Es obvio que el actual sistema social salvadoreño no desea "intelectuales" en el sentido vigoroso y renovador del término, sino "artesanos" de determinada especialidad, técnicos más o menos entendidos que ejercitan una profesión, un oficio, sin que tal actividad pueda poner jamás en peligro la estabilidad social, la paz de cementerio en que se explota al débil, todo para lograr el equilibrio que favorece a unos pocos sobre la mayoría de salvadoreños. De ahí que, caracterizada la realidad salvadoreña por el tipo de producción económica que padece, la cultura sea un remedo, unas caricaturas de ciencia, de teología, no digamos de literatura. En esto, como en todo, el capitalismo solo se preocupa de acrecentar los dividendos del trabajo social, enajenar la voluntad del hombre e imposibilitar la producción, en concreto, del espíritu liberador del hombre.

IV

Siendo así las cosas, la pregunta que se nos ocurre es todavía más complicada: ¿es posible en una sociedad subdesarrollada como la salvadoreña el surgimiento de verdaderos intelectuales, de auténtica cultura, de formas superiores de entender, comprender y transformar los modos cotidianos de existencia? Digamos, en principio, que sí. Pero no hay que engañarse. Tales intelectuales para serlo en función de la época y del medio, deberán no sólo adoptar una filosofía transformadora del hombre, la sociedad y el mundo, sino convertirse en intérpretes de la clase oprimida. Esto es fácil escribirlo. En la práctica, tal proposición, es casi imposible cumplirla, pues la deformación del sistema conduce tarde o temprano a posiciones paternalistas, egoístas, convirtiéndose el intelectual al servicio del cambio social en una contradicción viviente sospechosa por parte de obreros y campesinos y peligrosa para los comisarios de la oligarquía y sus brazos armados. La expectativa sólo puede resolverse en la lucha cotidiana, en la medida en que el intelectual creador, pensante, se autodetermine en función de los intereses proletarios, revolucionarios, a veces contra sí mismo y otras a pesar de la propia clase a la que se haya adherido como simple combatiente. La sospecha de ser un social-traidor, un agente de la CIA, un elemento provocador infiltrado por los mandos militares del país, persistirá en tanto no cambie la sociedad salvadoreña. El problema es complejo y la muerte de un escritor como Roque Dalton, metido realmente hasta el fondo en la lucha revolucionaria, indica que tampoco es cosa de juego el proclamarse intelectual comprometido, menos al andar haciendo la alharaca, sin tener plena conciencia de lo que significa adoptar la postura transformadora. Tal vez la cosa más simple sería afirmar que el intelectual que quiera serlo en el sentido

crítico, vivencial, comprometido con las masas, debe abandonarlo todo (volverse activo contra el sistema, rompiendo en la práctica consigo mismo) y tomar el o los caminos que la historia contemporánea señala a la revolución salvadoreña. Esta forma sería la única, apropiada y respetable, de comenzar a construir una nueva cultura en un medio donde se carece de ella y donde la literatura no existe y donde los escritores no sólo se cuentan con los dedos de la mano, sino que en la mayoría de casos se trata de "escritores" que no escriben de egoísmos de letra impresa, y, somos generosos, de hombres de pluma que no hacen literatura viva, extraída de nuestra realidad latinoamericana, sino que hacen una especie de recreación sobre la literatura de otras latitudes, una "literatura" de refrito con una buena dosis de revolucionarismo importado, lo que vuelve la cuestión al problema de principio, es decir, de sub-intelectualismo, de copiadores y repetidores sin experiencia ni pensamiento propio.

Prueba elocuente de lo que afirmamos es la carencia de obras de investigación y de creación; no digamos excelentes, siquiera regulares. Simplemente no se producen. ¿Dónde están las novelas publicadas en los últimos años? ¿Donde los libros de narrativa? ¿Dónde las obras de teatro? ¿Dónde los ensayos? En poesía, ya lo dijimos, se dan algunos textos, realmente decepcionantes. Se trata de poemitas publicados en espantosas páginas "literarias" donde se combinan recetas de cocina con reflexiones de Benjamín Franklin, notas cursis y artículos intrascendentes, amorfos, blancos y asépticos. No hay, evidentemente, literatura. Ni buena ni mala. Esta circunstancia es válida para cuestionar el sistema económico que padecemos y, desde luego, a la sociedad injusta que persiste en afirmar valores filosóficos ajenos al hombre salvadoreño, centroamericano y latinoamericano. Podrán darse muchas explicaciones por parte de algunos de los llamados "escritores" de esta tremenda ausencia suya en el panorama "cultural".

Nos dirán que la prensa no les publica, porque se trata de una prensa vendida literalmente a los intereses de la oligarquía y el imperialismo. Muy bien. Vale como excusa, pero la pregunta continúa. ¿Dónde están las obras escritas, publicadas o no, que reflejen la realidad salvadoreña? ¿Dónde las acciones individuales y colectivas contra la prensa anodina, contra las editoriales estatales y para-estatales entregadas a una labor reproductora de materiales viejos, caducos y hasta dañinos a la salud mental de los lectores de hoy? ¿Qué podrán decir los escritores socialistas, marxistas o simplemente "comprometidos", refugiados alguna vez en la caverna periodística local haciéndose la propaganda semanal, con prositas, articulitos, o poemitas sin una definida orientación, en un narcisismo que excluye a los "poetas" que no sean del mismo círculo, clan o mafia? Hay alguna excepción, claro,

pero esta confirma la regla. Hablemos con seriedad: ¿es eso literatura?, más aún, ¿es literatura actual, con mensaje, con proyección social e identificación transformadora? El hecho hay que apuntarlo en forma de reclamo para las generaciones del 50 al presente que, a pesar del bombo, no han "cuajado". Hecha la excepción de unos tres intelectuales, entre estos Roque Dalton, los demás nos han entregado una pobrísima labor literaria y artística. Hora es de remover tales aguas estancadas, en especial llamar la atención de poetas y escritores de última hora aparentemente muy de avanzada, pero que no resisten el menor análisis de forma ni de contenidos. Vale esto para mí mismo, burocratizado, mediatizado, aburguesado, estéril e infecundo, y no sólo por las contradicciones apuntadas, sino por el terror de quedarme en el soliloquio de un Segismundo o de caer en el alcoholismo, el suicidio, las drogas, o la neurosis de saberme el gran escritor, siendo un escribidor más de esta aldea ignorada del mundo.

V

Así las cosas, puede valorarse mejor, dentro de su clase social y su visión del mundo, lo hecho por David Escobar Galindo, que lo producido y publicado por la joven izquierda intelectual salvadoreña. Y esto lo decimos con el cargo y peso que tal cuestión demanda. Un poco más de trabajo, teoría y acción unidas, y los intelectuales comprometidos podrían decir "presente", tanto en la tarea cultural como en la política, ya que ambas están indisolublemente unidas; esto si queremos contribuir desde la superestructura a cambiar las cosas en el país. Más teoría y más acción, para obtener nueva teoría y nueva acción en lo que reclamamos. En el fondo, también, la proposición de alcanzar un pensamiento latinoamericano, propio, liberador.

VI

El hombre, escribí hace algunos años, es la criatura indefensa por naturaleza. No hay ser tan solitario, tan tremendamente consciente de sus limitaciones como él. Y, no obstante, de su debilidad, de su temporalidad, surgen los prodigios de la ciencia y el arte.

La humanidad es camino, paso, tránsito de una a otra edad. Nada ha surgido espontáneamente. Todo ha sido creado o recreado por la mano del hombre. Si bien el árbol necesita de la semilla, la flor requiere los cuidados del jardinero. La cosecha no es sino producto de la mano que siembra. Hasta hace poco la evolu-

ción natural determinó los grandes cambios, no sólo en el hombre como parte de la naturaleza, sino del universo en su conjunto. Se necesitaron millones de años para que de aquella roja masa se formaran los sistemas planetarios, los astros aún incandescentes y las incontables estrellas que parecieran vigilar nuestros pasos. Millones de años para que la tierra fuese habitable por pájaros, serpientes, peces y animales de toda especie, incluyendo el bípedo implume de que nos habla Platón. La formación de los continentes requirió muchísimo tiempo, pues el desplazamiento geológico era más obra del milagro que de energía humana.

¿Cuándo y cómo el hombre robó los fuegos mitológicos? He aquí el misterio que teólogos y filósofos tratan de explicar. Es evidente que el hombre descubrió, entre otros muchos secretos, el mayor: la muerte no es sino un accidente, el obstáculo impredecible, la cicuta necesaria. Esta verdad le permitió perfeccionar sus propios dones. Con la inteligencia y la palabra rompió sus amarres con la naturaleza primitiva. La necesidad de vivir creó la energía, la duda, el razonamiento, la búsqueda sin término, el hallazgo del poder transformador. Hizo un sistema de ideas y se elevó por encima de los otros seres hasta vencer las fuerzas y elementos que le rodeaban.

En los últimos quinientos años, el hombre conquistó definitivamente a la naturaleza, y su acción produjo cambios mayores a los de ninguna otra época en la historia del mundo. Este hecho trajo el desequilibrio en todos los órdenes. El proceso científico ha impuesto nuevas formas de vida, creando la deshumanización, la alineación, la masificación, la cosificación, la carencia de identidad humana. La persona es, en las sociedades desarrolladas, un número, una cifra, una ficha en el gran juego de intereses económicos y sociales. La máquina está por dominar, a su vez, al hombre. Y, naturalmente, en los quinientos años de que hablamos, poco o nada ha cambiado el ser humano, pues sus pasiones y apetitos son los mismos. En pequeños frascos se guarda la sustancia capaz de modificar los suelos y los climas; en cápsulas insignificantes está el virus conquistado que combate a otros pequeñísimos organismos. En ese micromundo se generan resistencias bioquímicas insospechadas y, otra vez, se impone la multiplicidad de la forma vital. En segundos y gracias a la química, la física y la biología, pueden producirse grandes cataclismos. La cibernética domina otros campos y una computadora no sólo desplaza a muchísimos cerebros, sino que ayuda a controlar el imperio de las finanzas, las industrias y los centros comerciales. Todo está "programado": la producción, la distribución, los gustos, los hábitos, en una sociedad insensible, opresora, manipuladora de la conciencia y la dignidad humana.

Las fuerzas sociales libran, a escala mundial, una gran batalla en nombre de la justicia, la libertad y el progreso colectivos. Los políticos nos hablan del milagro

alemán, de la revolución cultural china, de la construcción del socialismo, del despertar japonés, y olvidan o ignoran que los peligros de nuestro tiempo están todos reunidos en el exceso de tecnología en el poderío científico utilizado para la dominación de los hombres y los pueblos débiles que, naturalmente, son la mayoría.

Estamos expuestos, cualquier día, a que un psicópata o un fanático desorbitado oprima el botón del sismo nuclear o haga generar la guerra bacteriológica, ya ensayada en las últimas dos guerras. Mentalidades y pueblos imperiales pueden llevarnos a la destrucción masiva, o bien a convertir al hombre en conejillo de indias o rata de laboratorio.

Es un hecho que las revoluciones sociales y políticas del siglo XIX han sido superadas por los movimientos científicos que se realizan en los centros de poder mundial. Pareciera que ya no se trata de cambiar los sistemas de producción, ni de establecer nuevas relaciones entre el individuo y el Estado, ni de profundizar o mediatizar la lucha de clases como se entendía ortodoxamente en las primeras décadas de este siglo. Eso, por lo menos, en Europa. En América estamos aún en la media noche y una revolución no sólo es necesaria, sino indispensable. Y la primera regla de esa revolución sería no imitar, no copiar, no transplantar por transplantar lo foráneo. Tenemos que comenzar a tener un pensamiento propio. Una actitud creadora que nos haga comprender que el gran error del pasado fue adoptar, sin ninguna reflexión ni madurez, lo español, lo francés, lo norteamericano. Este vivir de reflejo, sin luz propia, no tiene justificación. A los colonizadores, especialmente en el orden de la cultura, hay que decirles "hasta aquí". Debe modificarse el presente partiendo de nuestra propia realidad. Ya eso sería bastante.

Esto lo escribimos, con la certeza de que América Latina tiene un porvenir no dependiente. Y porque a pesar del atraso, la miseria moral y material, todavía podemos replantearnos el progreso científico en base a otros supuestos éticos y sociales que no sean el encadenamiento del hombre a la máquina. Ni la explotación del hombre por el hombre.

En otras latitudes, el proceso industrial y tecnológico, la conquista del átomo y del espacio, el dominio de la ciencia y su utilización en la política de supremacía mundial, indican que ha comenzado una nueva era, sin que el hombre común y corriente intrínsecamente haya progresado, pues sigue siendo infeliz y solitario como siempre. La ciencia deshumanizada es el gran problema de nuestro tiempo.

Los países del tercer mundo debemos tener eso presente. Nuestra vocación por las letras no puede afirmarse, en América Latina, sin esa legítima aspiración. Pensar por cuenta propia, transformar la realidad en razón de nuestro contexto histórico, con un sentido anti-colonial profundo.

El Salvador es un país sin cultura propia.

La situación económica determina una educación clasista, de élite, al servicio de un sistema opresor. La reproducción de ciencia, técnica y literatura no es sino una copia mediocre de lo europeo, y lo norteamericano.

La cultura de El Salvador, sus formas elementales y primarias, provienen de la herencia "hispanica" y del enciclopedismo francés de fines del siglo XVIII. Los poseedores de riqueza material (cafetaleros, cañeros, algodóneros y similares) carecen de educación y de cultura, excepto que califiquemos a ambas como la posibilidad de manejar autos, comer hot-dog, leer historietas cómicas, ver enlatados de TV. El nivel cultural de los servidores de la oligarquía (tecnócratas, profesionales prósperos, administradores de empresas, ejecutivos diversos) conoce apenas lo suyo, el instrumental de trabajo diario; en casos rarísimos y excepcionales, consultan la edición semanal del *New York Times*, los boletines económicos y los manuales sobre la bolsa de valores que adquieren en Wall Street. Muchos de estos tecnócratas compran libros por metros, a colores, para decorar sus residencias y oficinas, pero no distinguen entre Kant y Rilke, confundiéndolos a veces con marcas de encendedores o bujías para automóviles. No obstante, y ello es curioso, se dan aire y tono de "cultos" con sofisticados aparatos estereofónicos y colecciones de discos, todo para barnizar una personalidad bárbara, dado que la conciencia, la conciencia individual incluso, forma parte alienada de la misma sociedad de consumo que admiran.

En cuanto a los profesionales liberales, lo que uno se pregunta es cómo habrán obtenido el título académico, la patente que les permite litigar en juzgados sin tener noción exacta del derecho, operar a un enfermo sin advertir que tal acto implica algo más que abrir un abdomen dado que en sus manos tienen un ser humano y no una cosa, un animal. No estamos exagerando la observación. Lo obvio no merece mayores comentarios. Y no es culpa de los profesionales tal estado de cosas, sino del sistema educativo de la sociedad en que vivimos. Muchos de estos profesionales viven angustiados porque, en su interioridad, quisieran ser diferentes. No ser meros artesanos, sino científicos, pero la realidad no los deja desarrollar sus potencialidades.

Y en cuanto a lo que aquí suele llamarse "intelectuales", es decir, profesores universitarios, escritores y poetas, estamos en la calle de en medio. Se trata de actividades desprestigiadas, no tanto las docentes generalmente repetitivas y esquemáticas, cuanto las referidas a escritores, poetas y artistas. En esta última con-

notación se refugian toda clase de mediocridades, de arribistas y oportunistas, de gentes ignaras, para quienes escribir versos es una especie de catársis *sui generis*, o para quienes la publicidad resulta una "cocalización" (de Coca-Cola y Marx) de beneficios proporcionales. Difícilmente podríamos llamar "intelectuales" a esta sub-especie de escritores, de roedores de papel impreso, pues comprometido o no con la causa revolucionaria y popular, su praxis es pendular, vacilante, sin asidero en una filosofía y una acción transformadora. En el más inofensivo de los casos se trata de sujetos atrabiliarios, hoy aquí y mañana en el otro campo, vueltos un guiñapo de existencialismo en tanto se les toca su "obra", su "talento", su "individualidad". Del centenar de poetas salvadoreños, unos ocho pueden salvarse en razón de sostener un camino y sostener congruentemente un ideal revolucionario. Los demás son briznas en una sociedad caníbal, sin cultura propia, y por ello mismo, sin literatura.

Es frecuente hablar de una cultura del trigo, del arroz, del maíz, (la nuestra en cierto modo) y, por qué no, de una cultura del café, o "sub-cultura de grano de oro" más inmediata en lo económico y social a lo que hemos sido y somos de 1850 a la fecha. Un modo de producción que ha generado formas de vida, de expresión y comunicación marginal, de empobrecimiento de la mayoría de salvadoreños con un fondo claro de dependencia externa y una tragedia agraria, feudal, inhumana en todos los aspectos, incluso en la connotación más simple de lo occidental y cristiano. Y con un quiebre total entre las formas políticas republicanas, democráticas y burguesas, y la implantación de un régimen que niega las libertades y entroniza el despotismo de la oligarquía por medio de una burocracia, civil y militar, a todas luces insensible y arribista. La subcultura del café es eso: tugurios en la ciudad y ranchos miserables en el campo; alimentación deficitaria para los trabajadores; carencia de educación liberadora; insalubridad; falsas costumbres y moral filistea. Esta, quizás, es la única "cultura" de que podemos hablar en el país.

VIII

La producción de una nueva cultura sólo será posible en el marco de una sociedad justa. Y ya sabemos que tal sociedad no puede alcanzarse si no es mediante un proceso revolucionario que, partiendo de la raíz, cambie los modos de producción, establezca nuevas relaciones sociales y genere un sistema de vida digna para la población salvadoreña. En ese nuevo estadio, es básico el rompimiento con lo colonial español y la subyugación al imperio norteamericano. La ruptura radical debe ser producto de masas concientizadas, humanizadas en el sentido actual y

profundo del término, convirtiendo al salvadoreño mismo en sujeto de su destino histórico.

Factor de gran importancia para determinar las causas de nuestra ausencia de verdadera cultura, y, por ende, de literatura, lo constituye la instrumentalización de los medios de comunicación de masas, ahora en poder de unas cuantas familias, para quienes la venta de noticias y artículos es cuestión de negocio y de un negocio supuestamente apolítico, aséptico, a histórico, al servicio de la sociedad de consumo. De ahí la gran cantidad de historietas cómicas, de páginas "sociales", y secciones de divertimento, base de alienación de los lectores mayoritarios. Tales empresas periodísticas, radiales y sobre todo de televisión, constituyen todo un ejemplo de nuestra colonización cultural, de nuestra enajenación dentro del sistema capitalista. Alberto Masferrer, saqueado y aprovechado por los gobiernos de Martínez a la fecha, y calumniado por izquierdistas desconocedores de su verdadera valía moral e intelectual, afirmaba en 1928 desde el diario *Patria* estas verdades absolutas:

Lo que caracteriza al sistema capitalista, lo que constituye su esencia y su ley máxima, es que todo se puede comprar. Si un hombre trae dinero suficiente, puede comprar todas las casas de la ciudad, todos los viveros de la cosecha, todas las tierras de la Nación. Si da por ellas su dinero, son suyas, y dispondrá de ellas como le venga en gana. Son su propiedad, algo sagrado, intocable, que las leyes han colocado por encima de la necesidad, del dolor y de la vida.

Posible es, y sucede muchas veces, que ese acaparamiento de las cosas trastorne y arruine los hogares, obligue a las gentes a emigrar, o rebaje su habitual manera de vivir a una condición mísera y vil, que desembarque, recorriendo tortuosos y sombríos caminos, en la prostitución y en el crimen, en la degeneración multiforme a donde lleva siempre la miseria... Es triste, pero en el conflicto entre la vida y la propiedad, las leyes han optado por este, por su símbolo, que es el dinero. La ficción grosera, desmentida mil veces cada día, supone que el dinero es siempre el resultado del trabajo, de la propia y honesta labor y que, por consiguiente, es como una emanación del individuo mismo, la red de la araña surgida de sus propias entrañas. Sobre esta ficción, una de las más groseras a que haya rendido culto la invencible idolatría de los hombres, se ha edificado el Templo de la Propiedad donde el Dinero, Dios Único y Todopoderoso, se complace en escuchar los ayes y las maldiciones de las víctimas del Acaparamiento.

Así, la propiedad, la cosa adquirida a cambio es en el sistema capitalista actual, el derecho por excelencia, el fin último, la cosa en sí, la virtud suma, el ideal y el por

qué del vivir, lo que justifica y explica todas las actividades y todos los sacrificios. Si en *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, el judío Shylock, que le ha comprado a su adversario una libra de carne —cortada inevitablemente de su propio muslo—, se ve obligado por la astucia y la rectitud del juez a rescindir el negado contrato, en nuestra vida diaria no sucede así: ni la carne ni la sangre se sobreponen a la codicia implacable, sancionada y consagrada por la ley; si el propietario exige, hay que abandonar tierra, casa, muebles, y con ellos, posición social, manera de ganarse el pan y caer en no se sabe qué abismos donde Shylock, que no pudo cercenar el muslo, destruye y pulveriza, a veces la vida de una familia entera. La vida ha fracasado, pero la propiedad salió victoriosa.

Lo que puede hacer un hombre que tenga dinero suficiente, lo hará con igual derecho un grupo de hombres. Lo que tiene derecho a efectuar un Pierpont Morgan, con más razón y eficacia lo perpetrará Wall Street, la gran propietaria, es decir la mayor poseedora de dinero en el mundo, hallando estrecho el campo de sus operaciones en el nativo y ancho solar en que nació y creció, discurre comprar en otra parte, invertir dinero en otra parte. Esta cosa divina que es el dinero, en el cual reside todo poder y toda virtud, Wall Street lo transporta a Cuba, a Santo Domingo, a Haití, a Panamá, a Nicaragua, y allí lo pone en circulación, y lo hace producir. Es verdad que las nuevas y vastas operaciones de la gran propietaria implican la conquista, la intervención armada, el asesinato y el incendio y que no sería posible efectuarlas con rendimiento seguro y crecido, sin el auxilio del Ejército, de la Marina, del Gobierno de Washington. Pero, dentro de qué lógica, las leyes y las autoridades que descargan todo su peso en favor del propietario individual, limitado, mediocrementemente adinerado, le habla de rehusar al propietario colectivo, de poder ilimitado, desbordante en fuerza de dinero. Este, como aquel, emplea su dinero, su propiedad, su dios, y como aquel necesita y exige que toda la influencia del orden político lo apoye en la empresa de hacer producir su capital.

Así, cuando protestamos contra el imperialismo yanqui, lo hacemos con motivo en cuanto el negocio de los banqueros newyorkinos se efectúa a costa de nuestra autonomía, de nuestra dignidad, de nuestra sangre y de nuestra hambre; pero no lo hacemos con lógica: esa operación en grande es tan justa y tan propia del sistema capitalista, como el embargo de la única manzana de tierra de donde obtenía su pasar la familia de un labriego desafortunado. Reconocido, acatado el poder absoluto del dinero, supuesto símbolo del trabajo, la propiedad deviene el supremo objetivo de la sociedad y de la ley, y la vida tiene que someterse y, en el evento, ser arrollada por las ruedas aplastantes del carro en que ese nuevo Jajarnaut pasea su majestad hierática y sin entrañas.

Ahora bien, nosotros alzamos y proclamamos, con la doctrina del Minimun Vital, frente a esa deificación del dinero, la deificación de la vida. Frente al dios propiedad erigimos el altar de la vida; no abstracta, no estadial, no filosófica, no moviéndose en no sé que regiones nebulosas de la metafísica, sino, animal, concreta, visible y tangible, determinada en ese niño que pasa, en aquella mujer que lleva una canasta, en ese anciano que se calienta al sol, en esta muchacha que sonrío a quienes contemplan sus gracias, en aquel carretero que azuza sus bueyes perezosos. Y a todos ellos, nuestra doctrina vitalista, desde las nubes relampagueantes de un nuevo Sinaí, les grita con una voz que surge de las entrañas de la justicia, del propio corazón del Cosmos: yo soy el Señor Dios tuyo; yo soy tu verdadero y supremo Dios, y a ningún otro le erigirás altares delante de mí. Yo te digo, en verdad, que el poder absoluto del dinero ha muerto; que desde ahora, si tú lo quieres, el dinero ya no será un dios, sino un servidor del hombre, y que ese monstruoso derecho de adquirir y de poseer, que compraba la carne y la sangre, ya no podrá comprarlo todo. Porque el hombre, por fin, tras de inundar el planeta con sus lágrimas y con su sangre, ha encontrado lo que anhelaba, algo verdadero y esencialmente sagrado, especial y profundamente divino; ha encontrado la vida, su vida.

Una denuncia como ésta, en un tiempo peor que el de ahora, merece reproducirse, pues no sólo revela a un hombre políticamente comprometido, sino a un escritor con un pensamiento propio y una actitud valiente frente al sistema. Tal artículo engloba nuestra realidad, la capta y la define, y nos enseña que desde un periódico modestísimo el intelectual puede levantar su voz de condena contra el poder del dinero. Y naturalmente contra los medios de comunicación de masas, deformadores de la conciencia social, instrumento legítimo de la dominación económica y de la penetración cultural, simuladores en fin de una literatura, mejor dicho de una sub-literatura, ajena por completo a nuestra razón de ser.

La diferencia entre valor y precio es algo que urge definir, replantear. El valor está por encima de todo, es la ética, es el postulado rector de la vida frente a la injusticia. El precio es para las cosas, las baratijas del sistema. De ahí la cita de Masferrer, ala contra el huracán, contra quien se levantan absurdas y dogmáticas acusaciones, siendo como es, uno de los pocos escritores con autenticidad nacional. El producto intelectual de Masferrer, su quehacer cotidiano, se internalizó como conciencia social en la estructura económica, ayudando a transformarla, aunque en mínima escala. Lástima que el ejemplo de Masferrer no fuese seguido, y hasta haya sido negado por sus propios discípulos. En cuanto a las "nuevas" generaciones del 44, del 50, y del ahora presente, se justifica, en cierto modo, su crítica acerca

contra el mínimum vital, en razón de que los jóvenes quieren el máximun vital para sí, sin ponderar la viabilidad y, también, por aquello de que la juventud es siempre inmisericorde con los viejos, probablemente porque "la juventud no tiene un lugar, en la historia, donde reclinar la cabeza". La juventud no tiene experiencia, no tiene pasado.

En tanto se crean las condiciones de nuestra revolución salvadoreña, centroamericana y latinoamericana, los intelectuales con vocación de afirmarse históricamente, deben integrarse a la lucha, al combate cotidiano, sea para denunciar la injusticia, bien para derribar mitos y supersticiones, en un plano de integración real a las organizaciones populares.

Todo lo que oculte o disfrace la realidad, sirve al sistema opresor que vivimos. Y no hablo del "gobierno", más o menos pasajero, hablo de la situación económica, social y política concreta que vive y sufre la mayoría de trabajadores urbanos y rurales del país. Los escritores tenemos que ser totalmente francos, claros; no nos podemos permitir el oropel de la oscuridad, de lo ininteligible. Todo lo que desnude las condiciones de vida de las clases sociales, el drama en que se debate el hombre, los hombres salvadoreños, contribuirá a la liberación de los oprimidos. Se trata, no sólo del tema social advertido y rectificado como conciencia humana solidaria, sino también del lenguaje. Suele haber una máscara prestada en los escritores de El Salvador para aparentar ser lo que no somos. Y eso hay que acabarlo. Es la moda, el ismo, contra el cual nos manifestamos abiertamente. El lenguaje es parte de la identidad de los pueblos, su expresión vital, la huella de su paso en el tiempo. De ahí que no hay que escamotear ni mentir en nuestra obra, por buenas intenciones que se tengan, pues ayudamos con ello a esconder la verdad, la realidad de que hablamos. Suele escribirse en difícil para un lector sencillo, lo cual es "hacer" literatura para un lector imaginario, no de aquí, sino de otra parte. Y a ese lector que idealizamos no llegaremos nunca, pues no existe como realidad para nosotros. Lo que importa es que cambiemos de conducta, de actitudes, de visiones conceptuales prestadas. La nueva cultura, y en consecuencia la nueva literatura, tiene que surgir de las clases sociales desplazadas, marginadas, con un lenguaje áspero y a la vez hermoso, un lenguaje que no le tema a la mala palabra, pues la mala palabra, esa que aluden los "cultos" de la diplomacia y los té-party, es tan valedera como cualquier otra y, sin duda, más auténtica, que la que oculta el fondo de las cosas. Si un trabajador rural, después de una paga de hambre, se queja con otro y le agrega: "Así son, señor, estos hijos de puta", pues qué vamos a quitarle o añadirle a su expresión. Nada, por el contrario, tenemos que hacer nuestro su lenguaje, si queremos "incorporarnos" al proceso social actual. Hay un lenguaje

que se transmite de boca en boca en los mercados, en las villas miserias, en las cárceles, en las calles y plazas, es el lenguaje testimonial de nuestra época, con mucha más energía y creatividad que el utilizado por los profesores de literatura o de gramática. Es el lenguaje de los obreros, de las gentes del pueblo, ahítas de dolor y angustia en los multifamiliares. Puede ser que tal palabra esté "corrompida" por los medios televisivos, por la radio, pero en todo caso tal corrupción es parte de nuestro momento histórico y la captación y síntesis, bien entendida, es trabajo de escritor con arraigo, con raíz en la obra que vive y cultiva. Eso de escribir para "fuera" (para España) es cosa del siglo pasado. La Academia de la Lengua Española, cada vez más abierta y receptiva al fenómeno hispano-parlante de los países indoamericanos, ha hecho bien en incorporar cientos de americanismos al diccionario, aunque como toda autoridad, sea lerda en aceptar la revolución dialectal que se da en nuestras latitudes. En todo caso, la jerarquización idiomática no debe preocuparnos, pues por sobre ella está la acción creadora, imaginativa, del pueblo y sus verdaderos escritores.

El mito de Europa es para los románticos, los parnasianos del ajeno y el pistoletazo, cuando no para los trasnochados "modernistas". Un escritor que pretenda, a veces sin lograrlo, una nueva cultura y una nueva literatura tiene que vivir en América Latina. Vivir las tensiones cotidianas, los sobresaltos sociales, la tormenta, la contradicción en que nos hallamos envueltos. ¿Y la tradición? Podría preguntarse. Pues si no la tenemos comencemos a crearla, a inventarla, desde el vórtice de la vida presente. Al fin y al cabo, aquí todo está por hacerse; y copiar, reitero, es una deshonestidad. Es como recrear el museo europeo y contentarnos con que el bisabuelo es Hugo o Verlaine, o mi siniestro antepasado es el señor Rabelais. Si no podemos ser los intérpretes de un lenguaje nuevo, en sincronización efectiva con la masa, pues apaguemos la luz y vayámonos al cine. Formamos parte, querramos o no, de un proceso económico y social, y nuestra razón de ser es la de romperlo en su base oligárquica, deshumanizadora. Masferrer señalaba en párrafos anteriores cuál debe ser la posición desmitificadora frente al "sistema del dinero", cuál la denuncia y cuál el compromiso, aunque unos se consideren más de "avanzada" y nosotros nos quedemos con el puño cerrado en defensa de la dignidad humana y la democracia social.

La dicotomía no es tal, ni la diferencia es grande, si la precede un acto de reflexión y de inmediato una participación concreta en la tarea política y cultural de nuestro pueblo. La doble condición de creadores y revolucionarios, con contenidos y formas nuevas y aproximativas a nuestra realidad, y la de hombres que se entregan a las más diversas tareas de modificación del sistema, serán la única

posibilidad congruente de justificar nuestro aquí y ahora. Este reto hará que el intelectual se vea envuelto en las más trágicas batallas consigo mismo y con los demás. Tal acto de autenticidad también es indispensable para su obra literaria. En esto quizás, muchos estemos de acuerdo. Y si no es así, discutámoslo responsablemente.

El español que hablamos en El Salvador

PEDRO GEOFFROY RIVAS

Los gramáticos suelen protestar airadamente por los atropellos que hablantes y escritores cometemos a diario, violando las sagradas normas que rigen el hablar y escribir correctamente el idioma. Tales protestas no son nuevas. Se han presentado a menudo, en todas partes y en todos los tiempos. Ya en la Roma de la época de Cristo, Varrón, el gramático, y Quintiliano, el retórico, tronaban contra las corrupciones a que los bárbaros sometían el dialecto del Latium, devenido, por la conquista y la colonización, la lengua universal de la época. Pero mientras Varrón y Quintiliano se lamentaban por aquel horrible irrespeto del idioma, que para ellos constituía el paradigma de la perfección, Petronio, el poeta, adoptaba en *El Satiricón*, con displicente elegancia, los giros y los modismos, las deformaciones y las corrupciones introducidas en el latín por galos, celtas, germanos, iberos, tracios y demás bárbara gente, que con tales atentados iniciaban la prodigiosa aventura de las lenguas romances.

Los modernos puristas del idioma son, en realidad, personas apegadas todavía al afán medieval de filosofar acerca del habla, de descomponer la oración en partes, que condujo a los escolásticos a la confección de gramáticas generales en las que intentaron demostrar que la estructura de las lenguas, especialmente la del latín, constituyen un canon lógico universalmente válido.

Se trata sencillamente de una pura sofisticación. Quienes luchan, inútilmente, por la "conservación del idioma", olvidan que están frente a un fenómeno histórico, cambiante y multiforme, que sólo puede ser conservado cuando ha muerto. Porque el idioma vivo jamás puede aquietarse. Sufre infinitas variaciones, de un grupo a otro, dentro de cada grupo, en cada individuo, sin que ello signifique la

pérdida de los contornos que lo caracterizan. Eduardo Sapir, uno de los más acuciosos investigadores modernos del lenguaje, dice que éste es, en realidad, un arte. Y que, como todo arte, se está remodelando incesantemente. "El lenguaje, afirma Sapir, es el arte de mayor amplitud y solidez que conocemos, porque es la obra gigantesca y anónima de incontables generaciones". Esta es la razón de que no podamos identificar a una lengua por su diccionario.

La formidable aventura humana que es el lenguaje, tiene, desde luego, un escenario: el grupo en el cual surge y dentro del cual evoluciona. Este escenario posee, a su vez, un marco perfectamente delimitado: el marco cultural, la cultura del grupo, entendiendo por tal el conjunto de costumbres, creencias, tradiciones, que forman la herencia social y determinan la contextura vital de cada sociedad. Esto no quiere decir que exista una correlación forzosa entre lengua, sociedad y cultura. Tampoco significa que haya una relación de causa a efecto entre cultura y lenguaje. La corriente del habla nada tiene que ver con los cambios de su contenido. "Dentro de un molde —agrega Sapir—, dentro de un molde cualquiera, podemos nosotros poner agua, poner yeso o poner oro derretido". Esto quiere decir que las mismas palabras pueden servir para que se ultrajen unas a otras las verduleras de los mercados y para que don Francisco de Quevedo haga exquisita poesía.

Con lo que sí tiene que ver la indetenible corriente del lenguaje es con los cambios en la expresión formal, porque cada uno de nosotros puede alterar los sonidos, puede deformar las palabras y hasta cambiar los conceptos concretos de una lengua, sin que tales cambios impliquen la menor variación en la eterna realidad del lenguaje.

Podemos entonces afirmar que el contenido del lenguaje está íntimamente relacionado con la cultura, que cultura y lenguaje fluyen generalmente por cauces paralelos y que el vocabulario de cada lengua refleja con gran fidelidad la cultura a cuyo servicio se encuentra esa lengua. Así, el lenguaje resulta estrechamente ligado a los hábitos de pensamiento. Y no sólo ligado. En el fondo, probablemente, ambos son una sola cosa. La inagotable riqueza de la forma lingüística y la infinita variabilidad del proceso de pensamiento que constituye el contenido latente de todos los idiomas, han sido siempre, en todas partes y en todo tiempo, la misma cosa: la grandiosa ciencia intuitiva de la expresión humana.

Es por esto que jamás podremos adentrarnos debidamente en el conocimiento de una lengua extraña a la nuestra, sin antes, o al mismo tiempo, empaparnos en los procesos de pensamiento de los grupos que usan esa lengua para expresarse, sin penetrar en la psicología de sus hablantes, sin obtener el mayor conocimiento posible del desarrollo histórico y social de las aglomeraciones humanas que forman y transforman ese maravilloso instrumento de la expresión.

Los lingüistas han estudiado las consecuencias del contacto, más o menos brusco, de dos lenguas extrañas entre sí, y han establecido las modificaciones externas y los cambios internos que en ambas lenguas se producen. Han llamado "substrato" a la lengua eliminada por otra lengua invasora, pero que ejerce determinada influencia sobre el idioma victorioso, y "superestrato" a la lengua invasora que resulta eliminada por la lengua vencida, pero que a su vez influye sobre ella.

La observación ha demostrado que una lengua que se extiende a expensas de otra, conserva sus rasgos fundamentales, desde el punto de vista fonético, morfológico y lexicográfico, pero que evoluciona de manera distinta, según sea la lengua con la cual entra en contacto. Muchas de las características adquiridas en el curso de esta evolución, pueden, por lo tanto, atribuirse a la persistencia de hábitos de pensamiento, de pronunciación y de expresión en los individuos que adquieren el nuevo idioma.

Los substratos se manifiestan claramente en los vocabularios por la persistencia de numerosos términos aportados por los nuevos hablantes de la lengua. Factores de orden físico y de orden sociológico ejercen una marcada influencia en la evolución de una lengua que se impone sobre otra. Puede haber en los conquistados una imposibilidad física para pronunciar ciertos fonemas de la lengua invasora. La mayor o menor fusión social entre ambos grupos es altamente determinante. Puede también suceder que el pueblo sometido y obligado a renunciar a su idioma posea una lengua cultivada y una civilización desarrollada, o que a su vez ejerza cierto dominio sobre otros pueblos, por lo que su lengua se impone, parcialmente, al vencedor como idioma de administración o de cultura. Las consecuencias lingüísticas de una conquista se pueden definir según se acompañen o no de la expansión de un elemento ideológico, especialmente de una religión.

Los substratos se manifiestan en la lengua invasora por la presencia de toda una serie de términos tomados por los conquistadores de la lengua autóctona y por los aportes que hacen los conquistados. La morfología y la sintaxis, por su parte, sufren mayores o menores variaciones según que los hábitos de pensamiento del pueblo sometido sean similares o diferentes de los que poseen los conquistadores.

Las migraciones no guerreras, ya sean voluntarias y debidas generalmente a una causa económica o resultante de una persecución religiosa, plantean distintos tipos de relaciones lingüísticas.

1.º Un grupo compacto de inmigrantes, que no se integra con la población que lo rodea en su nuevo ambiente, puede constituir un enclave duradero y conservar por largo tiempo su lengua. Tal fue el caso de los primeros colonos franceses e ingleses en Norteamérica. La lengua evoluciona normalmente si se conservan los vínculos con el país de origen.

Si tales vínculos son cortados, como en el caso de migraciones debidas a persecuciones, la lengua evoluciona en forma independiente. El mejor ejemplo es el de los judíos expulsados de España en el siglo xvi y que se instalaron a lo largo del Mediterráneo, en ciudades dominadas por musulmanes. Conservaron el uso del español, pero la lengua sufrió una evolución distinta a la que se produjo en España.

2.º Grupos compactos pueden establecerse definitivamente o permanecer por largo tiempo en otro país, al cual son asimilados lingüísticamente, debido especialmente a la instrucción obligatoria en el idioma oficial. Diversos grados y variedades de bilingüismo se producen durante el cambio de idioma. Este fenómeno se registra entre los numerosos grupos de inmigrados a los Estados Unidos de Norteamérica.

3.º Inmigrados en grupos más o menos numerosos, que desempeñan un papel especial en el establecimiento de relaciones comerciales y culturales, no adoptan la lengua del país donde se establecen pero propagan la suya entre una población que se vuelve bilingüe o puede asimilarse lingüísticamente. El mejor ejemplo de los tiempos históricos es de los griegos en el Cercano Oriente, especialmente después de las conquistas de Alejandro. Hecho notable es el empleo del griego como lengua religiosa por los judíos de Alejandría y por los primeros cristianos.

4.º El comercio de esclavos, practicado por los europeos, dio por resultado la constitución de las lenguas creoles. Como los negros importados a América no poseían un idioma común para entenderse, adoptaron la lengua de sus amos, pero la deformaron por asimilación defectuosa y por falta de instrucción. Hay así lenguas creoles a base de francés, español, inglés y portugués, habladas tanto por los esclavos como por los amos, y más tarde por los ciudadanos negros, mulatos y blancos de los países poblados principalmente por el comercio de esclavos.

5.º El bilingüismo culto se caracteriza por no generalizarse entre la población ni provocar un cambio de idioma. Así, el latín, como idioma culto y como lengua de la Iglesia, se extendió mucho más allá de las fronteras hasta donde lo llevó la conquista romana: en los dominios de las lenguas germánicas, donde su uso se restringió por la Reforma del siglo xvi, en algunas lenguas eslavas y en el húngaro.

El árabe clásico, lengua del Islam y de su Libro Sagrado, el *Corán*, fue aprendido por los letrados de diversos países, que se sirvieron de esta lengua para entenderse entre sí oralmente y por escrito.

Esta forma de conservación de una lengua muerta puede considerarse como una extensión en el tiempo. Entre los judíos, por ejemplo, el aprendizaje del hebreo fue un conservatismo persistente a través de los cambios de la lengua hablada y la

perennidad de la conversación culta ha permitido en nuestros días un retorno al uso hablado del hebreo en el Estado de Israel.

Cuando los españoles llegaron a esta parte de América, que los etnólogos, por razones de comodidad clasificatoria, han denominado Mesoamérica, se encontraron con un pueblo de un alto desarrollo cultural, si bien su cultura difería totalmente de la cultura europea. No se trataba de pueblos atrasados, primitivos o bárbaros, como se ha venido repitiendo a lo largo de cuatrocientos años. Se trataba sencillamente de pueblos con un desarrollo cultural distinto y que en muchos aspectos estaban más adelantados que la Europa del siglo xvi.

La mayor parte de Mesoamérica estaba poblada o dominada, en aquel año de 1519 en que Hernán Cortés arribó al litoral mexicano, por pueblos de origen nahua, que a partir del siglo VIII de nuestra era se habían desbordado en sucesivas oleadas sobre la vasta cornucopia que forman México y Centro América. No ha podido establecerse a ciencia cierta el lugar de su origen, pero se supone que llegaron de la región de Casas Grandes, actual Estado de Arizona, Estados Unidos de Norteamérica.

Sabemos que hubo dos grandes corrientes migratorias. Una que viajó a lo largo de la costa meridional y otra que caminó por el altiplano, existiendo ya diferencias dialectales entre ambos grupos.

La primera corriente llegó hasta el ahora Puerto de Acapulco, subió por el Estado de Morelos, cruzó la alta Sierra de Puebla, se desbordó sobre las fértiles campiñas veracruzanas, atravesó las intrincadas selvas de Oaxaca y vino a tenderse junto al mundo de los mayas, desde los altos Cuchumatanes hasta el estrecho paso de Darién.

La segunda corriente viajó sobre las crestas de la Sierra Madre, entre nubes y cóndores, saqueó la alta cultura purépecha en la Tierra de los Peces Dorados, aprendió a tejer filigranas de pluma entre los huicholes, se apoderó de los dioses y leyendas de los pueblos a los cuales dominó, tradujo a su armoniosa lengua los cantos religiosos y los lánguidos poemas otomíes y fue a instalarse en el Cerro de la Estrella, junto al esplendente lago del alto valle mexicano.

Los últimos en aparecer en el escenario mesoamericano fueron los aztecas, los terribles espartanos de América, los grandes constructores de la ciudad sobre el lago, de las altas pirámides y de las monumentales estatuas. En menos de 300 años, estos geniales salteadores habían dominado a todos los imperios del Anáhuac, habían realizado asombrosas obras de ingeniería hidráulica para erigir su capital en el centro del lago, habían extendido su férrea disciplina de costa a costa y llevado la conquista hasta las remotas tierras del Soconusco.

Pueblos imagineros, de alto pensamiento mágico, supieron enriquecer su acervo cultural asimilando cuanto conocimiento hallaron a su paso, adoptando las creencias, los dioses y los ritos de los pueblos a los cuales vencían, creando así un formidable sincretismo religioso y cultural que aún hoy asombra por su inigualada riqueza.

Los españoles, por su parte, eran, en aquella prodigiosa aurora del siglo xvi, el pueblo más batallador y más imbuido de mesianismo del mundo conocido por la secular ocupación árabe de una extensa porción de la península ibérica, dejando hondas huellas en el pensamiento español y una cultura mozárabe de grandes proyecciones, cuya influencia se prolongó, en el tiempo y en el espacio, por todas las regiones del mundo conquistadas y colonizadas por los pueblos iberos.

En diversos aspectos de sus procesos mentales, nahuas y españoles coincidían y se hermanaban, porque ambos poseían un alto porcentaje de pensamiento mágico. ¿Cómo explicarnos, si no, que el español creyese a pie juntillas en la existencia de El Dorado, en las Siete Ciudades de Cibola o en la Fuente de la Eterna Juventud? ¿Cómo entender de otra manera que abandonase las tangibles riquezas que le salían al paso para correr, con penalidades y sacrificios, tras aquellos mitológicos tesoros?

Así, el encuentro entre españoles y nahuas tuvo que ser portentoso y dramático. Diferencias y similitudes, coincidencias y contrastes, lucha y abrazo, odio terrible y amoroso connubio, informan la tremenda historia de la conquista y colonización de esta región de América y determinan avasalladoramente nuestra manera de ser y de pensar.

Inmensa sorpresa debe haber causado a los primeros investigadores de la lengua nahua encontrarse con un idioma de asombrosas perfecciones, sujeto a patrones tan lógicos como el griego clásico y de una estructura semejante a la del alemán moderno. Fray Andrés de Olmos, Fray Bernardino de Sahagún, Fray Toribio de Motolinía, Fray Pedro de Gante, los padres Betancourt, Molina y Carochi, fueron los más destacados estudiosos de la lengua vernácula. Influenciados por la estructura del latín y por las tendencias gramaticales de su época, cometieron, naturalmente, el error de colocar la lengua nahua en el lecho de Procusto de la gramática clásica. Pero los valiosísimos aportes de estos primeros investigadores, constituyen una base indispensable para los posteriores estudios de la dialectología nahua. Al adentrarse en el conocimiento de estos primitivos textos, es preciso tener en cuenta que a principios del siglo xvi el castellano aún no fijaba su fonética ni su ortografía. Fue precisamente en 1492, mientras las tres carabelas bogaban hacia la más grande aventura de todos los tiempos, cuando don Antonio de Nebrija realizó el primer intento de establecer las categorías gramaticales de la lengua de Castilla. Y al estudiar las influencias de la lengua autóctona sobre el castellano, no se debe olvidar que muy pocos aborígenes tuvieron la oportunidad de estudiar

el idioma de los conquistadores en instituciones doctas, como la Escuela de Tepculco, fundada por Fray Andrés de Olmos, o el Colegio de Tlatelolco, dirigido por Fray Bernardino de Sahagún. La inmensa mayoría lo aprendió a la buena de Dios, teniendo por maestros, no a literatos, sabios, investigadores, ni siquiera a letrados. Los indios aprendieron español en su contacto diario con geniales porquerizos analfabetos, como el señor capitán don Francisco Pizarro, con rudos soldados salidos de todos los rincones de la Península, que hablaban gallego, andaluz, vascuence, catalán, castellano y muchos otros dialectos del romance, con audaces expresidarios que usaban los modismos propios de las cárceles españolas.

Ya en aquella época, la lengua nahua se había fraccionado en diversos dialectos que evolucionaban independientemente debido al aislamiento de los grupos hablantes. En general, se trata de un idioma aglutinante, en el que las palabras se unen entre sí para formar nuevas palabras, las cuales pueden ser modificadas a base de prefijos, sufijos e infijos. Esta particular estructura de la lengua nos está indicando una peculiar manera de pensar, la cual, a su vez, es influida por el patrón idiomático.

Dije que no puede estudiarse una lengua sin adentrarse en los procesos de pensamiento que le han dado origen y que se expresan por su medio. Ello es particularmente notorio en el caso de los dialectos nahuas. El desconocimiento de la psicología propia de nuestros ancestros pipiles y sus procesos de pensamiento ha inducido al error a muchos investigadores de la lengua vernácula. El nahua, que en cuestiones religiosas o artísticas puede llegar a las más altas abstracciones, es incapaz de ello cuando se trata de cosas tangibles, materiales. No puede, por ejemplo, concebir una mano, una cabeza, un pie, si no pertenecen a una persona. Le es imposible realizar la abstracción. Esto explica la ausencia total del artículo en la lengua nahua, el cual es substituido por los posesivos o por los demostrativos. Si preguntamos a un nahua como se dice en su lengua "mi casa", responderá mucal, es decir, "tu casa", pues entiende que le pregunto por la mía. Si le pregunto como se dice "tu casa" responderá nucal, "mi casa", puesto que le pregunto por la suya. Esto ha originado una gran confusión en la traducción de los posesivos. Nuestros nahuas, los pipiles, usan generalmente el demostrativo ini, "ese", contraído en ni o ne; necal, "esa casa" por "la casa"; netal, "esa tierra" por "la tierra". Ne o ni toma en el dialecto pipil verdadera categoría de artículo. Tampoco existen los verbos "ser" y "estar", los cuales se sobreentienden en las construcciones. Y no hay confusión posible. Si yo digo istacshuchit, estoy diciendo "flor blanca", pero si digo ne shuchit, istac, quiero decir "la flor (es) blanca" sin necesidad de enunciar el verbo.

Existen en la lengua nahua pronombres completos, semejantes a los del español: naja, "yo", taja, "tú"; yaja, "él"; tejemet, "nosotros"; anmejemet, "vosotros";

yejemet, "ellos". Son unidades lexicográficas autónomas. Pero existen varias series de prefijos que los lingüistas, por razones de comodidad, han llamado semipronombres, aunque algunos de ellos no lo sean, que no pueden operar como unidades autónomas sino que siempre van unidos, ya sea a un nombre, a un adjetivo, a un verbo, a un adverbio o a una proposición, las cuales, en el nahua, hacen las veces de las preposiciones del español. Los llamados semipronombres posesivos, en realidad adjetivos, a que me he referido: nu, mu, i, tu, anmu, in: mi, tu, su, nuestro, vuestro, de ellos. Los semipronombres verbales: ni, ti, cero, ti, an, cero, indican el sujeto del verbo. Al decir cero quiero indicar que no existe pronombre para la tercera persona. Y no hay manera de confundirse entre la segunda persona del singular y la primera persona del plural o entre las terceras personas singular y plural, porque en los plurales se agrega un sufijo pluralizante. Tomemos por ejemplo, el verbo pasar, panu. No existe el indicativo. Para enunciar el verbo usamos la tercera persona singular del presente, que es la forma más simple. Este verbo se conjuga así: nipanu, tipanu, panu, tipanusquet, anpanusquet, panusquet. Es clara la diferencia entre tipanu, tú pasas, y tipanusquet, nosotros pasamos, y entre panu, él pasa y panusquet, ellos pasan. Hay también infijos objeto. Comer se dice cua. Nicua es "yo como", pero si lo uso en esta forma tengo que decir que es lo que como: nicua nacat, "yo como carne". Para indicar el simple acto de comer tengo que usar el infijo objeto ta y digo nitacua, "estoy comiendo". Igual uso tiene el infijo qui, que sirve para indicar un objeto o un sujeto que ya se ha mencionado. Ninapalúa es "yo abrazo", pero tengo que decir a quien abrazo: ninapalúa nusihua, "yo abrazo a mi mujer". Pero si ya la mencioné, me basta con usar el infijo qui, que se contrae en el simple sonido c: ini nusihua, nicnapalúa: "esa es mi mujer, yo la abrazo".

Los semipronombres nominales pueden servir para sustantivar el verbo y los semipronombres verbales para verbalizar el sustantivo: nitlajos quiere decir "yo amo". Si sustituyo el prefijo verbal por el prefijo posesivo y digo nutlajos estoy diciendo "mi amor". Nuhuehue es "mi viejo", nihuehue es "yo envejezco". Hay varias otras series de semipronombres que dan una gran flexibilidad al idioma.

Todos los verbos del nahua son regulares, a excepción de "ir" y "venir", que tiene una forma especial. Los verbos se hacen frecuentativos por duplicación. Por ejemplo, chucaes "llorar". Chucachucasignifica "éle estállorando incansablemente". Hay varios verbos auxiliares, siendo el más usado "vivir", que hace las veces de nuestro "estar".

Los diminutivos desempeñan un papel muy importante para matizar el idioma. Existe una gran variedad de diminutivos, cada uno de ellos con un significado especial, pudiéndose agregar dos y tres diminutivos a una sola palabra. Pil es "niño". Pilton es despreciativo: "muchachuelo". Pero piltonti es cariñoso: "muchachito".

He dado estas breves explicaciones para que podamos comprender más adelante la forma en que las construcciones del nahua fueron trasladadas al español por los primeros hablantes indígenas.

La primera corriente de asimilación de vocablos nahuas al español fue seguramente provocada por los propios conquistadores, quienes tuvieron que adoptar forzosamente los nombres indígenas de objetos, animales y vegetales que les eran desconocidos y para los cuales no existía nominación en castellano. Cuando Pedro de Alvarado llegó a la zona pipil de Cuzcatlán, los soldados que lo acompañaban poseían ya un extenso vocabulario de palabras caribes y nahuas. Lo primero que aprendieron fue indudablemente los nombres de los comestibles. En las islas del Caribe habían conocido ya la guayaba, la papaya y la anona. En México habían adoptado una amplía lista de nombres de animales y vegetales, deformándolos por dificultades de pronunciación.

En los dialectos nahuas existen varios sonidos no usuales en el español, como ts, sh, tl, y terminaciones en t, en tl, o en c. Así, la sh, fue transformada en j y dijeron Acajutla en vez de Acashutla, ejote en vez de eshut, jilote en vez de shilut. El sonido ts fue transformado en z y el tsaput se convirtió en zapote, el tsunte en zonte y el tsupilot en zopilote. Las terminaciones en t, tl, o c, agregaron una e. El elut fue elote, el shucotet se convirtió en jocote, el tsicut se volvió chicote. La terminación tepec, "en el cerro", deviene "tereque". Otras deformaciones fueron mucho más lejos, asimilando los sonidos del nahuatl al más próximo del español, aun cuando no hubiese la menor relación de significado entre una palabra y otra. El Cuauhnhuac de México, que significa "junto a la arboleda", se convirtió en Cuernavaca y Huitzilopotzeo se llamó Churubusco.

En la zona pipil, la confusión fue mayor. Los aztecas que acompañaban a Alvarado aztequizaron los nombres de lugares, animales, vegetales y cosas y los españoles extremaron la deformación. El mismo nombre de la región, Cuzcatlán, no es originalmente pipil, pues en este dialecto no se usa la tl. Tal nombre le fue impuesto a nuestro país seguramente por los aztecas. El nombre pipil fue, si acaso, Cuzcatlan. Un lugar denominado Cuauheotictican se llamó Guacotecti y Cuauhyo se convirtió en Juayúa.

Así, una gran cantidad de nombres fueron incorporados desde el primer momento al vocabulario español. He aquí una breve lista de los primeramente adoptados, los cuales han llegado hasta nosotros, identificándose en el habla corriente hasta el punto de que actualmente los consideramos nombres propios del español. Muchos de ellos, con cientos de años de retraso, han sido incorporados al diccionario por la Real Academia de la Lengua.

Comida:

Aguacate, alguashte, atol, ayéco, ayote, cacahuete, camote, capulín, cemita, chancaca, chian, chicle, chilacayote, chilaquila, chilate, chile, chilipuca, chiltepe, chipilín, chirimoya, chirmol, chocolate, ejote, elote, guacamol, guaje, guapinol, güe-güecho, güisquil, jícama, jilote, jocote, jute, miltomate, muta, nejayote, nixtamal, pepesca, pinol, pupusa, quilite, shucoatol, tamal, tomate, totoposte, zapote, zunza.

Animales:

Cotuza, coyote, cusuco, chiltota, chiltuca, chiquirín, chocoyo, chucho, mapache, masacuata, mish, papalota, tacuazín, talconete, talepate, taltuza, tamagaz, tepemechín, tepezcuinte, tepocate, zanate, zenzontle, zopilote.

Plantas:

Achiote, amate, camalote, caulote, cojón, conacaste, copapayo, copataslite, copinol, coyol, chapulaltapa, chichicaste, chilamate, guachimul, huiscoyol, huisnayo, huis-tomate, hule, ishcanal, izote, jiquilite, maquilihue, milpa, mozote, nacascolo, nacaspilo, nopal, pacún, pashte, quequeslique, tacascamite, tempisque, tihuilote, tule, ujushte.

Plantas medicinales:

Acapate, siguapate, chichipate, epazote, tempate, yultape.

Materiales y utensilios de uso doméstico:

Acapetate, comal, chinama, chiquihuite, guacal, jícara, matate, mecapan, mecate, molinillo, pante, pepeshpe, petaca, petate, pochote, tabanco, talpetate, tayuyo, tecomate.

La segunda y más importante corriente, la que más decisiva influencia ha tenido en el habla actual de El Salvador, se inició cuando los indígenas comenzaron a hablar español. Como ya he dicho, no lo aprendieron en escuelas, gramaticalmente, sino en el diario contacto con los conquistadores. Comenzaron también por deformar muchas palabras españolas, pronunciándolas a su manera. Luego, introdujeron otra larga serie de vocablos nahuas.

Achís, achín, afate, ajuayo, apante, ausol, cacaste, cachaza, cajete, camanance, cayte, ceco, celeque, ciguanaba, cipitío, cipote, colochó, cuculmeque, cuije, cuilio, cushusha, chicha, cueslite, cuto, chahuite, chele, cherche, chiche, chinaste, chipuste, chueco, chunche, chunchucuyo, guate, güislite, güipil, ijío, isheo, islichoco, jiote, jiquipil, machiote, malacate, mamaso, mecate, mecasala, molote, mulquite, murusho, nahuilón, neshrie, pija, pipisa, posol, pushagüe, pusheo, puspo, shasha-

co, shuco, sisimite, suchil, talchinol, talishte, tapete, tapesco, tenamaste, tetelque, tetunte, tile, tilinte, titilhuite, tiza, toayo, tompiate, tunalmil.

Introdujeron también el uso de verbos nahuas como: aguachinar, apachar, chamar, chipiar, chiquear, pepenar, tapizar.

Estos son solamente unos cuantos ejemplos. Yo tengo registrados varios millares de vocablos nahuas usados en el habla corriente, cuyo origen desconocemos en su mayor parte, hasta el punto de que la gran mayoría de los salvadoreños creen que se trata de palabras castellanas.

En el aspecto fonético, los nahuas modificaron la pronunciación del español, suprimiendo toda diferencia entre S, C y Z, y substituyeron estos sonidos por una S breve y aspirada, muy parecido al fonema del nahuat que en inglés se representa por H, como en Guahcal: generalmente decimos nohotros en vez de nosotros. La LL del castellano se cambió por una Y bien marcada, que no sólo sustituyó a aquel fonema sino que se introdujo donde no existe: no sólo decimos cabayo, eya, estreya, gaviya, sino que introducimos la Y para separar el diptongo IA, diciendo habiyya, diyya, teniyya.

El análisis del voseo sobrepasa los límites del presente trabajo. Me limitaré a recordar, como lo señala Angel Rosemblat, que se trata de un fenómeno tardío, es decir, que no se desarrolló en el siglo XVI sino a fines del XVII y principios del XVIII, como un proceso de nivelación hispanoamericana.

Otro importante fenómeno ha sido el de la regularización de los verbos irregulares. Como ya indiqué, en las lenguas nahuas todos los verbos son regulares, a excepción de ir y venir, que no son irregulares sino que tienen una conjugación especial. Los nahuas no podían, pues, concebir la irregularidad de los verbos y mucho menos que un verbo substituyese a otro, como en el caso de ir, que en algunos tiempos es substituido por ver. Así, el verbo ir fue regularizado y por eso decimos "í donde el médico", "ite para allá", "ímelos pasando", "íselo dando".

El nahua introdujo también la duplicación para volver frecuentativos los verbos: no es lo mismo decir "llora", "grita", "brinca", que decir "está llora y llora", "grita y grita", "brinca y brinca".

En la misma forma fueron trasladados al castellano los numerosos diminutivos del nahua. A nosotros no nos basta con decir que una cosa es chiquita. Decimos chiquitía, chiquirristía, chiquitistitiya, chiquitistitiyita. Es por esta herencia nahua que le agregamos diminutivos a todo. Decimos arribita, abajito, detrasito, a la vueltecita, más despacito, al ratito, ahorita, enseguidita, y pedimos frijolitos, tortillitas, cafecito. Hasta a Dios le decimos Diosito Santo. En México se usa el adjetivo chico para indicar que algo es grande: "se llevó chico porrazo, me diste chico susto, me siguió chico animal".

Se registran también en nuestra manera de hablar numerosos cambios semánticos. Algunos fueron realizados por los españoles, al no comprender los vocablos usados por los nahuas. Tal es el caso de la palabra cuilio. En nahuatl, cuilía es "robar". Probablemente, los indígenas se dirigían al gendarme, al individuo que capturaba a los ladrones, para quejarse: nimitscuilía "me han robado"; cuilio, "el ladrón". Los españoles creyeron que era el nombre nahua de policía y le dijeron cuilio al gendarme. Cambios semánticos, introducidos seguramente por los nahuas, son la sustitución de "prisa" por "precisión" y de "vergüenza" por "pena".

Esta permanencia de las construcciones sintácticas introducidas por los nahuas en el español nos está indicando la supervivencia de sus procesos de pensamiento. Hay en nosotros un alto porcentaje de pensamiento mágico, heredado de nuestros ancestros indígenas, que determina no sólo esta forma de hablar, sino también nuestra manera de ser, nuestra conducta social, nuestra actuación política.

Podemos descubrir también algunas influencias mayas, sufridas seguramente por los nahuas en la época precolombina y transmitidas por ellos a nosotros. Cucho, curcucho, llevar a cucuche, vienen del maya cuch, "espalda". El estudio de algunos modismos propios de la zona de Ahuachapán, Atiquizaya y Chalchuapa, nos haría descubrir seguramente algunas supervivencias pocomames. En el oriente de nuestro país encontraríamos sin duda influencias chibchas, llegadas hasta nosotros a través de la extinta cultura lenca.

A lo largo de cuatrocientos años de colonia y casi ciento cincuenta de vida independiente, nuestra manera de hablar ha evolucionado indudablemente, por otras influencias y, más que nada, gracias al genio creador del pueblo, que ha sido siempre y en todas partes el gran modificador de las lenguas.

El francés nos aportó algunos vocablos que han tomado carta de naturaleza en el habla popular, como "carcacha", usado para designar especialmente un automóvil viejo, y que indudablemente viene del francés carcasse, esqueleto. Desde hace algunos años, el inglés nos ha proporcionado un amplio vocabulario. Con la llegada del ferrocarril y del automóvil se introdujeron breque, brequero, guaype, cloch, chasis, start, batería, silvín, aspirómetro, parqueo, parquear, chainear. Los deportes nos trajeron otra serie de vocablos, que nuestro pueblo usa, no sólo en las competencias deportivas, sino en otras actividades, como tacalear, shutear, driblar, batear, ausay. Algún inglés del ferrocarril nos dejó el "guachimán", tan generalizado para designar al servicio doméstico. Pocas amas de casa sabrían lo que deseamos si les pedimos guisantes, pero cualquier cocinera nos servirá al momento un plato de petipúa, nos preparará un suflé, un budín o nos horneará unos queiques.

El pueblo inventa a diario palabras nuevas, da a otras un contenido distinto,

introduce giros inusitados y va moldeando la lengua, asimilando extranjerismos y adaptándolos ingeniosamente a sus necesidades expresivas. En Santa Ana nació hace unos treinta y tantos años el vocablo "peperecha", de origen absolutamente desconocido, para designar a las prostitutas de más baja categoría. Más o menos por la misma época surgió el "hablar carburo" para indicar que se están diciendo tonterías, sustantivo que hemos convertido en el verbo "carburear". Igual origen tienen despedidas como "hay nos vidrios" o "nos estamos televisando", así como el "ya sabe" con que respondemos a quien nos da las gracias.

Varias palabras comodines facilitan las comunicaciones. Algunas son tomadas del idioma vernáculo, como "chunche", que nos sirve para designar cualquier objeto. Este vocablo viene del nahua *tsultic*, que quiere decir "cosa usada". La palabra comodín con mayor número de acepciones es probablemente "volado", que sirve para todo. Cualquier objeto es un volado. Hacer un volado es hacer un favor. Ir a un volado es dirigirse a una diligencia. "Está feo el volado" significa que la situación no es muy buena. "Tengo un mi voladito" quiere decir que andamos enamorando a una muchacha. "Me salió mal el volado" decimos para indicar que un negocio no resultó. Y hasta lo deformamos en "volancheje" y "voleviú". Lo mismo sucede con la palabra "vaya".

La enseñanza de la gramática tradicional sigue causando un gran daño en el conocimiento de la lengua. No fue sino hasta en las últimas décadas que los lingüistas desarrollaron métodos científicos para el estudio de los idiomas, no como paradigmas, no como ejemplo de cómo se debe hablar, sino como lo que son, en cada momento de su existencia y a lo largo de su evolución.

En nuestras escuelas, desgraciadamente, seguimos apegados al sistema escolástico, enseñando a los niños una gramática que no corresponde al idioma que hablan, obligándolos a aprender de memoria conjugaciones que jamás usarán.

Va siendo tiempo ya de que las doctas Academias de los países iberoamericanos dejen de ser instrumentos de un coloniaje idiomático para convertirse en centros de investigación de la dialectología española del Continente. Va siendo tiempo ya de que nuestra escuela se ocupe de explicar por qué hablamos como hablamos, en vez de forcejear, inútilmente, por hacernos hablar como ya no se habla ni en la propia España.

San Salvador, agosto de 1968.

[El anterior estudio fue el discurso de incorporación del Académico Dr. Pedro Geoffroy Rivas en el Ateneo de El Salvador en 1967, y publicado en la *Revista Ateneo* en 1968.

Después, tal estudio constituyó la primera parte del opúsculo que, bajo el mismo título, publicó el Instituto Salvadoreño del Seguro Social en 1969.

Una segunda edición, igualmente en opúsculo, hizo la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación en 1975.]

Fallecimiento del académico Dr. Romeo Fortín Magaña

A principios de 1965, la Academia hubo de lamentar el fallecimiento, en esta capital, de su vicedirector, el Dr. Romeo Fortín Magaña, ex-rector de la Universidad Autónoma de El Salvador. Abogado de relevantes méritos por su hondo conocimiento del derecho civil y demás disciplinas jurídicas, escritor de bien cortada pluma, amante del giro castizo y del vocablo de buena ley, patriota ferviente y demócrata sincero, muy buen conocedor de las corrientes políticas, económicas y sociales contemporáneas, el Dr. Fortín Magaña supo, en todo tiempo, aportar, cuando se le pidió, su consejo oportuno y su palabra serena y suasoria, tanto en el terreno político, como en el cultural. Tuvo en sus manos la cartera de Hacienda, en cuyo ministerio se desenvolvió con celo y rectitud. Al lado de los doctores Miguel Tomás Molina y Carlos Meléndez Castro, tuvo decidida actuación en la Reforma Bancaria, a principios de la Administración del general Martínez. Como rector de nuestra Universidad Autónoma dio muestras evidentes de su calidad humanística auténtica, y de su firme voluntad de servicio en favor de los elevados intereses universitarios. Su inagotable bondad no le impidió desplegar, llegada la ocasión, diamantina energía de carácter. Sabía que, en un medio difícil como el nuestro, de múltiples asechanzas para el varón probo, había que apelar, no pocas veces, a ese carácter templado en el foro, en la política y en la diaria experiencia profesional. No obstante sus delicadas responsabilidades como abogado, no descuidó sus actividades agrícolas. Intelectual nato, académico ejemplar, no olvidó a sus clásicos y se mantuvo siempre al día en sus selectas lecturas, dedicando horas fecundas al estudio de nuestra lengua y a la meditación filosófica. Hizo un verdadero culto de la vida familiar. Habiendo tenido la dicha de que su

madre, la distinguida señora doña Victoria Magaña viuda de Fortín, alcanzara una edad avanzada, se mostró siempre con ella hijo amantísimo, rindiendo así el mejor homenaje a la memoria de su digno padre el Dr. Miguel Ángel Fortín, diplomático hondureño de carrera en nuestro país. Casado con su pariente doña Angélica Magaña, distinguido elemento de la sociedad de Ahuachapán, de donde él también era oriundo, formó un hogar modelo de virtudes del que son fiel trasunto sus hijos José, Miguel, René, y Marigel.

Dr. Romeo Fortín Magaña nació en la ciudad de Ahuachapán el 3 de septiembre de 1894. Publicó: "La Democracia", tesis, 1919; "El socialismo americano", conferencia, 1934; "Morazán, idealista y legislador".

El año de Gavidia. 1965

La más importante iniciativa de la Academia Salvadoreña de la Lengua durante el año que estamos reseñando, fue seguramente declarar el de 1965 el "Año de Gavidia" por cumplirse en él el centenario del nacimiento de nuestro humanista, quien fue Director por muchos años de esta Corporación.

Se acordó hacer la segunda edición del primer libro de poesías publicado por el maestro, el año de 1884, con el título de *Versos* y que se hizo en la Imprenta Nacional.

Para conocer la obra de Gavidia es indispensable referirse a *Versos*, ya que en ellos apuntan varios de los temas y motivaciones que llevaría a completo desarrollo en obras posteriores. Además, es interesante *Versos* cuando se le coteja con la producción lírica de Rubén Darío, por aquellas mismas fechas en que el vate nicaragüense vivía en San Salvador y compartía con Gavidia proyectos e ideales. Ambos poetas participaron en más de un certamen literario, discutieron autores y obras, y, lo que es más interesante aún, trataron los mismos temas, por ejemplo, el "Canto a Bolívar".

El punto de arranque suele ser el mismo en los dos; de ahí, para el crítico literario y para el historiador, la importancia de una nueva edición de *Versos* que, para los múltiples admiradores de Francisco Antonio Gavidia, será uno de los más significativos homenajes que se le rindan con motivo de su año.

En otra sesión posterior, se comisionó al académico Dr. Romeo Fortín Magaña para que obtuviera del señor Rector de la Universidad la autorización, a la Academia Salvadoreña de la Lengua, para que, a su debido tiempo, proceda a levantar un busto de don Francisco Gavidia en algún lugar de la ciudad universitaria. La erección de ese busto fue uno de los actos que se proyectó celebrar durante el año de 1965.

Se acordó también solicitar al Ministerio de Educación un local en el Museo Nacional "David J. Guzmán" para establecer el Museo Gavidia.

Otras disposiciones más en torno al "Año de Gavidia" fueron surgiendo en sesiones ulteriores, como la de que durante 1965, en todos los escritos de la Academia se especifique, después de la fecha, "Año de Gavidia".

Se acordó proponer, al Ministerio expresado, al Dr. Hugo Lindo como miembro de la comisión que ha de preparar el material para la edición de las obras de Gavidia; dirigir una excitativa a los señores Rodolfo Barón Castro, Raúl Contreras y Antonio Salazar para que, si lo juzgan oportuno, como un número en la celebración del Año de Gavidia, pronuncien una conferencia en el lugar de su domicilio, divulgando la múltiple labor de nuestro ilustre polígrafo, en una fecha que sería, de preferencia, la del propio centenario, y envíen a esta Academia, grabadas en cinta magnetofónica, las conferencias que han aceptado dictar durante la celebración del Año de Gavidia.

Se acordó, así mismo, que todos los actos que se han de celebrar durante el "Año de Gavidia" se inicien con la ejecución del "Himno a Gavidia", original del maestro Ion Cubicec y letra del Dr. Hugo Lindo, y contratar con la Casa Kismet, de esta plaza, su grabación en discos. Además, solicitar al Ministerio de Educación una o dos mecanografistas para que copien las obras de Gavidia.

Al mismo tiempo, se dispuso que el académico de número Sr. Luis Gallegos Valdés dicte una conferencia sobre Gavidia el día 16 de junio de 1965, bajo los auspicios de la Academia y de la ODECA; y solicitar la colaboración de la escritora y maestra Eva Alcaine de Palomo, encargándole una charla sobre aspectos anecdóticos del maestro Gavidia. Pedir al Ministerio del Interior que se haga efectivo el proyecto de emitir una serie de sellos postales en conmemoración del "Año de Gavidia", y designar a la poetisa Claudia Lars para la primera imposición de la medalla al mérito intelectual "Francisco Gavidia", designación que se confirmará al estar elaborado el reglamento correspondiente.

El arquitecto Enrique Salaverría terminó, por encargo de la Academia de la Lengua, el busto de Gavidia, para el cual se dispuso también encomendarle otro proyecto de pedestal, a ser posible, con un costo menor que el anteriormente presentado. Dicho busto fue expuesto en los salones de uno de los pisos del Banco Central de Reserva con motivo de los diversos actos que esta institución celebró con motivo del "Año de Gavidia", uno de los cuales fue, por cierto, la inauguración de la exposición de cuadros de artistas nacionales, amén del ciclo de conferencias, en el que participaron los académicos Dr. Hugo Lindo y el Sr. Luis Gallegos Valdés, el primero con un trabajo sobre la personalidad de Gavidia como humanista, y el segundo con otro sobre "El teatro en función cultural".

Otra disposición más de la Academia, fue dar a su biblioteca el nombre de "Francisco Gavidia", como también señalar el 8 de septiembre la ejecución en el Cine Darío de la Cantata del maestro Ion Cubicec en honor de Gavidia y que lleva también letra del académico Dr. Lindo, fecha que hubo de transferirse al 16 o 17 de diciembre, con la participación de la Orquesta Sinfónica.

Finalmente, en vista de que el académico Gallegos Valdés fue designado por el Ministerio de Educación para llevar la palabra en el homenaje a Gavidia, hecho por ese Ministerio el 20 de diciembre de 1985, se le confirmó en la misión que se le diera de pronunciar un discurso con motivo del descubrimiento del busto que esta Academia dedica a la memoria del maestro Gavidia.

Así, pues, la Academia Salvadoreña de la Lengua, mediante su feliz iniciativa, consiguió que el "Año de Gavidia" fuera celebrado dignamente en toda la República con diversos actos, sobre los cuales hemos consignado los principales, sin olvidar las intervenciones que, por YSS Radiodifusora Nacional de El Salvador, tuvieron los académicos Lindo y Gallegos Valdés leyendo sendos trabajos sobre la personalidad humanística y literaria de Gavidia.

El Certamen Nacional de Cultura, 1965, en la rama de ensayo, consagrada a premiar una obra sobre Gavidia, tuvo el mejor de los éxitos. Efectivamente, el jurado calificador otorgó el primer premio compartido, consistente en medalla de oro, diploma y ocho mil colones, a las obras *Francisco Gavidia, el amigo de Darío* del Dr. José Salvador Guandique, distinguido escritor salvadoreño, y *Francisco Gavidia. La Odisea de su genio* de Roberto Armijo y José Napoleón Rodríguez Ruiz, jóvenes escritores salvadoreños; el segundo premio, consistente en medalla de plata, diploma y cuatro mil colones, se discernió a otro interesante trabajo.

Obras de Bertis y de Bernal

En sesión celebrada el 26 de mayo de 1965, la Academia Salvadoreña de la Lengua acordó proponer al Ministerio de Educación la publicación de las obras de los sacerdotes Juan Bertis y Juan José Bernal. El primero, latinista notable, fue profesor de literatura en la Universidad Nacional a fines del siglo pasado y publicó comentarios a Cicerón y otros escritos sobre temas científicos y literarios. Su prosa se distingue por su sobria elegancia y equilibrio. El P. Bernal buscó inspiración en la poesía sacra. De Bertis tenemos *Ciencia y literatura*, publicado por la Universidad Nacional en 1941, que reproduce una edición anterior, y de Bernal, *Recuerdos de Tierra Santa y Los Evangelios*.

Tras larga y penosa enfermedad, falleció en esta capital, el día 5 de abril del presente año, nuestro ilustre director el Dr. Enrique Córdova, rodeado del cariño y cuidados de su esposa, hijos y nietos. El Dr. Córdova asumió el cargo de Director de la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Real Española, a la muerte de don Francisco Gavidia ocurrida el 24 de septiembre de 1955. Un año antes, al morir el Dr. Manuel Castro Ramirez, padre, vicedirector, fue electo por unanimidad el Dr. Córdova para sustituirlo, en sesión celebrada el diez de marzo de 1964 en el Decanato de la Facultad de Humanidades de El Salvador.

El Dr. Enrique Córdova nació en la ciudad de Usulután, departamento del mismo nombre, el 2 de marzo de 1881. Hizo sus estudios de secundaria en el colegio de don Daniel Hernández, en la ciudad de Santa Tecla. Pasó luego a la Universidad Nacional, donde se doctoró en 1905. En 1906, aceptó su primer puesto político como subsecretario de Relaciones Exteriores en el gabinete de don Pedro José Escalón, cargo que desempeñó hasta 1907 cuando el doctor y general Alonso Barahona, a quien el Dr. Córdova consideraba como su guía espiritual, sufrió un revés político del que fueron víctimas, asimismo, los doctores Alonso Reyes Guerra y José Simón Pacheco y el político millonario, que ayudó siempre a no pocos revolucionarios, don Manuel Ruperto Trigueros. Eso ocurrió en 1906, en diciembre, cuando el Sr. Escalón apoyó la candidatura del general Fernando Figueroa, revés que sufrieron también los doctores Ricardo Adán Funes, gran centroamericanista y Francisco Monterrey, historiador, quienes, no obstante su edad avanzada, viven todavía; el último es sobrino nieto del primer rector de la Universidad de El Salvador, el presbítero Narciso Monterrey, de origen nicaragüense. El general Barahona había fundado, en 1899, el Partido Constitucional, de tendencia liberal y nacionalista, al final de la administración del general Tomás Regalado y con miras de participar en la política del país, conteniendo con don Pedro José Escalón en las elecciones de 1902. Dicho partido surgió como protesta por la traición que ocasionó la muerte del general Francisco Menéndez, en 1890; contribuyó grandemente al nacimiento de la República Mayor de Centro América en 1898, y existió hasta la muerte del distinguido ciudadano Dr. Miguel Tomás Molina, quien fue su último candidato presidencial.

En la administración del Dr. Manuel Enrique Araujo, el Dr. Córdova fue representante diplomático de El Salvador en México, después de haber militado brillantemente, al lado del Dr. Enrique Borja, en la campaña política del Dr. José Madriz, en Nicaragua, a la caída del general José Santos Zelaya, que depositó en Madriz.

En 1915, llegó a Ministro de Guerra en la administración de don Carlos Meléndez, sustituyendo al fallecido general Barahona y entrando de lleno en la política nacional a la muerte de este, quien era conocido como “el Caudillo salvadoreño”.

En 1916, el Dr. Córdova se casó con la señorita Lucila Lemus, hija del Dr. Cornelio Lemus, distinguido abogado santaneco, hoy viuda de Córdova, con la que tuvo a sus hijos José Enrique, Ana Lucila, Vicente Alfredo, Carmen y Edgardo.

Al terminar el período presidencial de don Carlos Meléndez, continuado a su muerte en 1918 por el Dr. Alfonso Quiñónez Molina, el Dr. Córdova se retiró a la vida privada y profesional habiendo logrado jugar un brillante papel de equilibrio político entre las fuerzas partidaristas del Dr. Tomás García Palomo, candidato derrotado, y don Jorge Meléndez, nuevo presidente de la República para el período 1919-1923. Figuró en la oposición durante las administraciones de Quiñónez y Meléndez y nuevamente Quiñónez, de 1919 a 1927.

Durante la administración del Dr. Pío Romero Bosque, a partir de 1927, fue rector de la Universidad Nacional, y en su período como tal dejó sentadas las bases de la actual Universidad Autónoma de El Salvador. En el campo intelectual sobresalió en ese tiempo con un valioso trabajo jurídico, “El Estado de Necesidad” publicado y comentado en prestigiosas revistas jurídicas españolas.

En 1928, se puso al frente del comité pro-reconstrucción del *Diario Latino*, de don Miguel Pinto, destruido por un voraz incendio en noviembre de dicho año, y del que fue su tesorero, logrando levantar una fuerte suma mediante la contribución popular, lo cual permitió al *Diario Latino* iniciar una nueva vida e instalarse en su antiguo lugar pero ya en un edificio de dos pisos, de cemento armado y con maquinaria moderna.

En 1929, a raíz de la designación del Dr. Córdova como candidato de la llamada Entente Política, formada por él mismo, por el Dr. Francisco Dueñas y por el ingeniero Arturo Araujo, fundó el partido “Evolución Nacional”, con el Dr. Leonidas Ávila como presidente y el Dr. Héctor David Castro como secretario. Gracias a aquella Entente logró Córdova romper el oficialismo, en tanto que el ingeniero Araujo se separaba de la misma presentándose como candidato presidencial. El Dr. Córdova aglutinó en torno suyo, como candidato presidencial, a la intelectualidad del país, destacándose al mismo tiempo como la figura prominente de la política no partidarista en la campaña presidencial de 1930-1931.

Cuando el movimiento comunista de enero de 1932, estando otra vez al frente de la Universidad Autónoma, le tocó intervenir ante el presidente de la Nación, general Maximiliano Hernández Martínez, a favor de los estudiantes de Derecho Luna y Zapata, de quienes alegó su extrema juventud como causante de que se

vieran envueltos en aquella trágica aventura al lado del líder comunista Agustín Farabundo Martí.

En 1935, llegó al Banco Central de Reserva de El Salvador como abogado consultor, ya que desde años anteriores desempeñaba el mismo cargo en el extinto Banco Agrícola Comercial, que fue convertido en banco emisor nacional. Desde allí intervino en las finanzas del país en forma directa hasta que, por su edad reglamentaria, dejó ese alto cargo. En el retiro de su casa se dedicó entonces a escribir con más asiduidad.

Sin duda la obra más importante que deja el Dr. Córdova son sus *Estudios Penales* (San Salvador, 1940), contribución de gran alcance científico y pedagógico, fruto de sus lecciones como catedrático de Código Penal en la Universidad Autónoma de El Salvador.

Principié este trabajo, nos dice él mismo, en el año de 1923, por tener a mi cargo en aquel tiempo la Cátedra de Código Penal en nuestra querida Universidad. Poco a poco fui ampliando las lecciones que preparaba para mis alumnos, sin tener todavía la intención de darlas a la publicidad. Pero años después, retirado de la Universidad y todavía con poco trabajo profesional, quise entretenerme con algo honesto y útil, y me puse a revisar lo que escrito tenía con bastante desorden.

En 1961, publica una novela, *Ricardillo*, de intención satírica y carácter costumbrista, con elementos autobiográficos y en prosa amena y sencilla. También aprovechó esos años para escribir sus memorias, aún inéditas, y continuó escribiendo sobre temas políticos, históricos y de actualidad.

En 1961, la Unión de Partidos Democráticos lo postuló como candidato a la presidencia de la República para cuando se reuniera la Asamblea Constituyente de 1962, candidatura que, por razones políticas, recayó en el Dr. Rodolfo Cerdón Cea, y es significativo que la primera adhesión que recibió el Dr. Córdova fue la del Dr. Alberto Gómez Zárate, adversario suyo en la campaña presidencial 1930-1931.

Fue además Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

Nuevo director y subdirector de la Academia

Por mayoría de votos fue electo director de la Academia Salvadoreña el Dr. Hugo Lindo, en sesión celebrada el 10 de junio, para llenar la vacante dejada por el Dr. Enrique Córdova a su fallecimiento. Desde hacía algún tiempo el Dr. Lindo había desempeñado el cargo de vicedirector en sustitución del Dr. Romeo Fortín

Magaña, anteriormente fallecido. En la misma sesión fue elegido el Dr. Alfredo Martínez Moreno como subdirector.

El Dr. Hugo Lindo nació en 1917 en el puerto de La Unión. Poeta, cuentista, novelista; doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador; ex-embajador de El Salvador en Chile y Colombia y exministro de Educación; académico de número de la Academia Salvadoreña de la Lengua desde febrero de 1952 y correspondiente de la chilena y de la colombiana.

Entre sus obras hemos de recordar *Trece instantes* (Edición Cuadernos Julio Herrera y Reissig, Montevideo, 1959); *Antología* (Edit. Ministerio de Educación, 1961); *Navegante Río* (ibídem, 1963), poesía; *Antología del cuento moderno centroamericano*, en dos tomos (Edit. Universitaria, San Salvador, 1949-50); *Guaro y Champaña*, cuentos (2ª edic. Depto. Edit. del Ministerio de Cultura, ibíd, 1955) y *Aquí se cuentan cuentos*, relatos (Bogotá, 1959). Y sus novelas: *El Anzuelo de Dios* (Edit. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1956), *¡Justicia señor Gobernador!* (Depto. Edit. Ministerio de Cultura, ibíd, 1960) y *Cada día tiene su afán*, premio "República de El Salvador" en el certamen de Cultura, 1963. Obras jurídicas: *El divorcio en El Salvador* (tesis doctoral, y medallatura de oro, Edit. Universitaria, San Salvador, 1ª edic., 1948, 2ª edic., 1959) y "Movimiento unionista centroamericano", conferencia (Edit. Universitaria, Santiago, 1958).

Homenaje a la memoria del Dr. Córdova

Por circunstancias imprevistas, el homenaje que la Academia iba a tributar a la memoria de su esclarecido director Dr. Enrique Córdova el día 15 de julio, fue transferido al lunes 25 de ese mes. El homenaje tuvo lugar en el Teatro de Cámara Municipal, recientemente inaugurado, con asistencia de miembros del gabinete de Gobierno, personalidades del honorable cuerpo diplomático y distinguido público en general. La viuda y los hijos del extinto académico estuvieron presentes, y, al final, recibieron nuevamente los sentimientos de condolencia de la mayoría de los presentes.

Dicho homenaje consistió en la lectura de un elogio hecho por nuestro Director, Dr. Hugo Lindo, y la develación de un retrato al óleo del Dr. Córdova, pintado por Valero Lecha, artista español.

Otro retrato al óleo, éste del Maestro Gavidia, se le encargó asimismo a dicho artista.

Posteriormente, la Academia acordó rendir cumplidos agradecimientos al Sr. Alcalde Municipal de San Salvador, ingeniero José Napoleón Duarte, a la directiva

de la Sociedad Coral Salvadoreña y al señor Ion Cubicec por su valiosísima colaboración en el acto público de homenaje académico a la memoria del Dr. Córdova.

Colocación del busto de Gavidia

En esa misma sesión, el director Dr. Lindo informó haberse puesto de acuerdo con el Alcalde para que el Departamento de Ingeniería Municipal, por cuenta de la Academia, se haga cargo de la construcción del pedestal y colocación del busto del maestro Gavidia en el lugar designado para ello.

Enrique Córdova

DISCURSO DEL DR. HUGO LINDO,
Director de la Academia Salvadoreña de la Lengua.

Honorables miembros de la familia del extinto Dr. Enrique Córdova, excelentísimos señores ministros de Educación de los países centroamericanos, excelentísimo señor Secretario General de la ODECA, excelentísimos señores embajadores, altos funcionarios de Gobierno, señoras, caballeros:

La amabilidad de mis colegas de Corporación, que tan generosamente me honraron al designarme director de la Academia Salvadoreña de la Lengua, me brinda la ocasión, entre dolorosa y gozosa, de referirme hoy someramente a una de las figuras más claras de la inteligencia centroamericana de los últimos tiempos; a una de las figuras más verticales del valor moral y cívico; a una de las figuras de más relieve en el difícil ejercicio de las leyes y las letras.

Y digo que la ocasión se presenta "entre dolorosa y gozosa", porque el sillón del Director de la Academia Salvadoreña de la Lengua que prestigiara con su presencia el ilustre desaparecido, ha encontrado ya quien lo ocupe; pero no encontrará quien sustituya al Dr. Córdova. Estas palabras tienen necesariamente que reflejar el pesar que nos causa su ausencia; pero también tienen que decir del júbilo con que enarbolamos la enseña de su nombre y de su ejemplo, en un acto que, como esta sesión solemne de la corporación que hasta hace pocos días dirigía su mano experta, viene a ser un hondo testimonio de devoción y de justicia, de reconocimiento y admiración.

No hemos de ser nosotros quienes, en los breves minutos que dedicamos a este discursillo, tracemos siquiera los momentos culminantes de la biografía de tan eminente varón.

Lo vimos siempre, no con el "temor reverencial" de que habla don Andrés Bello en el *Código Civil*, sino con el amor reverencial que imponían su estampa hidalga, la serenidad de su voz, la elegancia nata de sus gestos.

Cuentas de abundancia y riqueza debió de rendir el doctor Córdova cuando franqueó las puertas de la Eternidad. Porque su corazón era el de un generoso humanista, y su cerebro, nutrido de todas las disciplinas jurídicas, siempre tuvo un reducto para la investigación de otras ciencias, la curiosidad ecuménica, la apreciación y el deslumbramiento de la belleza.

Le tocó vivir y actuar en momentos de gran agitación política, durante una época de instituciones incipientes, y de medios que ahora nos asombran por su impulso excesivo y su rudeza innecesaria. Ni la pasión de la lucha partidista, ni los impulsos de natural ambición que suelen cegar incluso a corazones bien puestos, lograron torcer su línea de conducta, apegada no sólo a la ley humana, sino a los principios superiores de la dignidad y el decoro.

Como ministro de la Guerra, siendo él civil, logró cumplir con conocimiento y trabajo las complejas funciones que le fueron encomendadas y, en su desempeño, pudo conquistarse el respeto y afecto de las Fuerzas Armadas.

En su calidad de profesor universitario, fue de los primeros en El Salvador en reunir para sus alumnos, el notable acervo de sus experiencias y conocimientos en una obra: *Derecho penal salvadoreño*, ejemplar por la solidez de la estructura y la claridad y concisión del estilo.

Conocidos son algunos gestos de noble independencia asumidos por el Dr. Córdova en instantes en que resultaba un acto heroico el simple hecho de no acuerdo con las visiones autocráticas. Recientemente, y a raíz del deceso del director, algunos de sus amigos dieron a conocer, por medio de la prensa local, muchas de esas anécdotas que nuestros jóvenes deberían de aprender, como una lección viva de moral ciudadana.

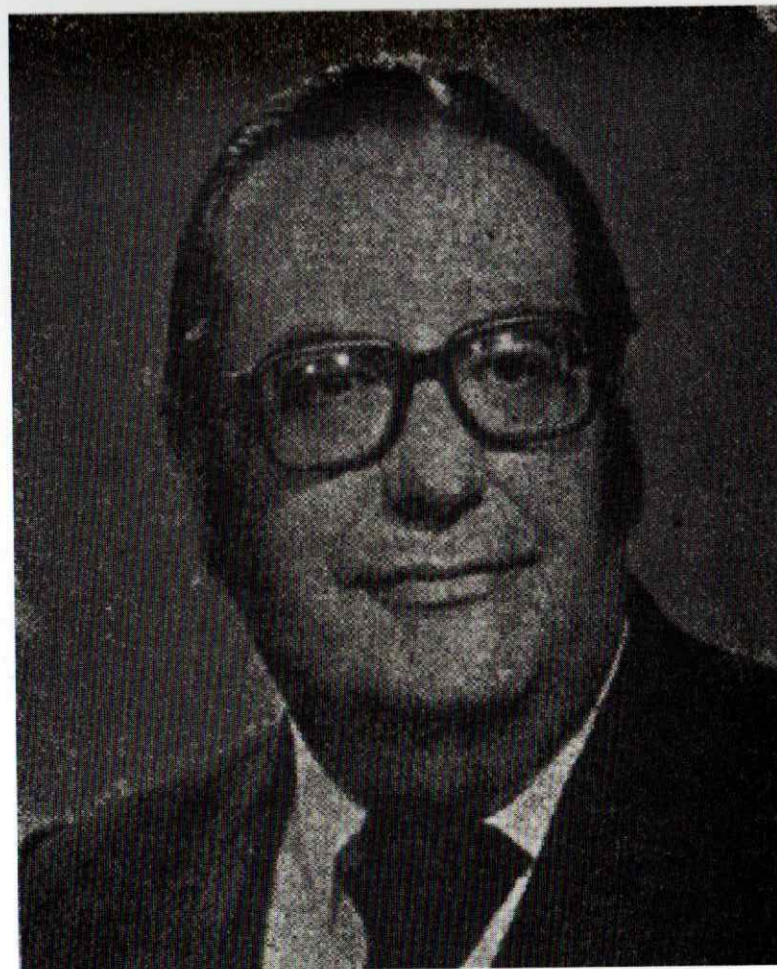
Nuestra Academia supo de su sentido de disciplina y de servicio. A una edad avanzada, en que muchas personas se alejan de toda actividad, él continuaba con las suyas normales, asistiendo a su cargo bancario, cumpliendo con sus deberes sociales y, lo que nosotros no podremos olvidar, dándonos ejemplo de puntualidad en las sesiones de la Corporación, a la cual se esmeró por comunicar su fuego interior, su ímpetu noble y positivo. Más de una vez, pensando en él, vino a mi memoria la imagen del reverendo padre Félix Restrepo, S. J., inmortal director de

la Academia Colombiana de la Lengua. Porque el Dr. Córdova, como el insigne colombiano, amaba y servía a la Academia por encima de achaques de la edad y de los cansancios que inevitablemente nos abrumen, cuando sobre nuestros hombros se acumula el peso de los calendarios.

Hoy descubriremos un hermoso retrato del Dr. Córdova, trazado por la mano sabia del maestro Valero Lecha. Hagamos voto porque su figura, que en lo sucesivo presidirá nuestras sesiones, al lado de la del maestro Gavidia, sea inspiración constante para nuestro sentido de responsabilidad con la Academia, con el idioma, con la literatura, con la Patria.

Concluyo estas palabras, pergeñadas con prisa y sin aliño, entre ajetreos oficiales, agradeciendo de modo singular, la cooperación gentilísima de la Sociedad Coral Salvadoreña, que ha dado prestancia estética con música de Haydn a nuestra sesión solemne, agradeciendo al señor Alcalde Municipal, Ing. Napoleón Duarte, y demás elementos de la corporación edilicia de San Salvador el habernos facilitado este hermoso local, y dando también testimonio de reconocimiento a los excelentísimos señores ministros de Educación de Centroamérica (entre los cuales veo con afecto la presencia de dos académicos de la Lengua, el Dr. Carlos Martínez Durán, de Guatemala, y el Dr. José Sansón Terán, de Nicaragua), así como a otros elementos intelectuales que participan durante estos días en la Cuarta reunión ordinaria del Consejo Cultural y Educativo de la ODECA, su presencia en este acto. Por todos ellos, tengo la certeza de que nuestra sesión solemne, vista desde allá, complace y regocija el espíritu de nuestro amado maestro don Enrique Córdova.

Anexos



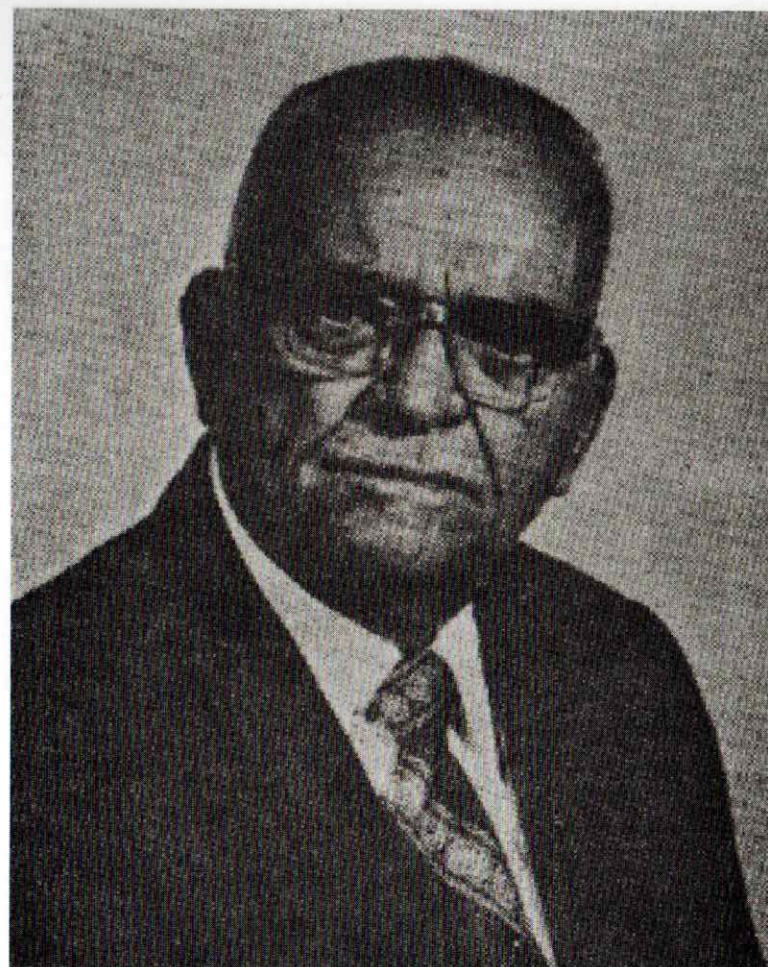
Dr. Alfredo Martínez Moreno
Director de la Academia Salvadoreña de la Lengua.
Escritor, ensayistas, internacionalista.



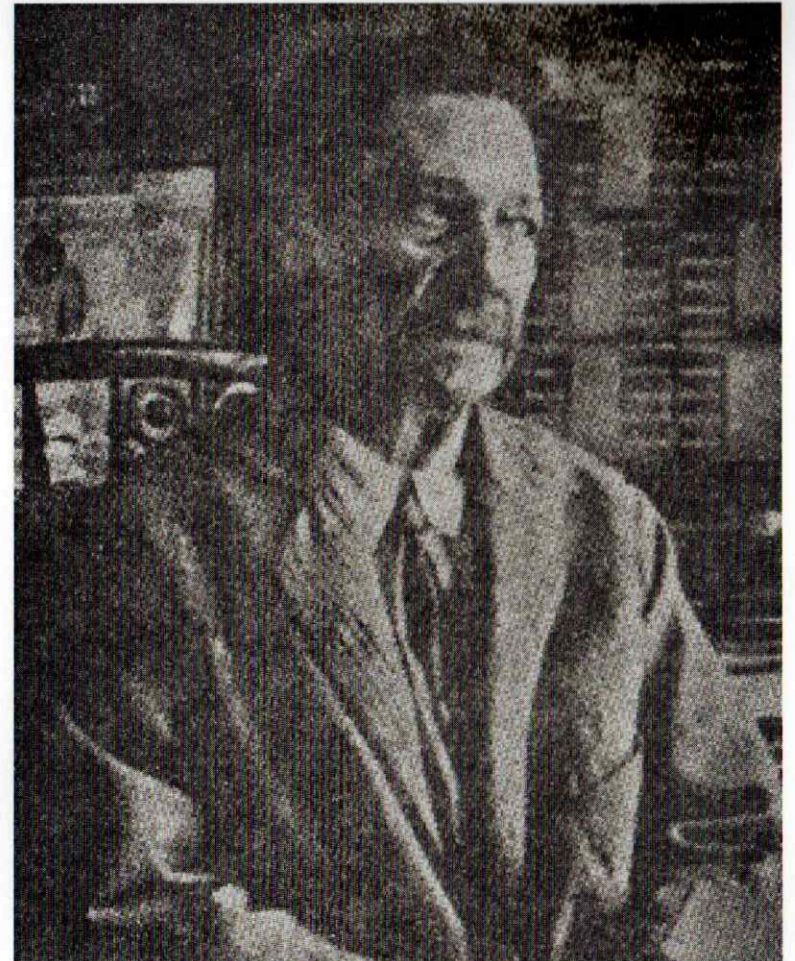


Dr. Roberto Lara Velado
Vice-director de la Academia Salvadoreña de la Lengua.
Ensayista filósofo de la Historia.





Dr. Alberto Rivas Bonilla,
Secretario Perpetuo de la Academia Salvadoreña de la Lengua,
es miembro de número desde 1915.
Como maestro, escritor, poeta, científico, artista y ciudadano es auténtico paradigma
en la cultura nacional. Colegas, instituciones y el gobierno de la República
le han rendido honores que su digna personalidad merece.



Maestro Don Francisco Gavidia,
El más grande humanista salvadoreño. Ex-Director de la Academia.



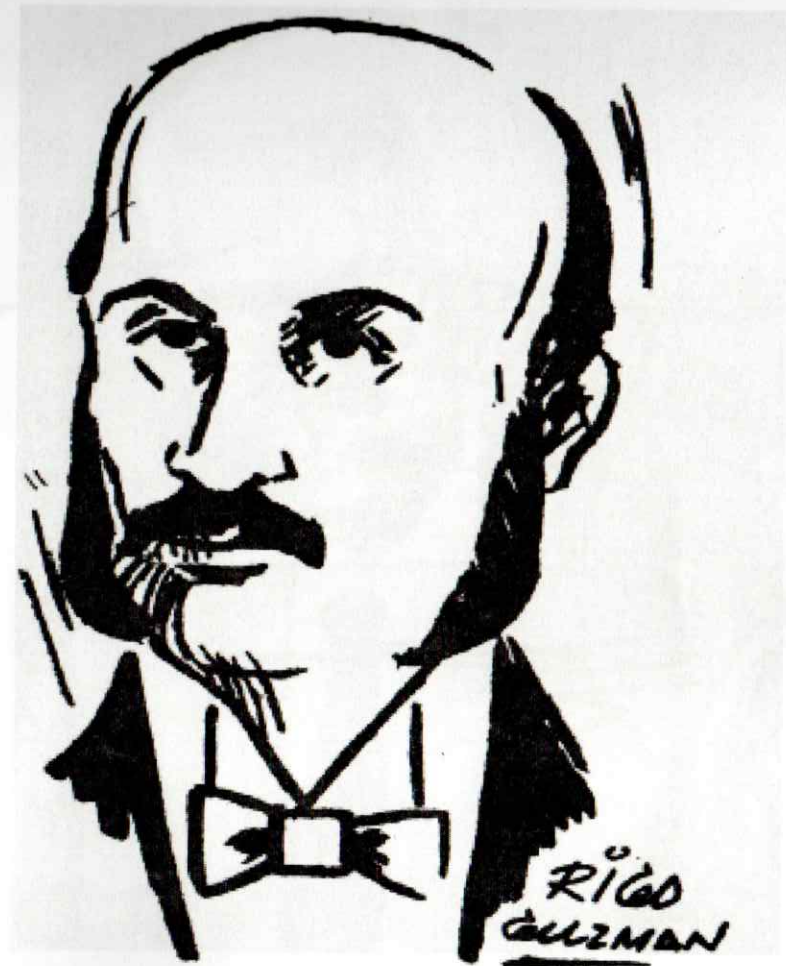


Don Alberto Masferrer,
Maestro y pensador salvadoreño.
(Crayón, por el pintor español Valero Lecha).





General Juan J. Cañas,
Ex-Director de la Academia.
Reorganizó la Academia en 1916.
Autor de la letra del Himno Nacional.



Dr. David J. Guzmán,
Escritor y científico.

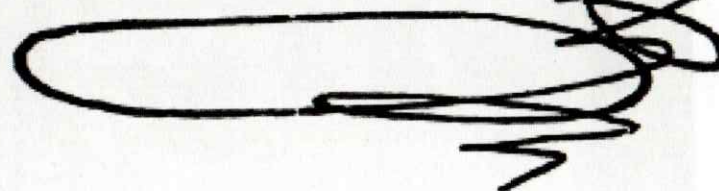


Dr. Enrique Córdova,
(1881-1966)
Notable jurisconsulto y hombre público.
ex-Director de la Academia.



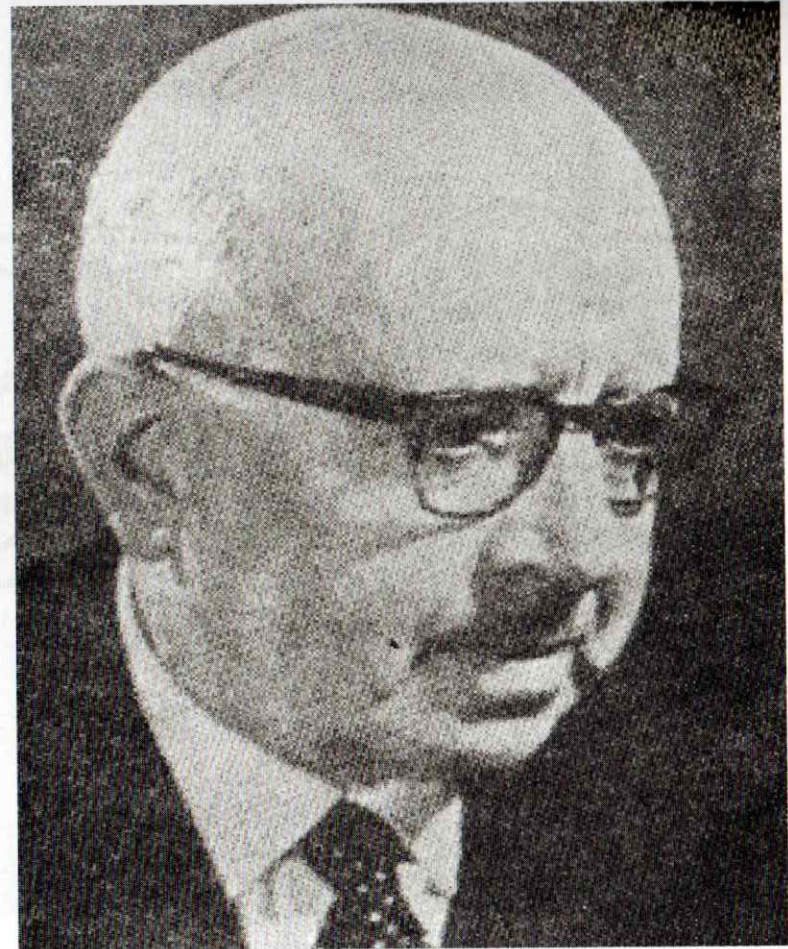


Miguel de Cervantes
Saavedra



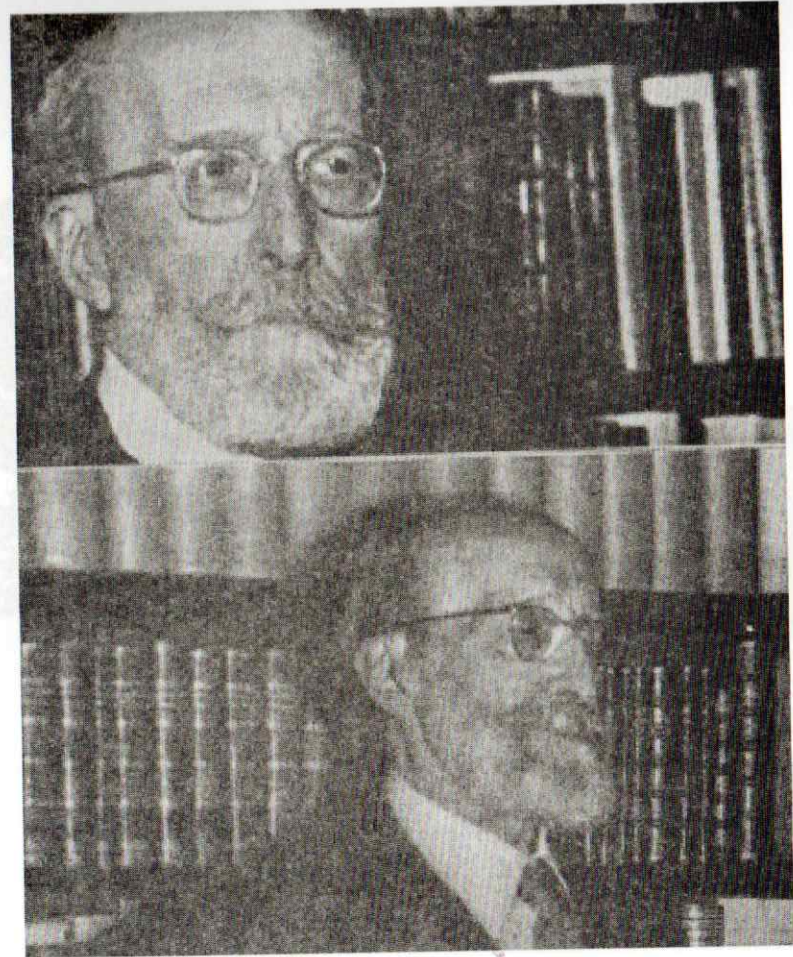
Autógrafo de D. Miguel de Cervantes Saavedra





D. Dámaso Alonso,
Director de la Real Academia Española,
elegido en 1968-1971-1974-1977-1980.



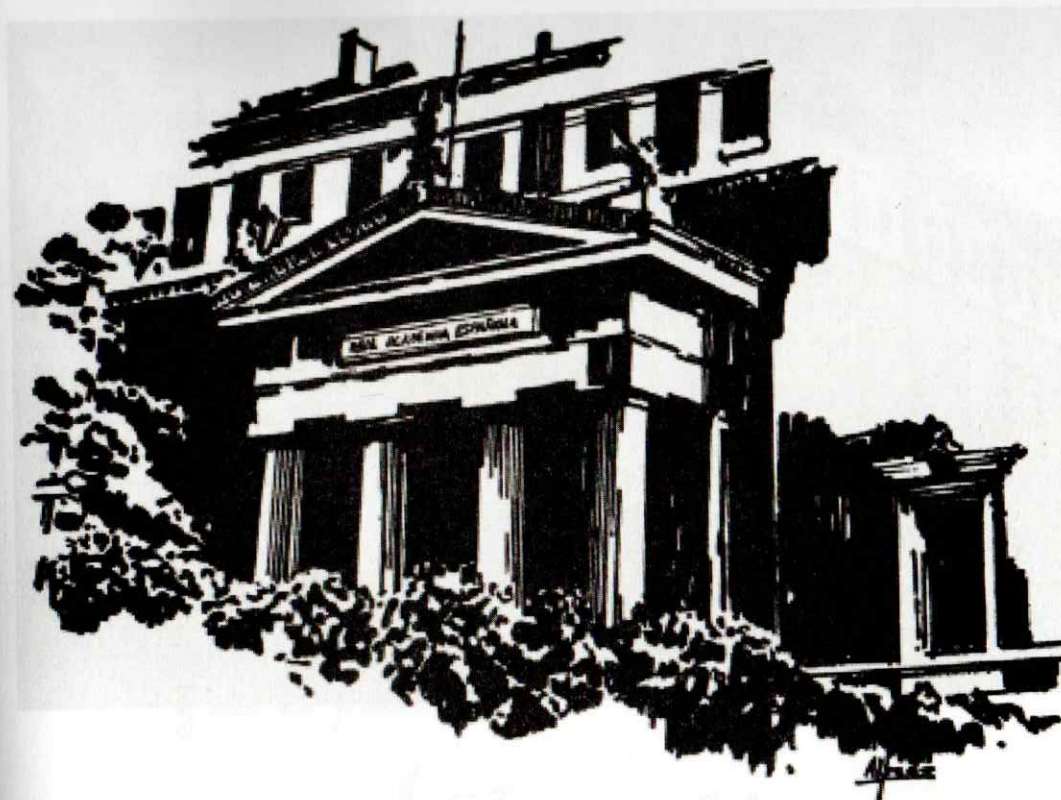


Don Ramón Menéndez Pidal.
El más grande de los filólogos españoles.
Ex-Director de la Real Academia.



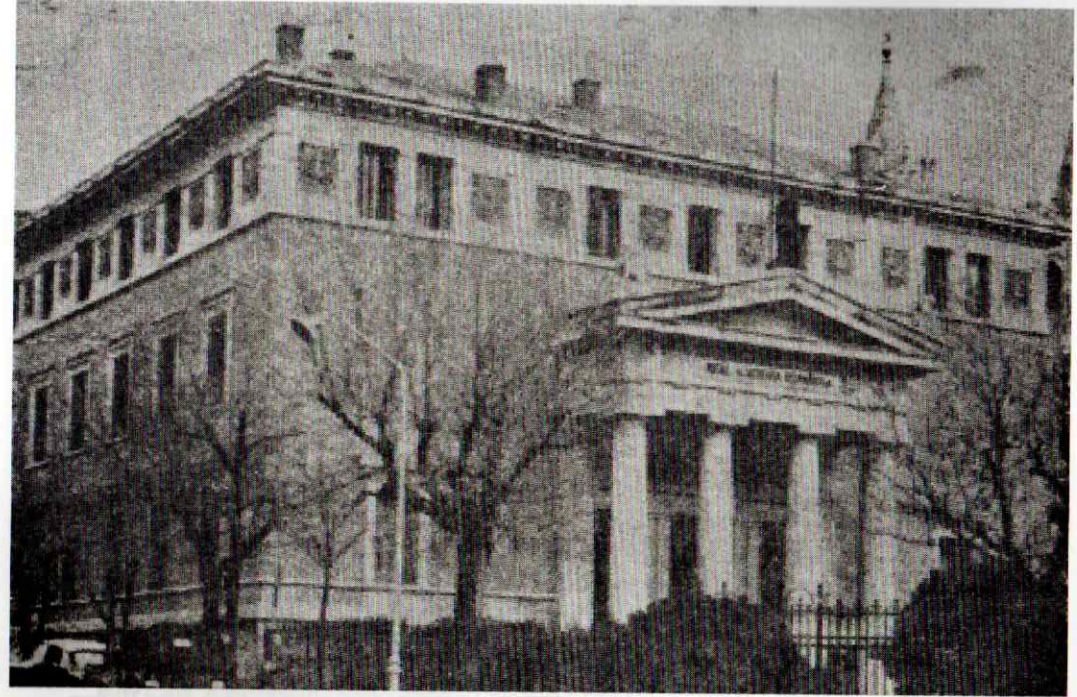


Don Jacinto Benavente,
Genia dramaturgo español, Premio Nobel.



Real Academia Española.





Palacio de la Real Academia Española
(Calle Felipe IV-4-Madrid)





Copla

La copla quedó partida.
No la pude concluir.
Y era la copla mi vida.

(Morir, palabra dormida,
¡cómo te siento latir!)

Bien templado el instrumento
y a medio giro el cantar,
llevóse la copla el viento
(vida, cantar sonoliento!),
y no la pude acabar.

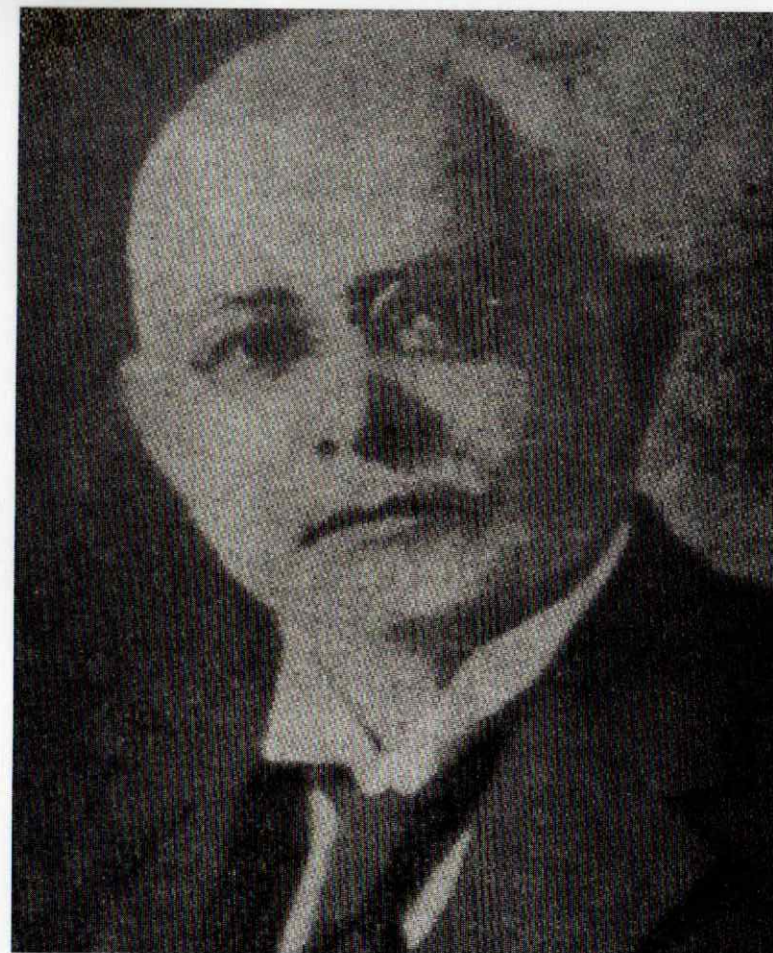
Dámaso Alonso

Dámaso Alonso,
poema del libro *Oscura noticia*.





Dr. Santiago I. Barberena,
Matemático, historiador, literato. Académico de número.



Dr. Víctor Jerez,
Maestro, historiador, jurisconsulto. Académico de Número.





Dr. Darío González,
Ilustre humanista, maestro y naturalista; uno de los
fundadores de la Academia.





Don Francisco Castañeda,
Maestro, literato de renombre. Académico de Número.





Dr. Alfonso Reyes Guerra,
Ilustre maestro y abogado. Académico de Número.





Don Arturo Ambrogi,
Ex-elente narrador y periodista. Académico de Número





Don Juan José Laínez,
Maestro y literatu. Académico de Número.





Don Calixto Velado,
Ilustre letrado y gran poeta. Ex-Director de la Academia.





Dr. Sarbelio Navarrete,
Ilustre humanista; excelente maestro universitario.
Académico de Número.





Dr. Manuel Castro Ramírez
Ilustre jurisconsulto. Internacionalista.
Académico de Número.

Condecoración al Dr. Alfredo Martínez Moreno

Comisión Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores

- Señor viceministro de Integración y Promoción Económica del Ministerio de Relaciones Exteriores, licenciado Carlos Alfredo Castaneda Magaña.
- Señor viceministro de la Defensa Nacional.
- Señor jefe del Estado Mayor Conjunto de la Fuerza Armada y su distinguida esposa.
- Señor subjefe del Estado Mayor Conjunto de la Fuerza Armada y su distinguida esposa.
- Señor ex-ministro de la Defensa Nacional, general de división Jaime Guzmán Morales.
- Señor inspector general de la Fuerza Armada y su distinguida esposa.
- Señor doctor Alfredo Martínez Moreno y su distinguida familia.
- Señor expresidente de la República, doctor Enrique Borgo Bustamante.
- Honorables señores miembros de la Comisión Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Señores jefes de los Estados Mayores Generales de la Fuerza Aérea y Fuerza Naval.
- Señor secretario general del Ministerio de la Defensa Nacional.
- Señoras y señores comandantes, directores y jefes de conjunto de las diferentes unidades militares.
- Invitados especiales.
- Banda de Música Militar.
- Damas y caballeros.

¡Tengan todos muy buenas tardes!

Condecoración al Dr. Alfredo Martínez Moreno

Por el general de división David Munguía Payés,

Ministro de la Defensa Nacional

Este día, vengo ante tan distinguido auditorio a cumplir una de las acciones más importantes de mi vida, como es la de condecorar al ilustre Dr. Alfredo Martínez Moreno, hijo preclaro de la Patria Salvadoreña, cuya vida ha estado marcada por el servicio y la entrega incondicionales a los altos intereses de la Nación.

El Dr. Martínez Moreno es un personaje que brilla en cualquier foro, distinguiéndose como erudito académico y eminente juriconsulto, identificado como internacionalista de renombre mundial, marcado con la misión apostólica de la enseñanza, usando la cátedra para transmitir a las nuevas generaciones la sabiduría de la ética jurídica, del honor personal y de la calidad humana, virtudes inherentes en su distinguida personalidad.

Los miembros de la Fuerza Armada tenemos mucho que agradecer a nuestro homenajeado, quien ha dejado huellas imperecederas de su calidad académica en la Escuela de Comando y Estado Mayor, en donde ha sido catedrático de Derecho Internacional Público y Privado.

De igual manera, hemos tenido el honor de tenerlo en nuestra alma máter, la Escuela Militar "Capitán General Gerardo Barrios", lugar en el cual ha disertado en diferentes ocasiones iluminando nuestro conocimiento con temas tan vitales como "La posición salvadoreña ante la Corte de la Haya", "La defensa de nuestros derechos territoriales", y otros más.

En cada una de sus intervenciones, que han sucedido desde 1969 hasta recientemente, el Dr. Alfredo Martínez Moreno, excanciller de la República y miembro de la comisión limítrofe El Salvador-Honduras, ha sido magistral, abriendo hori-

zotes en nuestro pensamiento, siendo guía inigualable para los análisis que nos han correspondido como la institución garante de la soberanía nacional y la integridad territorial.

Como académico de la Lengua y miembro del Ateneo de El Salvador, se ha distinguido con sus trabajos sobre política internacional, leyes internacionales, defensa de la pureza de la lengua castellana y análisis antológicos sobre diferentes literatos de fama internacional, caracterizándose siempre por su erudición y sencillez.

En el ámbito internacional ha representado a El Salvador en diferentes escenarios internacionales, integrando más de 40 misiones oficiales, las cuales siempre ha defendido con vigor patriótico y capacidad profesional, así como los intereses de El Salvador, particularmente en el diferendo entre los límites fronterizos con Honduras.

Distinguidos amigos:

Sería una ocupación de varias horas, o días, enumerar las diferentes actuaciones con las que el Dr. Alfredo Martínez Moreno ha contribuido a la grandeza de El Salvador, defendiendo sus posiciones y sosteniendo la verdad histórica, en donde la razón prevalece, aun por sobre la decisión de los humanos.

Es por ello, distinguido Dr. Alfredo Martínez Moreno, que para la Fuerza Armada es un honor entregarle, con admiración y respeto, la condecoración "Estrella por servicios distinguidos", reconociendo así su intensa labor patriótica como defensor internacionalista de El Salvador.

Labor que se ha extendido como ilustrador de las mentes de los miembros de la Fuerza Armada, en quienes ha sembrado la semilla del saber, acrecentando además el amor por nuestro querido país, tarea fundamental que es el principio y el fin de nuestra profesión, porque a través de él servimos a la población civil de nuestro amado El Salvador.

Agradecemos al Creador por tener el privilegio de gozar las enseñanzas de un hombre sincero y entregado, que le imprime la fuerza de un martillo a los valores positivos, revistiendo de personalidad a nuestro país y apoyando incondicionalmente a nuestra institución.

Permítame pues, Dr. Martínez Moreno, tener el alto honor de entregarle esta condecoración, que lleva implícito el agradecimiento de todo un pueblo que sabe reconocer la grandeza de sus hijos, y sobre todo, de aquellos que lo hacen extraordinariamente hasta el último aliento de sus vidas. Dios le conceda larga vida, salud y bienestar.

Respuesta a la condecoración Dr. Alfredo Martínez Moreno

*Distinguido señor Ministro de la Defensa Nacional
y respetados miembros del Alto Mando.*

Señores jefes y oficiales.

*Apreciados compañeros de la Comisión Consultiva
del Ministerio de Relaciones Exteriores.*

Estimado General Levy Andrade Cruz.

Señoras y señores:

La historia de la patria, como la de la mayoría de las naciones, presenta un espectro de luces y de sombras, un hondo matiz de luminosidad por las gestas épicas y cívicas de su pueblo (la heroica lucha de nuestros antepasados indígenas contra los conquistadores, el primer grito de independencia centroamericana, la abolición de la esclavitud en la región, los esfuerzos patrióticos en pro de la unión centroamericana, la creación del primer tribunal internacional de justicia que hubo en el mundo, la defensa de la soberanía nacional ante la firma del aciago Tratado Bryan Chamorro, el logro del reconocimiento del principio de no intervención dentro del Sistema Interamericano, la iniciativa visionaria en el proceso de integración económica regional, etc., etc.), por una parte, y etapas de oscuridad causadas por despotismos y abusos de autoridad, por la otra, pero es evidente —como lo sostiene con acierto la Oración a la Bandera, que nuestros escolares entonan con fervor en el inicio de las clases matutinas— que nuestra historia, en lo esencial, puede definirse como “un blasón de héroes y de mártires”.

Podría argüirse, por ejemplo, que algunos gobernantes y jefes civiles y militares han violado repetidamente las libertades públicas y han conculcado los derechos

humanos fundamentales, y que, en contadas ocasiones, han tratado de impulsar el continuismo presidencial, pero lo que es innegable, al indagar en los anales de los acontecimientos pasados, es que el soldado salvadoreño, que en la mayoría de los casos es un humilde labriego, con desinterés patriótico, siempre ha mantenido una conducta ejemplar, con bizarría y disciplina paradigmáticas, alcanzando en ocasiones las fronteras del heroísmo, y a veces, las del martirio.

En efecto, desde los albores de la independencia, bajo el mando del prócer Manuel José Arce, fundador del Ejército Nacional, en los llanos del Espinal, en Ahuachapán, que según el historiador Gilberto Aguilar Avilés, fue “nuestro bautismo de fuego”, y sobre todo, oponiéndose luego a las huestes imperiales de Filísola, los milicianos salvadoreños se han caracterizado por un temple auténticamente espartano, que posteriormente se hizo patente en sus luchas por la reintegración centroamericana (recordemos las hazañas de Gualcho y de la Trinidad), por lo que Morazán, con espíritu justiciero, legó sus restos a esta bendita tierra de los descendientes del gallardo Atlacatl. ¿Y que no fueron esos mismos soldados, comandados por los generales Gerardo Barrios y Ramón Belloso, los que, con altivez singular, defendieron la soberanía regional, en los campos de batalla de Nicaragua, combatiendo a los filibusteros que trataban de esclavizar a pueblos libres? ¿Y que no fue un perínclito militar salvadoreño, el general José María Cañas, originario de Suchitoto, quien derrotó en los llanos de la Hacienda Santa Rosa, en Costa Rica, con recursos inadecuados, en ese memorable año de 1856, a las tropas bien aperrechadas de William Walker, sellando así la libertad de Centroamérica? Debemos en estos momentos emotivos, exaltar la labor en los planos literario, académico y diplomático, de quien, en su fecunda trayectoria de servicio público, tuvo la vislumbre prodigiosa, con su claro estro, de componer la letra perdurable del Himno Nacional: el general Juan J. Cañas.

Y así, a través de casi dos centurias de vida independiente, el soldado nacional se ha distinguido constantemente por el cumplimiento de su deber, aun en instantes de derrota, con un espíritu digno de su ascendencia atlacátida. Son innumerables los ejemplos de su esfuerzo verdaderamente patriótico, lo cual ha sido reconocido por altos militares extranjeros que han convivido con nosotros y han certificado fidedignamente tanto los destellos de su arrojo como el firme sentido de obediencia, aun en momentos de peligro. ¡Loor eterno a ese admirable y valiente servidor público! El Ejército Nacional ha recibido, a lo largo de los años, la enseñanza profesional y cívica de varias misiones militares europeas y suramericanas. Recordamos a las varias de Chile, la primera de ellas compuesta por oficiales superiores de indiscutible prestigio, que se vincularon sentimental y familiarmente

con El Salvador. De esos ilustres integrantes, uno de ellos, el general Carlos Ibáñez del Campo, llegó a ocupar la presidencia de su noble patria en dos oportunidades, en tanto otro de ellos, el general Bennet, formó parte de una junta militar superior, y los generales Julio Salinas y Armando Llanos se quedaron en nuestro país, honrando a esta tierra acogedora con su conducta límpida y fraternal y vinculando en esa forma los linajes espirituales de José Matías Delgado y Bernardo O'Higgins.

Debe recordarse, asimismo, a un renombrado militar ecuatoriano, el general Leonidas Plaza, quien también desempeñó la presidencia de su país y vivió su exilio en El Salvador, llegando a ocupar diversos cargos: la Alcaldía de Acajutla y la Gobernación del departamento de Sonsonate, entre otros, para terminar sus servicios esclarecidos como Subsecretario de la Guerra, designado por el mandatario Carlos Ezeta y por su hermano Antonio, a la sazón Ministro de lo que ahora se denomina Despacho de la Defensa Nacional. Cuando su digno hijo, también gobernante de su patria, don Galo Plaza Lasso, vino a El Salvador en su carácter de Secretario General de la Organización de los Estados Americanos, se le entregó copia fotostática del acuerdo ejecutivo de nombramiento, al elevado cargo, a su progenitor, y nuestro padre nos contó, en la ya lejana infancia, que el general Leonidas Plaza combatió gallardamente por El Salvador, en los campos de batalla en el conflicto bélico con Guatemala en la última década del siglo XIX, y que en el curso de esa contienda, envió a su superior un telegrama con el texto siguiente: "Con sólo mi presencia, el enemigo huyó". Ese mensaje no era la expresión de un rasgo de inmodestia, sino la prueba de la confianza plena en su propio temple castrense, según lo entendió la opinión pública de la época.

En la actualidad, la Fuerza Armada, sobre todo después de los Acuerdos de Paz, es realmente una institución al servicio de la Nación, que en cumplimiento estricto del mandato constitucional y conforme a las aspiraciones legítimas de la ciudadanía, efectivamente "es obediente, profesional, apolítica y no deliberante". Su excelsa función en defensa de la soberanía del Estado y de la integridad del territorio se enaltece aún más al auxiliar a la población en casos de desastre nacional y en otras situaciones de emergencia, como ahora, en forma sobresaliente, coadyuvando eficazmente en el mantenimiento de la paz, combatiendo frontalmente a la delincuencia y abillantando así los aspectos positivos de su pasado. Por ello, estamos seguros de que la frase atribuida al prócer Arce, de que "el Ejército vivirá mientras viva la República", si continúa como ahora siendo garante de las libertades públicas y factor importante de la consolidación del estado de derecho, se convertirá, más que en una célebre locución, en un dogma de respeto popular a su auténtica e ínclita misión.

En estos últimos días, ante nuestra sorpresa de ciudadano común, la Fuerza Armada, por medio de su respetable Ministro de la Defensa Nacional, general David Munguía Payés, tuvo a bien comunicarnos que en vista de los servicios prestados por nosotros en defensa de los derechos territoriales y de los intereses jurídicos de El Salvador, al igual que por nuestro desempeño como catedrático de derecho internacional en la Escuela de Comando y Estado Mayor, se había acordado entregarnos una elevada presea, la Estrella de Servicios Distinguidos, siempre y cuando nosotros aceptáramos. ¿Y cómo se puede declinar tal honor? Evocamos la expresión del insigne general Charles de Gaulle, héroe de la Francia eterna, en relación a este tipo de distinciones: "Las condecoraciones ni se piden, ni se rechazan, ni se usan". Asombrados, ante tal notificación, rememoramos unos párrafos que dijimos cuando, hace unos pocos años, se nos hizo un homenaje nacional, y que consideramos pertinente repetir en estos momentos.

En esa oportunidad expresamos, en plena vigilia intelectual, desde el fondo de la conciencia, sin falsa modestia, textualmente lo siguiente:

....que a un abogado corriente y a un académico normal se le haga un homenaje desmesurado genera, en más de alguno, con sobrada razón, sorpresa y perplejidad.

Luego agregamos:

Ello hace también que el propio homenajeado se haga un profundo examen de conciencia, y ¿qué resulta de esa serena meditación? Que él, en síntesis, con cierta dosis de vanidad, al revisar las lindes de su existencia, considera haber sido un buen estudiante, un profesional honesto, un profesor ameno, un internacionalista aficionado, un articulista leíble, un lector empedernido, un funcionario honorable, un ciudadano responsable y un hombre de hogar. En resumen, nada excepcional, sino alguien que ha logrado superar la medianía, pero que no alcanza destellos de ingenio, sabiduría o virtud fuera de lo común, y que acaso debería haberse abstenido de aceptar las distinciones que con tan buena voluntad se le están concediendo.

De lo que sí se enorgullece quien habla, con honda convicción, es en haber servido modesta pero devotamente a la patria, en admirar los valores que distinguen a su pueblo, especialmente su espíritu de laboriosidad, y en reconocer la enorme capacidad de sacrificio de la mujer salvadoreña, una mezcla de lucha, de conciencia y de ternura.

Y además, se envanece de que siguiendo el ejemplo paterno y el convencimiento en los valores immanentes y eternos del espíritu, haber tratado de moldear su

conducta en la fragua de la más acerada probidad, a la vez que en haber procurado perseguir constantemente, con la ayuda de Dios y de la razón, acaso sin lograrlo, un anhelo sincero de servicio a los demás. Por ello, cuando un periodista le pidió sorpresivamente que definiera la esencia de su ser, contestó de inmediato: "soy un aspirante a hombre de bien".

Discurso de presentación del historiador nacional

Queremos, eso sí, mencionar que, con inigualable satisfacción, durante acaso dos quinquenios, tuvimos el hondo agrado de impartir lecciones de derecho internacional en la ya citada Escuela de Comando y Estado Mayor, una entidad de educación superior notable, en la que los alumnos, con rango de mayores o de tenientes coroneles, a tiempo completo, recibían con seriedad y responsabilidad esas clases. Ellos ya habían conocido los rigores del mando y vivido la dura disciplina, y sus preguntas denotaban su madura formación profesional. En esas estimulantes actividades, procuramos cimentar en las mentes y corazones de tan apreciables discípulos, los valores del espíritu, como la justicia, el civismo y el patriotismo, los principios nobilísimos del derecho internacional humanitario, a la vez que realzar sus obligaciones profesionales dentro de lo establecido por la Constitución y las leyes de la República. Nada más grato para nosotros que comprobar que esos esfuerzos de enseñanza fecundaban en tierra fértil. Fueron granos de arena en la preparación intelectual de tan dignos oficiales, que comprendían la valía cardinal de los principios democráticos y republicanos. Su formación realmente profesional y patriótica, ampliamente respaldada por su convicción en la esencia generosa y sacrificada de la carrera de las armas, está demostrando que la Fuerza Armada de hoy constituye una garantía determinante en el afianzamiento de los más altos valores de la patria y en el acatamiento a las libertades públicas.

Al agradecer profundamente tan honrosa condecoración, consideramos que la más límpida expresión de nuestro reconocimiento es hacer votos para que esa institución, cuya trayectoria es vital en el futuro de la patria y en cuyo complicado pasado ha tenido gestas heroicas, con contornos de epopeya, actúe en el porvenir con plena conciencia histórica, encuadrando su conducta dentro de los preceptos normativos de la Constitución y leyes de la República y de los mandamientos de la moral pública, a fin de que el juicio de la posteridad la consagre como el bastión y resguardo principales de la seguridad, estabilidad y progreso de nuestro querido El Salvador.

¡Muchas gracias!

San Salvador, 3 de junio de 2011.

Discurso de presentación del historiador nacional Pedro Antonio Escalante Arce Mena

Señoras y señores:

Durante siglos, egregios tratadistas y pensadores han ahondado en el estudio de los hechos y sucesos humanos a través de los tiempos, y cada uno de ellos ha dado su particular definición sobre la naturaleza de la ciencia del espíritu que se conoce con el nombre glorioso de historia. Casi todas esas definiciones, en alguna medida, concuerdan en que su objeto principal es "la narración, exposición verdadera y crítica positiva de los acontecimientos pasados y de las cosas memorables".

Su grandeza está consignada en la expresión justiciera y elegante de Cicerón de que la historia es *testis temporum, lux veritatis, vita memoria, magistra vitae, nuncia vetustati*, o sea, que es "testigo de los tiempos, luz de la verdad, registro de la vida, vida memorable, testimonio de la antigüedad".

En el examen profundo de las antiguas civilizaciones, como las de Egipto, Mesopotamia y China, aparece que en ellas ya existía el afán de indagar, con cierto orden y alguna seriedad, los hechos pretéritos, pero fue en Grecia, con el desarrollo de la cultura helénica, en donde realmente surgieron los grandes expositores de esta esclarecida disciplina y así, los nombres preclaros de Herodoto, Tucídides, Jenofonte y Polibio, ya están consagrados, no sólo como los precursores, sino como los auténticos fundadores de este conocimiento científico. El primero de ellos es considerado como "el padre de la historia".

Del mismo modo, en la augusta Roma, Salustio, Tito Livio y Tácito sobresalen entre los abanderados en el estudio de esta ciencia cultural, y Julio César es recordado no sólo por sus triunfos militares, sino como el autor, en siete densos

libros, de sus monumentales *Comentarios sobre las Guerras de las Galias*. En cuanto al género literario de la biografía, que en el siglo veinte tuvo admirables expositores, deben citarse, en primer término a Plutarco, en Grecia, y a Suetonio, en Roma.

Cada era y cada nación han tenido personajes ilustres que han dedicado sus esfuerzos intelectuales a la investigación, análisis y narración de los sucesos históricos.

En nuestra patria, dentro de su sobriedad científica, ha habido una pléyade de cultores dignos de este conocimiento humano y los nombres respetables de Gavidia, Cevallos, Monterrey, Lardé, Barberena, Guzmán, Castañeda, García, Luna, Gallardo, Vidal, Peccorini y Barón Castro, entre otros salvadoreños insignes, figuran con honor en la historiografía nacional, y juristas de la talla de los doctores Víctor Jerez, Manuel Castro Ramírez, Ramón López Jiménez y Napoleón Rodríguez Ruiz, han dejado honda huella en nuestra cultura, especialmente por sus trabajos laudatorios sobre la vida y obra de los próceres de la independencia centroamericana. En nuestra época nos enorgullecemos por haber cultivado la amistad de apreciables profesionales ya fallecidos, quienes dieron su valioso aporte al estudio de la historia patria. Recordamos con afecto y admiración a Lardé y Larín, Molina y Morales, Figeac, Aguilar Avilés, Gutiérrez Díaz, Silva Arias Gómez, Domínguez Sosa y López Vallecillos, quienes deben ser objeto del reconocimiento público. Han habido otros conciudadanos que en alguna forma —en la cátedra, el libro y la conferencia— han contribuido en el examen serio de la historia salvadoreña. Mencionamos, con especial respeto, al doctor Roberto Lara Velado, quien fue, además de sabio conocedor del derecho mercantil, un verdadero filósofo de la historia, por lo que en más de una ocasión nos permitimos denominarlo el Gianbatista Vico de El Salvador.

Todos esos compatriotas ya descansan en paz en nuestro suelo bendito y más de alguno, Barón Castro entre ellos, espera que sus restos respetables regresen a la patria que ellos, con su labor doctrinal, indudablemente enaltecieron. ¡Rindamos honor a quienes realmente lo merecieron!

Dentro de esa honrosa tradición nacional sobresale en la actualidad, con caracteres áureos, quien —encontrándose en los comienzos de la madurez cívica, mantiene una lozana juventud intelectual— es ya una gran figura patricia en el campo de la historiográfica, el doctor Pedro Antonio Escalante Arce Mena, descendiente de próceres, quien ha dignificado su existencia limpia y útil con una vocación singular por el saber histórico, una vocación que si no fuera tan venerable acaso se podría llamar una verdadera obsesión que avasalla todo su ser. Él, jurista distinguido, políglota reconocido, con dominio de varias lenguas, ciudadano integérrimo que constantemente presta las luces de su intelecto y el fervor de su

patriotismo a toda causa de beneficio nacional, es, medularmente, un historiador de pura cepa, que trabaja y vive, y aun sueña, con la búsqueda, análisis y relato de los hechos pasados. Es un intelectual que investiga, busca documentos, hurga en archivos, bibliotecas y museos, compara con hechos de otros países, conoce a fondo la bibliografía, visita lugares en donde han existido villas o ciudades y practica la heurística, o sea la técnica de la indagación y el descubrimiento.

Pero esa es únicamente la primera etapa de su metodología, pues luego de encontrar las fuentes, las examina y evalúa con una crítica pertinente y seria, reconstruyendo los eventos pasados por medio del razonamiento, procurando apegarse objetivamente a la verdad, analizando el valor histórico, y si fuere necesario, "los momentos culminantes de las crisis culturales y las restauraciones sociales, científicas y religiosas". Y finalmente, el último tramo que debe recorrer el auténtico historiador, como él, es el de la exposición de los hechos, lo cual constituye para algunos comentaristas un verdadero género literario, pues el relato de lo acaecido debe hacerse en forma clara y detallada, revelando la trascendencia y significado de ello.

Esas tres etapas del método histórico: la investigación, en primer lugar, la construcción verídica y el análisis de los hechos, y por último, la narración clara de ellos, las ha seguido con responsabilidad el doctor Escalante Arce, por lo que no vacilamos, afectando su modestia, en designarlo como un paradigma de historiador, como un profesional que siempre ha tratado de actuar con la severidad del auténtico hombre de ciencia, con conciencia ética de su obligación profesional.

Para su labor doctrinal y docente él ha investigado en bibliotecas y fondos documentales en España, Francia, Estados Unidos, México y los países centroamericanos, especialmente en el Archivo General de Indias en Sevilla, en el Archivo General de la Nación en México y en el Archivo General de Centroamérica en la ciudad de Guatemala, y ha dado conferencias en casi todos los países americanos, al igual que en España, Portugal y Túnez, por lo que ha recibido numerosas distinciones y condecoraciones.

Sus varios y enjundiosos libros, en los que no se sabe qué admirar más, si la erudición del contenido o el estilo castizo de su prosa, sobre temas de indiscutible valor histórico y patriótico, atestiguan el carácter eminente de su trabajo de verdadero cultor de la ciencia de Herodoto, por lo que en justicia se le otorgó el lauro único de "Premio Nacional de Cultura 2004".

Ha sido, además, el verdadero dirigente de la Academia Salvadoreña de la Historia, cuya ínclita labor la ha realizado, a veces, casi solo, demostrando con ello su devoción a la ciencia que simbólicamente representa la Musa Clío, quien sin duda, desde su nacimiento, lo debe haber arropado con su manto glorioso.

Estamos seguros de que con esta presentación, que hidalgamente se ha procurado expresar con riguroso apego a la verdad, se ha afectado la modestia que caracteriza al doctor Escalante Arce, pero estamos convencidos de que es una obligación cívica rendir homenaje a quien realmente lo merece.

Nuestro historiador, a quien hemos denominado patricio, con la connotación que el diccionario otorga al individuo que por sus virtudes o méritos descuella entre sus conciudadanos, disertará a continuación sobre un tema que él conoce a fondo, el de los antecedentes históricos de la independencia centroamericana, en momentos en que se conmemora el bicentenario del primer grito de independencia en nuestra región.

Es un verdadero orgullo que podamos escuchar la voz del doctor Escalante Arce.

Ciudad Vieja, su historia

PEDRO ANTONIO ESCALANTE ARCE
Academia Salvadoreña de la Historia

El primer San Salvador de 1525 fue nada más un contingente militar con cabildo nombrado para cimentar autoridad y jurisdicción, mientras que el San Salvador como ámbito urbano y poblado comenzó en definitiva hasta en 1528, con el restablecimiento realizado por Diego de Alvarado y el grupo de soldados con calidad de sus primeros pobladores y sus acompañantes, que el 1.º de abril asentaron la villa al pie del cerro Tecomatepe, en la hoy Ciudad Vieja, con los indispensables actos civiles y religiosos, con autoridades y cabildo entero. El agrimensor midió la plaza de Armas, o Mayor, y las calles principales que rectas salían de sus esquinas, y en medio de la plaza sembró el tronco que a manera de picota, o rollo, simbolizaba la autoridad real y la justicia del emperador Carlos V. Asimismo, se definieron las principales manzanas y los solares de los primeros habitantes, con lo que se inició la ocupación de la tierra y el origen remoto de la propiedad privada en el territorio, como consecuencia del poblamiento formal. Fue establecida el área

de la casa del ayuntamiento, así como el de la iglesia parroquial.

Un escribano levantó el acta de refundación de la Villa de San Salvador en ese 1.º de abril de 1528.

Todo consta fehacientemente en las páginas del cronista dominico fray Antonio de Remesal: *Historia general de las Indias occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*, tomo II.



Con buenos auspicios comenzó a vivir San Salvador en Ciudad Vieja, un lugar protegido por barrancas y defensas naturales, con suficiente agua y población indígena en las cercanías, que le dio un carácter de villa-fortaleza pues el territorio no estaba todavía pacificado y brotaban los alzamientos. La original iglesia matriz salvadoreña, dedicada a la Trinidad (Remesal), se levantó con la intervención de algún cantero y tallador, como lo atestiguan los restos pétreos con motivos florales que han sobrevivido. Desde el inicio se impusieron las normas básicas de convivencia comunitaria de Castilla, en un mundo tan diverso, aquí imbuido de la presencia indígena que dominaba el ambiente general y que apuró la cohabitación y mezcla étnica y cultural, y que fue puesto bajo la égida de la Iglesia católica romana, el pilar más fuerte que tuvo la monarquía americana.

Entre 1528 y 1545, año de su traslado formal, la villa creció en población e importancia, así como tuvo que sufrir los avatares de esta época temprana del siglo XVI. Así ocurrió la invasión de Martín Estete, desde Nicaragua, en la llamada guerra de Nequepio, pero Ciudad Vieja permaneció en la jurisdicción de Pedro Alvarado, que desde 1527 era gobernador de Guatemala y sus territorios. La villa-fortaleza se cuidó de no exponerse a los levantamientos indígenas, pero sí los tuvo cerca, como cuando se dio la guerra de Lempira, en el sur de Honduras (1537-1539), conflicto que se extendió al oriente translempino, y puso en peligro la villa de San Miguel de la Frontera. En ese entonces, el gobernador de Honduras, Francisco de Montejo pidió refuerzos a Santiago de Guatemala y a San Salvador, y desde Ciudad Vieja se le enviaron hacia Gracia de Dios cien indígenas auxiliares, tlaxcaltecas y mexicanas, además de cien nativos con bultos que llevaban pólvora, arcabuces, balas, ballestas con dardos, espadas, lanzas, escudos y piezas defensivas (según carta de Montejo, en Robert S. Chamberlain *Conquista y colonización de Honduras*). Todos, probablemente, productos de las existencias guardadas en la villa y de lo que se había fabricado en las forjas, pues en Ciudad Vieja han aparecido los primeros talleres de herrería.

En 1532, se dio el censo de encomiendas dadas a los habitantes de la villa, levantado por el cura Antonio González Lozano, por orden del clérigo Francisco Marroquín, todavía vicario de Santiago de Guatemala, con declaraciones de cerca de sesenta encomenderos.

Ciudad Vieja fue aumentado su importancia como sitio de tránsito obligado entre León de Nicaragua y Guatemala, así como hacia las poblaciones hondureñas, como Comayagua y Gracias, además de Puerto de Caballos. También, era punto de conjunción de tres obispados recientemente elegidos, los de Honduras, Nicaragua y Guatemala. En octubre de 1536, pasó por Ciudad Vieja fray Bartolomé de

las Casas, y el famoso fray Toribio de Benavente (Motolinía) estuvo dos veces, a finales de 1528 y en 1544.

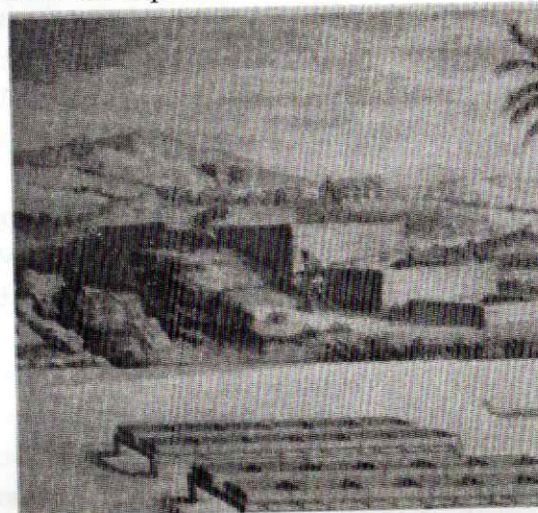
Ciudad Vieja tuvo una existencia de movimiento y actividad, pero su mejor tiempo fue durante Pedro de Alvarado, con todo y las preocupaciones que le causaron al cabildo las expediciones al Perú (1533-1534) y a las especierías (1540). Cuando Alvarado murió en 1541 y se instaló la Real Audiencia de los confines, en 1542, el alto tribunal que reunió por primera vez los territorios centroamericanos, con sede en Gracia de Dios, comenzaron entonces los últimos años de la villa. El asentamiento no ofrecía ya cualidades ni atributos para responder al desarrollo y a los nuevos tiempos de provincias castellanas de ultramar, por lo cual se buscó un nuevo sitio, cerca de la población de Cuzcatlán-Nequepio, en el valle que el franciscano fray Francisco Vázquez llamó Zalcoatitlán.

Se había solicitado autorización a la Real Audiencia para cambiar de sitio y la villa logró el permiso formal en 1545. Algunos pobladores habían ya en el nuevo lugar, lo que fue informado al emperador en carta de julio de ese año por la Audiencia. Seguramente, lo que apuró el cambio fue la visita que en 1544 había hecho el oidor Diego de Herrera a la villa, en camino hacia León, donde se dio cuenta de que ya no podía mantenerse en estrechez una capital de provincia que más parecía todavía un burgo de la conquista, sin horizonte de progreso. Así, la villa se mudó al lugar actual de la capital salvadoreña y Ciudad Vieja fue después abandonada al irrespeto del tiempo. Hoy, constituye una formidable cantera de arqueología histórica, germen español y mestizo de un destino omnipresente.

El xiquilite y la tinta añil

PEDRO ANTONIO ESCALANTE ARCE
Academia Salvadoreña de la Historia

La tinta añil fue decisiva en la conformación histórica, geográfica y económica del actual El Salvador. Fue el añil, el índigo, el motor principal de su primer desarrollo y el pivote trascendente sobre el cual gravitaron las provincias hispano-salvadoreñas hasta integrarse en un nuevo Estado, cuya invención después de 1821 brotó de la búsqueda de autonomía y de un rostro propio pintado de azul añil, porque ninguna otra región americana produjo jamás colorante natural de color azul más hermoso que el añil salvadoreño. El holandés Jacobo Haefkens así lo afirmó en el libro sobre su estadía en Centroamérica entre 1826 y 1829: “se reconoce que el añil de este país es el más bello de toda la tierra”. Entre las riquezas de Centroamérica, además del cacao, pronto emergió el interés



por el tinte vegetal que los indígenas usaban para lograr el color azul. Los europeos conocían los colorantes vegetales, de los cuales los de la India eran los más afamados (de ahí el nombre “índigo”, mientras que “añil” viene del árabe), y también había variedad del llamado “pastel” en Europa; pero todos estos fueron superados por la calidad del añil mesoamericano, cuya inmensa mayoría fue producido y procesado en las provincias salvadoreñas. Ya una real cédula de 1558 pedía que se

enviaran muestras a España por la nombradía que estaba tomando en el Reino de Guatemala, además de que los tintes mejicanos eran ya conocidos, en cuenta este añil, por lo que Fray Bernardino de Sahagún escribió en la Historia general de las cosas de Nueva España sobre la hierba tintórea xiuhquilitl, propia de tierra caliente y del que ya por la segunda mitad del siglo xvi se enviaban pequeñas cantidades hacia México por el puerto de Acajutla. En 1571 y 1572, el comerciante inglés John Chilton mencionó en sus apuntes de viaje que compró añil en San Salvador y en la Trinidad de Sonsonate, cacao, para irlos a comerciar al virreinato.

La técnica indígena para el tratamiento del xiquilite, ejecutada por los indígenas, era rudimentariamente en canoas de madera, donde la hierba sumergida en agua se fermentaba y luego se batía con los pies hasta que sucedía la oxidación y el colorante quedaba en el fondo. Este procedimiento varió con la introducción de la ingeniería hidráulica española, con el uso de la fuerza del agua que al mover una rueda, accionaba paletas para agitar el agua. Se construían de calicanto una o dos pilas de remojo, para luego pasar por el agua con sedimento a las pilas de batido, donde el líquido con alta viscosidad se golpeaba con las paletas de la rueda. Después de horas de proceso, había que determinar el punto adecuado de la coagulación, dejar reposar el agua a fin de que el sedimento quedara en el fondo de la pila y de quitar esa agua para solamente conservar el tinte húmedo.

Este tinte se retiraba con escudilla y se depositaba en mantas para que botara el agua restante. Luego se ponía a secar en moldes de madera al sol y se cortaba en barras sólidas, o ladrillos, para almacenarlo en sacos de piel, llamados zurrone. Este era básicamente el sistema industrial de la tinta añil, con variantes, según la región; aunque siempre era determinante la destreza del puntero: el hombre clave de la buena tinta, una ocupación que en El Salvador llegó hasta el siglo xx.

El añil se convirtió en una obsesión en toda la Alcaldía Mayor de San Salvador, pues donde había una buena corriente de agua y tierra adecuada para sembrar el "agradecido" xiquilite, surgía un obraje para trabajar la tinta. Una ocupación que fue de todos, tanto de peninsulares como de criollos y ladinos. Por varias cédulas reales, entre 1563 y 1581, se prohibió que indígenas trabajaran contratados en los obrajes, por ser un trabajo peligroso para la salud; sin embargo, las leyes fueron siempre transgredidas (muchas veces con el aval de autoridades). La diferencia fue que se ocupó mano de obra negra, mulata y ladina. En 1738, la prohibición fue levantada e incluso indígenas llegaron a tener sus propios obrajes en tierras comunitarias o en secciones de los ejidos de los pueblos. Fueron muy importantes los llamados poquiteros, que producían una considerable parte de la tinta comercializada y exportada. Como antiguo obraje documentado está el del poeta alcalde

mayor de Sonsonate, Juan de Mestanza Rivera, que lo tenía ya por 1580, cerca de San Silvestre Guaymoco (Armenia), aunque hubo anteriores. A principios del siglo xvii, el cronista carmelita Antonio Vásquez de Espinosa, en el *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, mencionó la existencia de más de 200 obrajes de tinta en términos de San Salvador, antes de cruzar el río Lempa y la importancia que estos tenían.

Existen numerosos restos arqueológicos de antiguos obrajes añileros, en considerable concentración en ciertas regiones como San Vicente y San Miguel, pero uno de los más grandes hasta ahora descubierto ha sido el de San Andrés, excavado en 1995 a orillas del río Sucio, antes río Nixapa, por los arqueólogos Paúl Amaroli y Roberto Gallardo, cuando se adecuaba el sitio prehispánico para construir el museo por el Patronato Pro Patrimonio Cultural. Actualmente, están siendo localizados y registrados varios obrajes por el Proyecto de Arqueología Histórica de la Universidad Tecnológica, dirigido por el arqueólogo José Heriberto Erquicia. Si algo caracterizó la época española de El Salvador fue el uso industrial que se hizo del agua, con acequias, acueductos, aljibes, ruedas y norias que transmitían fuerza mecánica, accionados con el movimiento de las aguas, y toda una serie de artificios hidráulicos de la época de la que se distinguieron sobre todo en los obrajes y los ingenios de hierro.

Varias categorías de tinta fueron las producidas: el "flor tizate", el mejor añil y más fino; el "sobresaliente", de mediana calidad y el "corte", el de menos valor, pero el más abundante, con una variedad llamada "Zacamil".

El holandés Jacobo Haefkens así lo afirmó en el libro sobre su estadía en Centroamérica entre 1826 y 1829: "Se reconoce que el añil de este país (El Salvador) es el más bello de toda la tierra".

Académicos de número

D. Alfredo Martínez Moreno

D. Matías Romero Coto

D. Alfredo Betancourt

D. David Escobar Galindo

D. Luis Alonso Aparicio Osegueda

D. Jorge Adalberto Lagos

D. Pedro Antonio Escalante Arce

D. René Fortín Magaña

D. Carlos Alberto Saz

D.^a Carmen Argüello Valle

D. Luis Salazar Retana

D.^a Irma Lanzas

D.^a Aída Márgara Zablah de Simán

D. Manlio Argueta

D. Roberto Rubio Fabián

D.^a Ana María Nafría Ramos



Académicos correspondientes

- D. Pedronel Giraldo Londoño, Medellín, Colombia
 - D. Alonso Zamora Vicente, Madrid, España
 - D. Günther Haensch, Augsburg, Alemania
- D. Tito Mosquera Irurita, Santafé de Bogotá, Colombia
- D.^a Rhina Toruño, Tallahassee, Florida, Estados Unidos
 - D. José Rodríguez Rodríguez, Manila, Filipinas
- D. Humberto López Morales, San Juan, Puerto Rico
 - D. Víctor García de la Concha, Madrid, España
 - D. Carlos Milla Batres, Lima, Perú
- D. Marta Ivonne Galindo, San Francisco, California, Estados Unidos
 - D. Rose Marie Galindo, Madison, Wisconsin, Estados Unidos
 - D. Juan Francisco Montalbán Carrasco, Madrid, España
- D. Jorge Kattán Zablah, Monterrey, California, Estados Unidos



Académicos honorarios

- D. Ramón Menéndez Pidal, 1968
 - D. Roberto Masferrer
- D.^a Eva Alcaine de Palomo (15 de julio de 1988)
 - D. Rubén H. Dimas (15 de julio de 1988)
- D. Ramón González Montalvo (10 de enero de 1994)
 - D. Alfonso Rochac (10 de enero de 1994)
 - D. Humberto Escapini (10 de enero de 1994)



Académicos fallecidos de 1974-2010

Ramón López Jiménez	1974
Napoleón Viera Altamirano	8 de agosto de 1977
Pedro Geoffroy Rivas	10 de noviembre de 1979
Julio Fausto Fernández	16 de mayo de 1981
Hugo Lindo	9 de septiembre de 1985
Alberto Rivas Bonilla	29 de noviembre de 1985
Ítalo López Vallecillos	9 de febrero de 1986
Carlos Alberto Siri	20 de diciembre de 1986
Antonio Salazar	31 de diciembre de 1986
Enrique Mayorga Rivas	16 de abril de 1987
Roberto Lara Velado	20 de junio de 1987
Napoleón Rodríguez Ruiz	13 de septiembre de 1987
Cristóbal Humberto Ibarra	5 de febrero de 1988
Francisco L. Peccorini	15 de marzo de 1989
Luis Gallegos Valdés	15 de febrero de 1990
Ceferino Enrique Lobo	27 de marzo de 1990
Roberto Masferrer	3 de octubre de 1991
Joaquín Castro Canizales	3 de marzo de 1993
Manuel Luis Escamilla	18 de febrero de 1996
Mauricio Guzmán	8 de octubre de 1998
Rolando Elías	24 de mayo de 1999
Joaquín Hernández Callejas	1 de julio de 2000
Jorge Lardé y Larín	8 de mayo de 2001
Juan Allwood Paredes	27 de marzo de 2004
Waldo Chávez Velasco	8 de julio de 2005
José María Méndez	14 de abril de 2006
José Vicente Moreno	30 de julio de 2007
Matilde Elena López	11 de marzo de 2010
Gilberto Aguilar Avilés	1 de agosto de 2010
José Enrique Silva	12 de enero de 2010
Reynaldo Galindo Pohl	5 de enero de 2012



Junta Directiva
2009-2014



D. RENÉ FORTÍN MAGAÑA
DIRECTOR

D. Alfredo Martínez Moreno
DIRECTOR EMÉRITO

D.^a MÁRGARA ZABLAH DE SIMÁN
SUBDIRECTORA

D.^a ANA MARÍA NAFRÍA RAMOS
SECRETARIA

D.^a IRMA LANZAS
TESORERA

D. JORGE ADALBERTO LAGOS
PROTESORERO

D. CARLOS ALBERTO SAZ
PRIMER VOCAL

D. LUIS SALAZAR RETANA
SEGUNDO VOCAL



Servicios de la Academia Salvadoreña de la Lengua

- Servicio de biblioteca.
- Apoyo profesional vía internet y por teléfono.
- Colaboración en disertaciones gramaticales por los becarios de la RAE o por el secretario de la sede.
- Servicio de préstamo de libros especializados dentro de la biblioteca.
- Talleres de capacitación impartidos por los becarios o por el secretario de la sede.
- Presentaciones de libros de escritores salvadoreños.
- Publicación del Boletín de la Academia Salvadoreña de la Lengua.
- Actualización del sitio <http://www.asl.org.sv/>
- Envío de correspondencia.
- Presentaciones de las obras editadas por la RAE.
- Correcciones de textos y documentos nacionales.
- Publicaciones de artículos en periódicos nacionales por el secretario de la sede.
- Actividades administrativas que se justifican ante las autoridades de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la República.



Publicaciones recientes de la Academia Salvadoreña de la Lengua

- Boletín N.º 21, en dos tomos, Tercera época, 23 de mayo de 2003.
- Boletín N.º 22, Cuarta época, 25 de septiembre de 2007.
- Boletín N.º 23, 9 de septiembre de 2008.
- Boletín N.º 24, Quinta época, 4 de diciembre de 2009.
- Boletín N.º 25, Sexta época, junio de 2011.
- Boletín N.º 26, Séptima época, marzo de 2012.

Actividades que realiza el Secretario Ejecutivo de la Sede

D. Carlos Alberto Saz, Secretario Ejecutivo de la sede de la Academia, desde que ocupa ese cargo, hace seis años, viene realizando una serie de actividades culturales en procura de la difusión de un español normativo, cuidadoso.

Estas son sus labores académicas:

- 1.^a Publicación de una columna gramatical los días martes en El Diario de Hoy, titulada «Gramática», en la que se difunden temas relacionados con la escritura y el habla de un español normativo.
- 2.^a Publicación dominical de una columna titulada «¡Más Gramática!», en el periódico MÁS!, con temas gramaticales de una lengua cuidadosa.
- 3.^a Difusión de normas del bien decir en la radio YSUCA, de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, programa que se transmite de lunes a viernes a las 7:30 de la mañana y a las 3:10 de la tarde.
- 4.^a Un programa televisivo en canal 10 de la televisión nacional, llamado «Cultivando el idioma», y transmitido los días martes y jueves a las 7:55 a. m., y sábados y domingos a las 11:55 a. m.
- 5.^a Atención personal, por teléfono o vía internet, a estudiantes universitarios o personas interesadas en la correcta dicción, y que consultan sobre temas gramaticales.
- 6.^a Charlas gramaticales en la sede de la Academia, o fuera de ella, a escuelas, colegios, universidades, empresas u otras entidades que solicitan el servicio profesional de la Academia en cuanto a la enseñanza de una lengua normativa.
- 7.^a Corrección y preparación de los originales de los boletines de la Academia.
- 8.^a Con los miembros de la Junta Directiva, revisión de los originales que vienen de la Real Academia Española, como el Diccionario panhispánico de dudas, la Nueva gramática de la RAE, la nueva Ortografía de la RAE, el Diccionario de americanismos, el nuevo Diccionario de americanismos, el nuevo Diccionario oficial y otras publicaciones para sus respectivas ediciones.
- 9.^a Recibir y atender visitas de Académicos de otras corporaciones.
- 10.^a Redacción de documentos académicos y corrección de notas escritas por el administrador académico.



Academia Salvadoreña de la Lengua

<http://www.asl.org.sv>

Administración:
(503) 2259-0918

Correo electrónico:
casadeacademias@asl.org.sv
denysfuentemyk@hotmail.com

Biblioteca:
(503) 2259-0917
o al correo electrónico
jneotorresh02@yahoo.com

Secretaría:
(503) 2259-0960
carlossaz2004@hotmail.com



Actividades que realiza el Secretario Ejecutivo de la Sode

1. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

Entre las actividades que realiza la Sode se encuentran:

1. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

2. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

3. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

Esta edición consta de 500 ejemplares.

Se terminó de imprimir el día 14

de marzo de 2012

4. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

5. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

6. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

7. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

8. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

9. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.

10. La Sode tiene como finalidad principal la de promover el desarrollo de las actividades económicas y sociales de la zona de influencia de la Sode, a través de la realización de obras de infraestructura y servicios.